
RESCATE
AL CORAZÓN
ANNABETH BERKLEY

Rescate al corazón

Rescate al Corazón

ANNABETH BERKLEY

© 2024, Annabeth Berkley

ISBN: 9798877861213

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Con todo mi cariño para las personas que se rinden a las aventuras que les ofrece la vida.

«*La hermana más templada y adormilada se vuelve un tigre si su hermano tiene problemas*».
Clara Ortega

Rescate al corazón

Encontraría a su hermano a como diera lugar. Estaba decidida, preocupada y cansada de llamarle por teléfono y no recibir respuesta alguna. No se había planteado qué hacer en sus vacaciones de verano, así que ¿qué mejor que ir a buscar a Elliot a la aldea perdida de Zambia donde trabajaba como cooperante de la ONG Aqueduct Foundation?

Se había puesto las vacunas necesarias, tenía el pasaporte en orden y ya estaba llenando de camisetas y cómodos pantalones su maleta, pese a que el vuelo no saldría hasta esa noche. Todavía tenía mucho tiempo hasta entonces.

—Estás muy callada —le comentó su amiga Astrid Ringwald mientras le acercaba el neceser hasta donde estaba, junto a la cama—. Seguro que Elliot está bien.

—¿Y por qué no me ha contestado ninguno de los mensajes o de las llamadas?

—Bueno, sabes que a veces tiene problemas de cobertura —lo justificó Emme Barnes, que estaba sentada junto a la maleta mostrándole su apoyo—. Yo también creo que estará bien. Si hubiera sucedido algo malo te habrías enterado ya.

—Nunca ha pasado tanto tiempo sin comunicarse conmigo —insistió Leanna Clancy, satisfecha con todo lo que había metido en el equipaje—. Esto ya está.

—¿No deberías llevar el neceser en tu equipaje de mano? —le preguntó Astrid sacándolo de la maleta sin esperar su consentimiento—. No sabes a qué temperatura viajan las maletas en la bodega y pueden estropearse las cremas.

—Solo voy a llevarme un bolso además de esto. Si meto el neceser…

—Astrid tiene razón —la apoyó Emme colocándose tras la oreja un mechón de su rubio cabello.

—Como se nota que sois mujeres de mundo —les dijo burlona cogiendo el bolso estilo bandolera que pensaba llevar y sustituyéndolo por una mochila—. ¿Esto mejor?

—Sí, y mete algo de ropa por si se pierde la maleta —le recomendó Astrid—. Y comida.

—Oh, vamos, no exageres —le pidió Leanna metiendo en la mochila todo lo que tenía previsto llevar en el bolso—. Me llevaré *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens, para leer en el avión, y ya está.

—¿Por qué? Si hay espacio aprovéchalo —insistió Astrid abriendo su elegante bolso—. Nunca se sabe. Toma, unas barritas de muesli por si tienes hambre en algún momento.

Leanna sonrió divertida, aceptándolas.

—Dudo que esto me quite el hambre, pero gracias. Me llevo crema de sol y repelente para los mosquitos.

Emme sacó ambos botes de la maleta y se los metió en la mochila.

—Y ropa interior —insistió Astrid—. No ocupa sitio…

—No voy a perder la maleta —les replicó sin hacerles caso respecto a la ropa.

Astrid y Emme miraron resignadas a su amiga pelirroja.

—No me gusta que vayas sola —le comentó Astrid con un brillo de preocupación en sus bonitos ojos azules—. Yo podría…

—No va a pasar nada. Tú tienes que ir a ese *Mastermind* de negocios del que llevas hablando tanto tiempo. Cuando llegue a Zambia contrataré un guía para que me lleve a la aldea.

—¿No has hablado con la SCM? —le preguntó Emme.

—¿Y esos quiénes son?

—La Summit Capital Management, la empresa dueña de la AF, la ONG para la que trabaja Elliot.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Leanna extrañada.

—¿No lo sabes tú?

—No. ¿Por qué iba a saberlo?

—Bueno, esa empresa es muy conocida y la ONG también.

—Ya sabes que yo no me muevo entre ese tipo de gente.

Lejos de ofenderse, Emme sonrió.

—Pues parece que vas a empezar a hacerlo. Quizá eso te guste y te conviertas en una cooperante, te dé por realizar labor humanitaria y nos pides a nosotras que financiemos tus proyectos.

—Sueñas despierta —le respondió con una mueca divertida—. Bastante labor humanitaria realizo dando clases de literatura en el instituto.

—No compares —le reprendió Emme.

—Sabes que eso no me va. Os dejo las buenas acciones a Elliot y a ti.

—De todas maneras, no está mal que por una vez saques la cabeza de los libros y vivas una aventura —le comentó Astrid ojeando uno de los libros que tenía sobre la mesilla.

—Quién fue a hablar. Tú no sacas la cabeza de tus promociones inmobiliarias.

—Y lo bien que me lo paso, ¿no importa?

—Yo también me lo paso bien entre libros.

—Pero la vida es más que libros y trabajo —apostilló Emme con sus ojos brillantes.

Las dos se miraron entre sí, cómplices, antes de mirarla a ella.

—Lo dices ahora porque has conocido a Logan, pero te recuerdo que antes estábamos muy bien las tres solteras —le respondió Astrid.

—Yo pienso seguir estándolo —levantó la mano Leanna—. No voy a volver de viaje con un… ¿cómo se llaman los habitantes de Zambia?

—Tú eres la profesora —le sonrió Astrid.

—Bueno, da igual… Pienso volver como me he ido. La que debe tener cuidado eres tú con esos empresarios millonarios.

Astrid negó con la cabeza.

—No pienso mezclar trabajo con placer.

—Para ti el trabajo es placer —le recordó Emme divertida.

Las tres amigas se sonrieron con complicidad. Se conocían desde la época universitaria y aunque Astrid había tenido que abandonar pronto sus estudios para empezar a trabajar, habían seguido unidas desde entonces.

—Todavía faltan unas horas hasta que salga el vuelo. Deberías ir a hablar con la SCM —insistió Emme—. Quizá tengan sus propios guías o medios de transporte… No pierdes nada por ir, preguntar o avisarles de que vas a ir allí.

—Pierdo tiempo —le recordó Leanna.

—Tienes tiempo hasta esta noche —le recordó Astrid—. Quizá ellos sepan algo y te evites el viaje.

—Lo tengo todo preparado y me digan lo que me digan, pienso ir a ver a Elliot. Quiero comprobar que está bien con mis propios ojos. Pero bueno, sí, quizá vaya en un momento.

Astrid y Emme asintieron más tranquilas. Leanna agradeció su preocupación en silencio. Solo las tenía a ellas y a Elliot, y él llevaba tiempo sin dar señales de vida. No le gustaba sentirse tan vulnerable como en ese momento en que la sensación de abandono volvía a apoderarse de ella.

Le recordaba al momento en que sus padres habían fallecido cuando estaba en la universidad. Quizá por eso se había aferrado a lo único estable que tenía en ese momento: su hermano, sus amigas y los libros. Sentir que uno de sus pilares se estaba tambaleando le producía un miedo que no quería reconocer. Y como la mejor manera de afrontar ese miedo era atravesándolo, allí se encontraba dispuesta a viajar a una aldea perdida en mitad de no sabía dónde.

Todo iría bien. Estaba segura de ello.



Leanna entró en las elegantes oficinas de la SCM con paso firme. No esperaba nada de ese encuentro, «pero Emme y Astrid se quedarían más tranquilas», se justificó mentalmente, mientras la señorita que la atendía en la mesa frente a la puerta le pedía que esperara.

Había intentado concertar una entrevista con el, por lo visto, muy ocupado señor Miller, y ante la imposibilidad, había optado finalmente por personarse en la empresa. No podía esperar más. Con un poco de suerte el señor Miller tendría noticias sobre su hermano y ella podría relajarse un poco, pero nada impediría que esa noche tomara el vuelo que le permitiría encontrarse con Elliot.

Tres horas más tarde, estaba a punto de subirse por las paredes. Había cambiado de postura cientos de veces, había recordado su presencia a la administrativa por lo menos en seis ocasiones, había entrado desde el móvil en todas las redes sociales de las que era usuaria y ya no sabía qué más hacer.

Quizá no había sido buena idea presentarse sin cita, pero tampoco se la habían dado cuando había llamado con anterioridad. Esperaba que, habiendo pasado allí la hora de la comida, el señor Miller por lo menos se presentaría para disculparse por la espera.

Desde donde estaba sentada vio a un hombre de espaldas hablando con la administrativa que no sabía disimular su impaciencia cada vez que ella se acercaba a recordarle su presencia. La vio señalarla y eso le sirvió como resorte. Ese hombre de traje gris oscuro debía ser el señor Miller. Se acercó firme y decidida.

—Señor Miller, vengo a hablar de su ONG.

Brand Miller resopló molesto. Lo que menos quería en ese momento era hablar con una periodista metomentodo que le preguntara por la desaparición de su principal activista. ¿Cómo se había enterado? Él apenas tenía noticias de nada de lo ocurrido.

—A ver, señorita. Puede largarse. Todo va bien —se giró arrogante cargado de impaciencia.

Leanna enarcó las cejas, incrédula. Unos ojos castaños cargados de frustración y soberbia se fijaron en ella. ¿Creía que iba a conformarse con esa respuesta después de más de tres horas esperando? ¿Y ese tono de voz? Por muy guapo y joven que fuera ese hombre no tenía ninguna educación ni mucho menos empatía.

—Quiero respuestas y no me voy a ir sin ellas —le advirtió en el mismo tono de voz.

Brand parpadeó sorprendido. ¿Esa pelirroja despeinada pretendía conseguir algo con ese tono empleado? Le mantuvo la mirada firme. Sus ojos verdes chispeaban con el mismo brillo que los rizos de su desordenado cabello.

—No tengo obligación de responder ninguna de sus preguntas, así que no voy a hacerlo. Puede largarse por donde ha venido.

—¿Qué no tiene obligación? Por supuesto que la tiene. Por lo menos obligación moral y lo que debería tener es un mínimo de educación ante alguien que viene...

—¿Que viene sin avisar? ¿Como si yo no tuviera nada que hacer? Si quería una cita conmigo debería haber llamado a mi secretaria.

Leanna ahogó una exclamación. Además, era un presuntuoso que conocía muy bien su atractivo físico. Que estuviera acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies no significaba que ella fuera a hacerlo.

—Yo no quiero una cita con usted. ¿Para qué? No tenemos nada en común. Sería absurdo siquiera.

Brand la miró disimulando una mueca ante su ridícula ocurrencia. ¿Una cita de pareja? Por supuesto que no tenían nada en común.

—En eso estoy de acuerdo. Sería absurdo, así que como no sé qué le trae aquí ni me importa… le agradezco su interés en mi ONG y ya puede irse porque no creo que venga a hacernos una donación.

Leanna entrecerró los ojos ante su cinismo.

—Necesito hablar con usted.

—Entonces sí quiere una cita.

—No quiero una cita… —Leanna se detuvo por milésimas de segundo. Claro que quería una cita. No sabía por qué había pensado en un encuentro de pareja—. Sí quiero una cita… claro….

—¿En qué quedamos?

Leanna le miró enfadada. Si estaba tratando de ser gracioso no lo estaba consiguiendo.

—Quiero hablar con usted sobre la ONG AF.

—Ya es tarde por hoy. Mary puede agendar la cita —recalcó con sorna— quizá al mes que viene, aunque ya le advierto que no tengo ningún interés en contestar sus preguntas.

Leanna cruzó sus brazos y enderezó su espalda. Sintió sus pies anclados a la tierra. Le mantuvo la mirada.

—No pienso moverme hasta que…

—No hay problema. Puedo llamar a seguridad.

—Llame a quien le dé la gana, pero yo de aquí no me muevo sin saber algo de mi hermano. Llevo muchos días sin tener noticias suyas. Así que usted decide, pero como no me atienda soy capaz de denunciarlo por secuestro porque por lo que sé la ONG es suya.

Brand contuvo la respiración. ¿Preguntaba por Elliot? Alguna vez le había comentado que tenía una hermana. La miró confundido. No quería darle explicaciones entre otras cosas porque no las tenía. Ni él, ni otros cooperantes de la zona, ni la policía de Zambia con quien ya había

hablado varias veces.

Brand asintió con un seco gesto de cabeza.

—Todo está bien, Mary. No me pase ninguna llamada. Sígame, señorita Clancy.

—Por favor.

—Por favor, ¿qué? Voy a atenderla.

—Sígame, por favor —le corrigió Leanna—. Es una mera cuestión de educación.

Brand resopló.

—Ha venido a buscar respuestas. No sé si lo mejor es que cuestione mis modales.

Empezó a caminar hacia su despacho.

—No los cuestiono. Son evidentes —le siguió enfadada.

No soportaba a la gente que por tener dinero o poder se creía superior al resto de los mortales.

Brand abrió la puerta y la dejó entrar la primera con un gesto sarcástico.

Leanna levantó la cabeza altiva, antes de pasar por delante de él.

—¿Qué sabe? —le preguntó Brand en cuanto cerró la puerta.

—¿Yo? Nada. Por eso vengo.

—¿Desde cuándo no tiene noticias de su hermano?

—Demasiado tiempo. A veces cuando hablamos se nos va la cobertura. No podemos mantener conversaciones muy largas, pero lo veo o escucho algunas palabras. Lo que me preocupa es que últimamente no hay manera ni siquiera de que haya línea.

—A veces, con las tormentas de allí se dificultan las conexiones.

—¿Cuántos días?

—No lo sé… Varios.

—Es su ONG, ¿no le importa lo que suceda?

—Claro que sí. Pero no tiene por qué suceder nada.

Leanna lo miró con recelo.

—Pues también parece preocupado.

Brand se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Es mi ONG como ha señalado. Tengo que estar al corriente de lo que ocurre.

—Entonces, ¿ocurre algo?

«Esa mujer era demasiado terca», se quejó en su interior.

—No. Con la última tormenta fallaron las conexiones. Nada más. He hablado con la policía…

—¿Con la policía? Entonces sí que ocurre algo y no me lo está diciendo.

—Yo no he dicho eso.

—Y ¿por qué iba a llamar entonces a la policía?

—Hablo con ellos alguna vez.

Leanna resopló. No iba a quedarse de brazos cruzados esperando.

—Bien, me iré a buscarlo.

—No es necesario que vaya. Seguro que no tarda en contactar con nosotros. Yo me encargo y en cuanto sepa algo le aviso.

Le miró desconfiada. «Eso no se lo creía ni él».

—Bien, de acuerdo —respondió con fingida aceptación—. Muchas gracias por su… atención y su disponibilidad.

Brand asintió, disimulando su frustración. La vio salir del despacho antes de dejarse caer

en el sillón. Realmente estaba preocupado y esa mujer le había dicho que era capaz de ir a buscarlo. Como si fuera tan fácil la vida allí. Como si Zambia no estuviera a muchas horas de viaje. Como si no tuviera nada más que hacer. Elliot estaría bien… o eso quería pensar. Se pasó las manos por la cara. No estaba seguro, gimió. No le quedaba otra opción.



Leanna se dirigió a su asiento mientras buscaba en la mochila el libro que estaba convencida de que había metido antes de cerrar la maleta. ¿O, finalmente no lo había hecho? El monedero, el neceser, la loción antimosquitos, la crema protectora, unos cascos para escuchar música, barritas de muesli, pañuelos de papel… Eso estaba lleno y ni rastro del libro, resopló frustrada. Esperaba dormirse sin problemas porque el vuelo salía de noche, pero quería entretenerse un poco y distraer su mente de las múltiples posibilidades que su imaginación había creado pensando en su hermano y que solo le habían generado más angustia.

Levantó ligeramente la mirada para encontrarse ante una camisa blanca de lino sobre un pecho plano que le impedía el paso hasta el que sabía que era su asiento. Impaciente, tuvo que levantarla más para mirar al hombre al que iba a pedir que se retirara y que parecía que no era consciente de obstaculizar el pasillo. Tardó unos instantes en reconocer esos ojos castaños en ese rostro tan atractivo.

—¿Qué haces aquí?

Brand no podía creer que la hermana de Elliot estuviera frente a él.

—¿Yo? Eso debería preguntártelo yo a ti —le dijo él, molesto—. Te dije que me encargaría.

—¿Desde tu despacho?

—¿Te parece que estoy en él? —señaló a su alrededor.

—No me dijiste que ibas a viajar.

—Tú tampoco.

—Si, yo te dije que pensaba ir.

—Y te pedí que no lo hicieras.

—¿Por qué iba a hacerte caso? Es mi hermano.

—Y mi amigo.

Se mantuvieron la mirada en silencio por unos instantes.

—No creo que haya pasado nada —reconoció Brand no muy convencido.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Llevaba tiempo sin saber de él y te dije que iba a encargarme de ello.

—Bueno, pues yo también.

La azafata pasó entre ellos.

—Vamos a despegar. Regresen a sus asientos.

Apenas se miraron antes de separarse, contrariados. Leanna se sentó en su asiento y lo vio dirigirse hacia la zona de primera clase. No pudo evitar una mueca. La gente rica tenía muchos privilegios. Con lo que costaba un pasaje en esa zona ella podía comer tres meses… o cuatro. Una simple profesora no podía costearse esos lujos, pero ¿qué importaba? Allí estaban los dos, iban al mismo lugar y a ella le había salido más económico, sonrió orgullosa mientras el avión despegaba.

Brand se sentó en su asiento con el habitual nudo en el estómago que se le formaba cada vez que viajaba en avión. No le gustaba en absoluto. Prefería los coches, incluso el tren. Siempre podría salir corriendo, pero ¿el avión? No poder controlar las variables era algo que no le gustaba. Como esa mujer pelirroja y testaruda. ¿A quién se le ocurría ir a otro continente, sola? Una cosa era ir como turista y otra adentrarse en las sencillas y recónditas aldeas del corazón de Zambia.

Resopló molesto. ¿Qué iban a hacer? ¿El mismo viaje cada uno por su lado? Se cruzarían en cada rincón. ¿Saludarían a Elliot uno detrás del otro? Eso por no pensar en que era una mujer atractiva y preciosa viajando sola a un lugar donde las mujeres no eran tan valoradas como deberían serlo. Podría ocurrirle cualquier cosa y se sentiría culpable por ello.

Resopló mirando a su alrededor. Tendría que despedirse de las comodidades de viajar en primera clase. En cuanto avisaron por megafonía de que podían desabrocharse los cinturones, se levantó, cogió su equipaje de mano y fue en busca de Leanna.

La encontró con los ojos cerrados y unos pequeños cascos en las orejas. Tenía un aspecto relajado y tranquilo, algo que dudaba que fuera habitual en ella. Saludó al hombre joven que tenía a su lado. Estaba en el asiento junto a la ventana, por lo que supuso que el viaje se le haría demasiado largo e incómodo, pero no veía otra opción.

Leanna parpadeó cuando notó que el compañero de asiento pretendía salir y movió las piernas hacia el pasillo para hacérselo fácil. Cuando regresara tendría que volver a moverse para dejarlo entrar. Antes de poder acomodarse, otra persona con pantalones claros intentó ocupar su lugar. Extrañada, levantó la mirada. *¡¿Qué hacía ese hombre ahí?!* Movió las piernas haciéndole tambalearse, porque no quería dejarle pasar.

Brand tuvo que mantener el equilibrio. La joven parecía no estar muy segura de hacia dónde moverse para facilitarle el acceso y, con tanto movimiento, solo conseguía dificultárselo.

—¿Dónde vas?

—A mi asiento.

—Este no es tu asiento.

Brand la miró con ironía.

—Le acabo de cambiar el sitio —ambos vieron cómo el joven se dirigía a la zona de primera clase.

Leanna le miró seria.

—¿O quieres ocupar tú el sitio de la ventana?

Leanna, ahogando un suspiro, retiró las piernas para dejarlo pasar. No le gustaba el sitio de la ventana. Se sentía encajonada y el viaje iba a ser muy largo.

—¿Y por qué se lo has cambiado? —le preguntó molesta.

—Porque vamos al mismo lugar y es absurdo que viajemos por separado. Podemos compartir taxis.

—Dudo que tú no puedas pagar tu propio taxi.

Brand la miró con una mueca. Menuda estupidez había dicho.

—Eres la hermana de Elliot. No te voy a dejar viajar sola a ese lugar.

—¿Qué tiene de malo?

—No sé dónde crees que vas, pero una aldea de Zambia no es un *resort* turístico.

—No voy de vacaciones. Voy a ver a mi hermano.

—Yo también y como vamos al mismo sitio, vamos juntos.

Leanna levantó la barbilla altiva. Estaba de acuerdo en que tenía su lógica, pero no lo iba a reconocer en voz alta. Volvió a colocarse los cascos y a cerrar los ojos. Le daba la impresión de que viajar al lado de ese hombre no iba a ser cómodo. Quería tener la razón, decir la última palabra y para colmo, además de atractivo olía de maravilla, lo que le hacía mantener todos sus sentidos alerta.

Jamás había sido enamoradiza y apenas había tenido relaciones de pareja. Prefería sumergirse entre las páginas de los libros antes que asistir a citas. Afortunadamente, Emme y Astrid tampoco necesitaban un hombre a su lado, lo que había facilitado que todas siguieran unidas y sin presiones sociales de ningún tipo. Decidió ignorar su presencia pese a que le costaba un gran esfuerzo.

Brand estaba tratando de acomodarse en el reducido asiento y no encontraba la manera. Una vez que lo hiciera no dudaba de que se quedaría dormido porque tenía mucha facilidad para ello, pero hasta entonces…

Diez minutos después, Leanna estaba más que irritada. No conseguía dormirse, ¿Cómo hacerlo si Brand no había dejado de moverse desde que había tomado asiento?

—¿Vas a estar así todo lo que dure el viaje? —le preguntó molesta quitándose los auriculares.

Brand la miró extrañado.

—Así, ¿cómo?

—Moviéndote. No has parado un momento.

Él sonrió resignado.

—Mido poco más de metro noventa y estoy encajado literalmente en este cubículo. ¿Por qué te crees que cojo asientos en primera clase?

—Porque tienes dinero —le respondió huraña, fijándose en que sus rodillas se apoyaban contra el asiento delantero.

Brand volvió a moverse impaciente sin encontrar una postura medianamente cómoda.

Leanna resopló. No le quedaría más remedio que cambiarle el sitio si quería dormir algo.

—Está bien —refunfuñó levantándose molesta.

—Gracias —le respondió él levantándose a la vez.

En ese momento, unas pequeñas turbulencias los hicieron tambalearse. Leanna se agarró al respaldo delantero, Brand la intentó mantener contra él.

Leanna sintió arder su piel donde él había puesto la mano para sujetarla. Lo miró con el fuego reflejado en su mirada. ¿Por qué la tocaba?

Brand sintió su mirada encrespada y levantó las manos en señal de rendición. Había sido un gesto espontáneo. No tenía ninguna intención de ponerle las manos encima. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué creía?

Leanna levantó la cabeza altiva. Salió al pasillo para que él pudiera salir y dejarle el espacio libre. Entonces, entró para ocupar el lugar junto a la ventana mientras lo miraba de reojo.

El roce de sus manos podía no haber sido intencionado, pero vaya, había despertado todas sus terminaciones nerviosas. Se colocó los auriculares y cerró los ojos. Rezaría para poder

conciliar el sueño pronto.

Brand se acomodó en el asiento sacando las piernas al pasillo. No era cómodo, pero por lo menos, no se sentía tan oprimido y encerrado. La miró de reojo. Leanna ya había cerrado los ojos, dispuesta a dormir. Su determinación era de admirar, aunque no sabía si eso era lo que la había llevado a viajar a un lugar remoto y desconocido o respondía a un acto de inconsciencia.

Prefería pensar que una combinación de ambas cosas. Una mujer atractiva y con un objetivo en mente podía ser muy peligrosa, y él lo sabía. Había estado rodeado de mujeres así en dos divorcios y un par de relaciones más. Afortunadamente, se había prometido no volver a tropezar en la misma piedra, y estaba dispuesto a mantener su palabra. Cerró los ojos, y repasando todo lo que sabía acerca del lugar al que iban, se quedó dormido antes de lo que esperaba.



La voz de la azafata pidiéndole a Brand que retirara las piernas para poder pasar con el carrito con los desayunos despertó a ambos, que, cabeza con cabeza, dormitaban después de una noche que se les había hecho eterna.

Leanna se sobresaltó cuando se descubrió apoyada en el hombro de Brand. Evitó mirarlo y mucho menos disculparse. Sentía el cuerpo totalmente acartonado.

—No me gustan los viajes largos —refunfuñó pasándose una mano por el cabello despeinado.

—A mí tampoco.

Leanna lo miró de reojo. Su respuesta no le importaba en absoluto. ¿Por qué se despertaba tan atractivo? La ligera sombra de la barba le daba un aspecto demasiado tentador. Resopló asomándose por la ventana. Esa noche llegaría a Lusaka. Pasaría una noche allí y a la mañana siguiente partiría en dirección a la aldea donde esperaba que estuviera su hermano.

Brand la vio coger el teléfono móvil y se fijó en lo que hacía sin ningún disimulo.

—¿Estás buscando hotel?

—Sí —le explicó con indiferencia—. No me dio tiempo a hacerlo antes.

—Yo tengo una habitación doble.

—Muy bien —le respondió sin mirarle.

—Me refiero a que puedes venir conmigo.

Leanna le miró seria. ¿Esperaba que le diera las gracias por su gentileza? O ¿pensaba que no iba a darse cuenta de sus verdaderas intenciones? ¿Compartir habitación? ¿Qué creía? ¿Que iba a acostarse con él nada más conocerlo? No iba a negar su atractivo, pero ella no tenía en mente acostarse con nadie. Necesitaba para ello mucho más que una simple atracción física.

—Puedo alquilar mi propia habitación.

—No lo dudo, pero ya que vamos al mismo sitio, ¿no sería más lógico que fuéramos juntos? O ¿qué vamos a hacer? ¿Pagar un hotel cada uno, un guía cada uno, un transporte cada

uno solo para que te sientas mejor o más autosuficiente? Lo veo ridículo.

Leanna levantó la ceja altiva.

—¿Me estás llamando ridícula?

—No. A ti, no. A tus ideas.

—Yo había planificado hacer este viaje sola…

—No veo que lo planificaras mucho cuando no habías reservado ni el hotel en el que dormir.

—Tengo tiempo de sobra para hacerlo en este vuelo, y es lo que iba a hacer.

—Serás tú la que le explique a tu hermano por qué vamos a la vez en dos medios de transporte y con dos guías diferentes —se recostó en su asiento.

Leanna meditó sus palabras por unos instantes. Realmente sonaba ridículo. Y, además, se ahorraría dinero. Ahogó un suspiro.

—Mientras se lo pueda explicar…

Brand la miró notando cierta inseguridad en sus palabras.

—Estará bien. A veces la cobertura es mala o las tormentas se llevan por delante los tendidos eléctricos.

Leanna lo miró con recelo.

—Nunca había estado tanto tiempo sin hablar con él… ¿Tu empresa no debería contemplar la posibilidad de que ocurran estos inconvenientes?

Brand se encogió de hombros.

—Hay cosas que no pueden controlarse… La implantación de nuevas costumbres o tecnologías en una zona tan rural siempre es un riesgo.

—¿Cómo que un riesgo? ¿No está enseñando a leer a los niños o a los adultos de esa aldea?

—¿Eso te ha dicho?

—¿No es lo que estáis haciendo? —preguntó aún más intranquila, incorporándose de su asiento.

—No… Bueno, o sí, pero también se construyen las escuelas, se dota con los medios que se necesiten, se implementan sistemas de riego, de acequias… puede parecer muy básico, pero…

—¿Me estás diciendo que mi hermano se puede haber caído a una acequia?

Brand la miró desconcertado.

—Dudo mucho que tu hermano no hubiera podido salir de una acequia, pero hay intereses detrás. No a todo el mundo le gustan los avances o que pequeños agricultores puedan bastarse por sí solos sin depender de pequeñas organizaciones creadas para… —la expresión de Leanna le incomodó—. Bueno…no sirve de nada especular. Todo estará bien. Estará reparando el cableado eléctrico de la zona.

—¿Mi hermano? ¿Él reparando el cableado eléctrico? Haber empezado por ahí —le respondió socarrona—. Ya entiendo entonces por qué no funciona.

Brand le miró sin saber si lo decía en serio o en broma. Leanna lo miró muy seria.

—¿Me estás diciendo que hay gente que no quiere que haya colegios o agua o luz en una aldea y tu empresa se ha empeñado en jugar a ser Dios y hacerlo por su cuenta? Pero, vamos a ver —se levantó impaciente y tropezando con las piernas de Brand. Sin importarle en absoluto molestarle, salió al pasillo. Sentía que le faltaba hasta el aire—, ¿quién os manda meteros en esas cosas? ¿No has oído eso de «vive y deja vivir»?

—Baja la voz y siéntate, anda —le pidió impaciente—. ¿Y tú no has oído que la

educación es un derecho para todos? ¿No eres profesora o algo así?

—Sí, pero doy clase a quien quiere recibirla. No obligo a nadie a aprender.

—Pero ¿y si los niños no saben que pueden hacerlo, o que pueden tener otra vida diferente, o que las cosas cotidianas del día a día las pueden hacer de una manera más sencilla? Para llevar el agua a sus casas los niños emplean medio día cargando cubos desde el río más cercano… ¿Por qué no construir una acequia o un pozo que les facilite la tarea y luego puedan estudiar y jugar a ser niños?

Leanna lo miró pensativa mientras se cruzaba de brazos. No quería darle la razón, pero quizá algo de razón, una poca, pudiera tener. Que la azafata quisiera pasar con el carrito por donde estaba ella, hizo que volviera a sentarse junto a Brand sin ningún remordimiento por tropezar bruscamente con sus rodillas.

—Es seguro… —la intentó tranquilizar Brand. Por lo menos, esperaba que así fuera.

Leanna lo miró de reojo. Esa afirmación era bastante difícil de creer con ese tono de voz. Sintió un nudo en el estómago pese a que la azafata les ofreció la bandeja del desayuno.

Brand resopló al ver su bandeja. En primera clase la comida era mejor o por lo menos más abundante, pensó antes de dar el primer sorbo a su café. Fue como una corriente eléctrica recargando su cuerpo. Notó cómo hasta la última de sus células se despertaba.

—¿No vas a comer? —le preguntó a Leanna después de ver que se recostaba hacia atrás inmediatamente después de tomarse solo la amarga bebida.

—No —refunfuñó—. Soy incapaz de digerir nada en este momento, y el café me lo tomo porque lo necesito para vivir, si no…

Se conocía lo suficiente como para saber que su carácter necesitaba la cafeína para regularse.

Brand cogió el panecillo que había en su bandeja ante la seria mirada de Leanna.

—¿De verdad puedes comer algo? —le recriminó. Probablemente necesitaría otro café porque uno solo no parecía hacerle efecto—. Claro, para ti es solo un empleado… uno de los muchos que tendrás.

—Jamás he dicho eso —le respondió molesto—. Estoy en el mismo sitio que tú y vamos hacia el mismo lugar. Eso debería darte una señal de lo importante que es tu hermano para mí… pero estoy convencido —más o menos lo estaba— de que no habrá pasado nada.

Leanna lo miró extrañada.

—¿Por qué es importante para ti? ¿Porque te gestiona la ONG?

—Tu hermano es mi amigo —le explicó sin entrar en más detalles mientras seguía comiendo.

Leanna volvió a recostarse en el asiento, mirándole con disimulo. Tenía buen apetito. Le extrañaba que no estuviera más gordo.

—Bueno, entonces… ¿ya tienes reservado el hotel?

—Sí. Allí mismo contactaremos con algún guía local que nos lleve hasta Nsenda Ele, la aldea donde está tu hermano. Mañana a estas horas estaremos de camino y en un par de días podremos volver con todo solucionado.

Leanna asintió. No tenía reservado billete de vuelta, pero después de lo que Brand le había contado no tenía ninguna ilusión por quedarse cavando zanjas para construir acequias. Ella no tenía ese carácter altruista de su hermano o de su amiga Emme. Recriminaría a su hermano por su desapego hacia ella y mantenerla en ascuas durante tanto tiempo y después regresaría a casa.

Astrid habría vuelto del *Mastermind* que quería hacer y seguro que tenía muchos proyectos que compartirles al borde de la piscina. Sí. Necesitaba descansar dejando pasar el tiempo tranquilamente, junto a sus amigas, a las que, por cierto, debía comprarles un recuerdo de allí.

Después de un día que se le hizo casi interminable pese a los audiolibros que había escuchado, y las dos películas que había visto en su intento de que el tiempo pasara más rápido, llegaron a Lusaka.

Leanna bajó del avión refunfuñando. Con el cambio de horario ya había entrado la madrugada. Notaba su sueño cambiado, el cuerpo anquilosado y mucho cansancio acumulado, además del nudo en su estómago que apenas le había permitido comer. Brand se había aprovechado de ello, desde luego. Ese hombre dormía como un lirón y comía como una lima pese a que no lo pareciera en absoluto.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana —le informó Brand dirigiéndose con ella a la recogida de equipajes—. Iremos al hotel a dormir y mañana por la mañana nos vamos con el guía.

Leanna asintió. Realmente estaba deseando descansar en una cama, aunque fuera unas horas para estirar el cuerpo, pero antes necesitaba una ducha para relajarse y ponerse ropa limpia.

Mientras esperaban la salida del equipaje evitó mirar a Brand. Tenía que reconocer que se sentía mejor sabiendo que tenía a alguien cerca en un país desconocido. Sus primeros y últimos viajes habían sido con Astrid y Emme hacía muchos años. Lo habían pasado muy bien, pero en cuanto todas empezaron a trabajar, no volvieron a plantearse hacerlo.

Suspiró aliviada cuando empezó a ver las maletas por la cinta transportadora. Por fin podrían irse al hotel.

Poco después, Brand miró a su alrededor buscando un puesto de información. El equipaje de Leanna no aparecía por ningún sitio y la joven estaba visiblemente enfadada y nerviosa.

—Será mejor que…

—Déjame en paz —espetó indignada mientras miraba con los brazos en jarras hacia la ventana por la que salía el equipaje—. Quiero mi maleta. Tiene que estar en algún sitio y no me voy sin ella.

—Sí, pero…

—Pero nada. Quiero mi maleta.

—Si no iba en nuestro vuelo no hacemos nada esperando. Vamos a avisar de que se ha perdido…

—¿Que se ha perdido? La han perdido que es muy diferente. Estoy a cientos de kilómetros de casa sin nada de ropa, sin mi hermano, contigo…

—Bueno, yo…

—Tú, ¿qué? Tú tienes la culpa de todo. ¿Por qué tuviste que mandar a mi hermano a esa aldea perdida? ¿No había ninguna obra de caridad pendiente en… en… en Hawai, por ejemplo? Mi amiga Astrid estará allí ahora. Y yo aquí, en… ni sé dónde y sin nada que ponerme.

Brand resopló haciendo un gran esfuerzo por mantener intacta la poca paciencia que sabía que tenía. Escenas como esa eran la razón de sus dos divorcios. Él siempre tenía la culpa de todo. Como si personalmente hubiera perdido la maleta o como si hubiera decidido que Elliot desapareciera sin dejar rastro.

—¿No llevas ropa de repuesto en tu equipaje de mano?

Leanna recordó la mochila que llevaba sobre el hombro. Afortunadamente, esa no la

habían perdido que era donde llevaba el dinero, la documentación, el neceser y un montón de cosas más entre las que no se incluía nada de ropa. Recordó la conversación con Emme y Astrid. Quizá debería haberles hecho caso… pero no era tiempo para lamentaciones.

—No. La ropa se lleva en las maletas.

—La próxima vez que subas a un avión, lleva algo de repuesto por...

—¿La próxima vez? ¿Cuántas veces más vas a perder a mi hermano?

Brand entornó los ojos.

—Yo no he perdido a tu hermano. Se ha perdido solo.

—Entonces reconoces que está perdido —el nudo volvió a apretarse en su estómago—. ¿Sabes algo que yo no sepa? Dímelo porque no respondo de…

—No sé si se ha perdido y no sé más que lo que tú sabes —. No le iba a decir que ya había hablado con la policía y, realmente, nadie sabía nada—. Quiero irme al hotel a descansar. Vamos.

—Yo no me voy sin mi maleta.

—Es solo ropa. Encontraremos…

—¿Solo ropa?

—¿Quieres dejar de interrumpirme?

—No, claro que no. ¿Solo ropa? Como se nota que te sobra el dinero. La gente como yo tiene que trabajar muy duro para comprarse esa ropa a la que no le das importancia.

—Bueno, pues como es mi culpa, yo te compraré lo que necesites, pero vámonos.

—¿Comprármela tú? No pienso consentir eso. ¿Qué crees que soy? ¿Alguna de esas mujeres que aceptan…?

—Leanna, vale ya —le pidió impaciente—. Quiero irme al hotel…

Leanna parpadeó sorprendida. Sabía su nombre. Y sonaba de maravilla en sus labios. ¿Qué estaba pensando? Sin duda, estaba demasiado cansada.

—Pues vete. Yo no me voy de aquí sin mi equipaje.

Brand resopló molesto antes de alejarse de ella. Leanna le dio la espalda enfadada. En cuanto se sintió sola, el nudo de su estómago subió hasta su garganta. Elliot había desaparecido y ella estaba sola en un lugar desconocido sin ropa y sin hotel porque había confiado en compartirlo con Brand. Luchó contra las lágrimas que amenazaban con resbalar por sus mejillas. ¿Qué iba a hacer?

Dos lágrimas le ganaron la batalla. Se las secó con determinación. Ni hablar. Nada ni nadie impedirían que ella encontrara a su hermano. Le daba igual la ropa, Brand o cualquier inconveniente que se le presentara. Llenó sus pulmones de aire sintiendo que reponía fuerzas.

—He dado la dirección del hotel. Te enviarán la maleta en cuanto aparezca, pero tendrás que rellenar esta documentación...

Leanna se giró sorprendida de oír su voz.

—Creí que te habías ido.

—No voy a dejarte aquí.

El impulso de abandonarla a su suerte había desaparecido al verla tan indefensa, tan vulnerable, parada frente a la cinta transportadora, esperando saber algo de su hermano… sola y dispuesta a seguir estándolo.

Otras habrían seguido acusándole de sus defectos mientras le exigían responsabilidades. Leanna se había limitado a dejarle ir, aunque claro, no había nada entre ellos. ¿Por qué tenía que pensar en mujeres en ese momento? Nada le importaba menos.

Leanna se limitó a asentir mientras aceptaba la documentación que le ofrecía y comenzaba a rellenarla.

—Gracias —le dijo en cuanto salieron del aeropuerto.

Brand se encogió de hombros sin darle importancia. Había actuado por puro egoísmo. Quería llegar al hotel y darse una ducha.



Ninguno de los dos se entretuvo en apreciar la elegancia del hotel de cinco estrellas, la amabilidad de sus empleados o las miradas que compartieron cuando les sugirieron mirar los folletos que tenían sobre el mostrador y que describían los fabulosos safaris que podían encontrar por la zona. Solo querían descansar y al día siguiente concertarían el acompañamiento de un guía local.

La habitación era amplia, acogedora y cálida. Una enorme cama con sábanas blancas reinaba en el centro, contrastando con los muebles de madera oscura que decoraban la estancia.

Leanna se dirigió a ella. Por lo menos era muy grande y no tendrían ni que tocarse. Daba hecho que la compartirían porque ella estaba deseando dormir estirada sobre un colchón y se veía incapaz de pedirle a Brand que no lo hiciera.

Brand llegó hasta el otro extremo de la cama. Colocó la maleta sobre ella y la abrió sin mirar a la joven. Esperaba que no le pusiera problemas por compartir la cama. Ambos eran adultos y sabían que no tenía por qué pasar nada entre ellos por el hecho de compartirla. No tenía muchas ganas de discutir ni de defenderse.

—Dúchate tú primera —le indicó Brand sacando una camiseta oscura de su equipaje y ofreciéndosela.

Leanna suspiró aceptándola de mala gana.

—Podía haber sido peor. Si yo hubiera perdido la maleta tú no podrías dejarme nada.

Fue a replicar, pero se contuvo ante su mirada burlona. A ella no le hacía gracia el comentario, ni el haber perdido la maleta, ni compartir habitación con él y mucho menos el motivo de su viaje.

El cuarto de baño también era amplio y con una ventana pequeña que reflejaba la oscuridad y la tranquilidad de la noche.

Leanna dejó que el agua resbalara por su cuerpo reparándolo, llevándose el cansancio del viaje, el embotamiento por el cambio de hora y los nervios acumulados y agarrotados en cada una de sus articulaciones.

Brand estaba revisando el correo electrónico desde su móvil cuando vio salir a Leanna con el cabello envuelto en una toalla y la ropa con la que había viajado mojada entre sus manos. Sus largas piernas se asomaban sensuales bajo su oscura camiseta. No estaba preparado para el impacto que le causó. Incómodo ante sus sentimientos, evitó entretenerse más apreciando su aspecto y se encerró en el cuarto de baño. Le daba la impresión de que su ducha no sería tan

rápida como la de ella porque solo con pensar que le estaba esperando fuera, todo su cuerpo parecía arder.



A la mañana siguiente, Leanna se despertó antes que Brand, con la ayuda de la luz que entraba por la ventana. En cuanto recordó donde estaba, se giró para comprobar que Brand estaba a su lado. La incomodidad del momento se equilibró al ver que seguía dormido. Al final habían compartido la cama. Su expresión era relajada y tranquila. No podía evitar reconocer que era guapo y que, por mucho que le molestara, se sentía protegida a su lado o, por lo menos, acompañada. Pero también era él quien había dejado a Elliot a su suerte en aquel lugar y pensarlo provocaba que la rabia hiciera acto de presencia.

Se levantó apresurada y cogió la ropa que había lavado la noche anterior. Estaba un poco húmeda pero no tenía otra opción con la que vestirse.

Brand tardó algo más en despertarse. Después del ruido ocasionado por dos violentos portazos, alguna sacudida y unos cuantos gruñidos, abrió los ojos, desorientado. Ver unos chispeantes y furiosos ojos verdes sobre él le hizo incorporarse sobresaltado.

Leanna se alejó de la cama, molesta. Había llegado a pensar que no se despertaría jamás. Verlo incorporarse somnoliento, con el atractivo reflejo de la barba y el cabello ligeramente despeinado tampoco le había gustado mucho. Era demasiado agradable de mirar y ella no necesitaba hacerlo ni mucho menos quería. Apenas lo conocía, no tenían nada en común y la atracción que podría sentir era solo física y probablemente una respuesta lógica a su habitual escasez de relaciones amorosas.

Además, por lo que sabía de él, era prepotente, arrogante y el aire de superioridad que irradiaba por cada poro de su piel lo convertía en un hombre muy poco atractivo bajo su punto de vista. Probablemente sería incapaz de mantener una conversación medianamente inteligente, que era algo que ella valoraba mucho.

—Ya no sabía qué hacer para que te despertaras —le comentó con fingida inocencia.

Brand se llevó la mano a la cabeza, aturdido, antes de dejarse caer de nuevo en el colchón.

—¿Qué hora es?

—La hora de irnos.

—Ayer tardé en conciliar el sueño. Supongo que el cambio de horario…

—Pasaste el viaje durmiendo. Era lógico que en algún momento te mantuvieras despierto. Vamos, por favor —insistió casi desde la puerta.

Brand asintió levantándose adormilado.

—Sí… Tendrás ganas de desayunar. Ayer apenas comiste.

—¿Comer? ¿Vas a poder comer algo?

—Tú, ¿no? —preguntó mientras se vestía bostezando. Eligió unos pantalones largos de

color claro y una camiseta negra.

—No. Por las mañanas solo tomo café.

—Pues te recomiendo que comas algo más. Tardaremos alguna hora en llegar a la aldea y no sé cómo andarán de comida.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Dónde has mandado a mi hermano?

—Yo no lo he mandado a ningún sitio. Fue él quien lo decidió todo. Yo solo financio lo que no pueden conseguir de otra manera.

—Pero tendrán comida.

—Supongo que sí, pero dudo que sea como la del hotel. Voy un momento al baño y nos vamos.

Leanna resopló fastidiada. Estaba deseando ponerse en camino para llegar a la aldea. Cuando vio salir a Brand del baño desvió la mirada con una mueca. Tenía un aspecto impecable, como si hubiera descansado felizmente durante la noche y el viaje no hubiera sido el día anterior. Ella se puso las gafas de sol a modo de diadema. Se había embadurnado de protector solar y su ropa estaba ligeramente húmeda y arrugada. La diferencia de clase entre ambos era más que evidente aun en esas condiciones. Debía preguntar en la recepción si sabían algo de su maleta. Por lo menos, se sentiría mejor vestida.

Brand adelantó a Leanna en el pasillo. Su estómago se había espabilado antes que él. Después de desayunar contratarían al guía y se pondrían en camino. Tenía ganas de comprobar que Elliot estaba bien y el proyecto iba como esperaban. Miró de reojo a Leanna. Le parecía increíble que una mujer con un aspecto tan natural le pudiera parecer atractiva.

Esperaba que su maleta hubiera aparecido. Con un poco de suerte no todas sus camisetas se ceñirían a su cuerpo como hacía lo que llevaba o sus pantalones serían más largos y ocultarían una buena parte de esas largas piernas. En esas fechas no hacía tanto calor como ella parecía creer.

Leanna acompañó sus tres tazas de café con un pequeño plato de huevos revueltos que le costó bastante digerir. Brand desayunó por él y por ella a la vez. Su estómago parecía un saco sin fondo.

—No sé cómo puedes comer tanto y no engordar —le comentó evitando mirarlo.

—Cuestión de genética y de gimnasio —reconoció con una media sonrisa.

—Bueno, pues deberías terminar ya para ponernos en camino. Tengo que preguntar por mi maleta y estoy deseando llegar a la aldea.

—Llegaremos antes de comer —le comentó confiado—. No va a moverse de donde está.

Leanna ahogó una mueca antes de levantarse de la mesa.

—Voy a preguntar por mi maleta, mientras te comes las reservas de todo el hotel.

—Qué exagerada —le respondió levantándose mientras daba el último trago a su taza de café.

Llegaron a la recepción uno detrás de otro para ser atendidos por una joven lugareña con amplia sonrisa y ojos grandes.

—¿Desean disfrutar de uno de nuestros espectaculares safaris? Son ideales para recién casados.

—No somos recién casados —le replicó Leanna, impaciente— y no nos interesa un safari.

—¿Qué les ha traído aquí? —preguntó con curiosidad.

—Necesitamos un guía local que nos lleve a la aldea Nsenda Ele cuanto antes.

La joven disimuló la sorpresa en su rostro volviendo a tenderles la publicidad de los

safaris que se organizaban.

—Seguro que esto es de mayor interés que visitar las pequeñas aldeas de la zona.

Brand observaba a las dos mujeres en silencio.

—Lo dudo —le respondió Leanna inflexible—. ¿Tienen el teléfono de algún guía?

La mujer asintió buscando información en la pantalla del ordenador.

—Voy a dejarle un aviso para que se persone aquí cuanto antes.

—Llegará en media hora. ¿Puedo ayudarles en algo más? Les puedo sugerir una visita por los alrededores…

—No, gracias, ¿ha llegado mi maleta? Supongo que el compañero del turno de noche le habrá dejado indicado que estoy pendiente de recibirla.

—No hemos recibido nada —asintió con fingida compasión.

Leanna fue a protestar, pero Brand intercedió por ella.

—Podemos ir a comprar a alguna tienda cercana.

—No quiero comprar nada en ninguna tienda cercana —le respondió impaciente—. Quiero mi ropa.

—Pero no puede ser, así que te sugiero que vayamos a comprarte algo o te verás obligada a compartir la mía.

Leanna lo miró seria. Era algo que no le apetecía hacer en absoluto.

—Está bien… pero en cuanto venga el guía nos vamos.

Ambos salieron del hotel para fundirse con las coloridas y abarrotadas calles, de los alrededores. Regresaron poco después con las únicas camisetas sencillas y de colores discretos que habían encontrado, algo de ropa interior y un par de pantalones de tela metidos en una funcional mochila de color oscuro. Leanna la cargaba a regañadientes. No había visto una ropa interior tan fea, la calidad de los pantalones le dejaba mucho que desear y las camisetas llevaban un escote que, en circunstancias normales, jamás habría llevado. Por lo menos no eran tan coloridas como todo parecía serlo.

Seguro que había tiendas de mejor gusto o calidad, pero no las habían encontrado. Brand se había limitado a comprar dos botellas grandes de agua que había metido en su mochila. Le habían parecido excesivamente caras, pero a él no parecía haberle importado.

Subieron a la habitación para recoger sus cosas antes de que llegara el quía.

—¿Has dejado la camiseta que te di en la maleta? —le preguntó Brand extrañado mientas se aseguraba que no faltara en ella nada de lo que debía haber.

—¿La necesitas justo ahora? ¿No llevas suficientes camisetas? Me la he guardado en mi mochila. No iba a comprarme un pijama solo para unos días.

Brand fue a replicar, pero se contuvo. Quizá habían sido solo imaginaciones suyas y se había equivocado al pensar que alguien había registrado el contenido de su maleta. Se limitó a asentir y a esperar a que fuera al baño de nuevo antes de marcharse hacia la aldea. Por lo menos, en unas horas saldrían de dudas con respecto a lo que podía haber pasado.

Junto a la recepción, un lugareño menudo de ojos grandes y sencillas ropas parecía esperarles. La empleada del hotel les hizo un gesto para que se acercaran.

—Reuben los llevará hasta Nsenda Ele.

El hombre les sonrió amable. Brand y Leanna le devolvieron la sonrisa confiados, saliendo tras él.

—Ya tengo ganas de que esto termine —murmuró Leanna quitándose del hombro la mochila que utilizaba como bolso y sujetándola con la mano.

—Yo creo que acaba de empezar —le respondió Brand observando receloso la vieja camioneta en la que se disponían a viajar.

En un momento, Leanna sintió un violento empujón hacia la espalda de Brand y un tirón en su brazo. ¡Su mochila! Aturdida y asustada miró hacia donde un joven desgarbado corría con su mochila bien agarrada.

Brand se había girado sorprendido al escuchar su exclamación y sentir su golpe. La sujetó entre sus brazos. Creía que había tropezado.

—Será hijo de… —exclamó Leanna tirando al suelo la mochila con su ropa nueva y echando a correr tras él.

Brand la miró incrédulo antes de comprender que el joven que corría por delante de ella le había robado la mochila pequeña. Miró al guía que parecía observar la escena con tranquilidad.

—A veces pasan estas cosas…

—Vigile nuestro equipaje —le ordenó serio antes de salir corriendo tras el ladrón.

Leanna sentía que el corazón se le iba a salir por la boca y que los pulmones iban a estallarle. Pero aun así no iba a permitir que nadie le robara el bolso. Allí tenía su documentación y no podía perderla. Se maldijo en silencio por su vida sedentaria. Astrid siempre le señalaba que en vez de leer tanto debía hacer más deporte. Pero ¿quién iba a pensar que tendría que salir corriendo tras un ladrón?

De reojo, esquivando a todas las personas que se cruzaban en su camino, vio que Brand la adelantaba a más velocidad y sin mucho esfuerzo. Eso le hizo ir aminorando la marcha. Tenía claro que ella jamás le alcanzaría, y si lo hacía, no viviría para contarlo porque hasta las lágrimas se le agolpaban ardiendo en los ojos debido al esfuerzo.

Acabó dando varios pasos mientras regulaba la respiración, recuperaba el aliento y las piernas empezaban a responder a su inesperado esfuerzo de manera dolorosa. Los perdió de vista al final de la calle y entre la multitud de viandantes. Se incorporó hacia adelante conteniendo sus ganas de vomitar.

¿Podría pasarle algo más en ese viaje? Todo estaba siendo frustrante.

Caminó arrastrando los pies hasta la furgoneta. El guía había metido la maleta de Brand y su mochila en la parte trasera de la furgoneta y la miraba impasible. Leanna sintió una inmediata animadversión por él. ¿No debería haberle preguntado por cómo se encontraba? ¿O haberse disculpado por el robo producido en su país? Se apoyó junto a la puerta del copiloto con el ceño fruncido.

Poco después llegó Brand, recuperando el aliento, con la mochila en la mano. Se la dio a Leanna antes de dirigirle una mirada seria al guía e ignorarla.

—Larguémonos ya.

Leanna cogió la mochila disgustada ante su gesto.

—Eh, yo no quería que me la robaran.

—No te he dicho nada.

—No hace falta que hables. Tu mirada lo dice todo.

Brand la miró serio. Le había costado un gran esfuerzo alcanzarlo además de un fuerte raspón en el codo y un golpe en la rodilla cuando se había lanzado sobre él para detenerlo. Por lo menos, el joven no había puesto resistencia y había salido corriendo en cuanto él recuperó la mochila.

—De nada —le respondió antes de abrirle la puerta para que entrara y ocupara el asiento de en medio de la parte delantera de la furgoneta.

—Gracias —le respondió ligeramente avergonzada ante su ingratitud mientras apretaba la mochila contra su pecho—. No sé si debería denunciar…

—No le han robado nada —le señaló Reuben, con indiferencia, desde su asiento—. Será una pérdida de tiempo, pero ustedes deciden.

Leanna miró a Brand que parecía dejarle a ella tomar la decisión. Realmente no se habían llevado nada y lo que quería era ver a su hermano cuanto antes para poder volver a casa. Levantó la cabeza altiva antes de meterse en la furgoneta.

Brand entró tras ella sintiendo todavía su respiración agitada. Quería pensar que había sido casualidad que quisieran robarle la mochila y no un acto premeditado porque… ¿qué motivo habría? ¿El mismo que le había hecho sospechar que alguien había revisado su maleta mientras habían bajado a desayunar?

Dos horas después, en las que se habían alternado episodios de largos silencios con conversaciones superfluas sobre las costumbres locales de los lugares por los que pasaban, empezó a escucharse un sonido extraño a la vez que la furgoneta aminoraba su velocidad.

—Hemos pinchado una rueda —les informó el guía.

Leanna parpadeó incrédula. ¿De verdad? Miró al guía que frenó en un lateral de la carretera y bajó para asegurarse. Brand lo imitó y ella se quedó dentro por unos segundos tratando de asimilar la idea. Cogió aire antes de soltarlo con muchísima calma mientras intentaba reunir su escasa paciencia. Probablemente podrían cambiar la rueda y ponerse de nuevo en marcha.

Bajó ante la falta de noticias y vio a los dos hombres mirar la rueda. Brand tenía el ceño fruncido y las manos en jarras apoyadas en las caderas. Se ajustó las gafas de sol.

—Podrán cambiar la rueda, ¿no? —preguntó irritada.

Los dos hombres la miraron en silencio como si hubiera dicho una estupidez. Ella se levantó las gafas de sol esperando una respuesta mientras les mantenía la mirada.

Brand se acercó a ella con su actitud arrogante.

—No lleva rueda de repuesto. Tenemos dos opciones: esperar a que pase alguien, nos preste una rueda, se nos lleve de vuelta a la ciudad, o de casualidad nos acerque a la aldea o, la otra opción que es largarnos andando y tardar unas cuantas horas más de lo previsto.

Leanna lo miró boquiabierta antes de mirar a su alrededor. No había tráfico por la zona, ni recordaba haberse cruzado con ningún vehículo casi desde que habían salido.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Te parece que tenga ganas de bromear?

Leanna resopló molesta.

—¿Qué tal si la próxima vez que pienses mandar a mi hermano a que te haga algo, te vas tú primero y no vuelves? Es muy bonito querer arreglar el mundo desde tu despacho con aire acondicionado y que otros hagan el trabajo duro.

—Yo no obligué a tu hermano a que viniera aquí —le respondió ofendido.

—Ya… ¿qué hacemos? —le preguntó Leanna incapaz de tomar una decisión ante la disyuntiva. No sabía qué opción le apetecía menos.

—El sol no aprieta mucho, pero nos exponemos a tener que caminar durante horas para llegar a la aldea.

—¿Y es mejor quedarse esperando? No sé tú, pero yo no llevo bien esperar a que las cosas sucedan. Tengo crema solar. Me voy a buscar a mi hermano.

Sacó de la mochila la crema solar y volvió a embadurnarse cada porción de piel expuesta

sin perder tiempo. Evitando mirarle le tendió el bote para que él hiciera lo mismo. No quería sentirse culpable de que se quemara la piel por ser tan poco previsor.

—Puede ser peligroso —les indicó Reuben con recelo—. Quizá deberían esperar conmigo y que alguien los lleve de vuelta al hotel.

—No se preocupe —le respondió Brand—. Nos las apañaremos.

—Pero pueden perderse o les puede ocurrir algo.

Leanna le miró con el ceño fruncido.

—¿Algo como qué?

—Un accidente, un atropello…

—Por aquí no pasa un alma. ¿De verdad cree que nos puede atropellar un coche?

El guía se encogió de hombros mientras Brand cogía su mochila y se la echaba al hombro después de echarse el protector solar. Miró a Leanna, que también echó su mochila a su hombro, y se pusieron en camino.

Al poco de alejarse, Leanna lo miró de reojo. Las dudas habían empezado a asaltarla.

—Después de nuestra salida triunfal, ¿tú sabes adónde vamos?

Brand la miró extrañado.

—Tú, ¿no?

—Sé que vamos a Nsenda Ele, pero ¿por dónde se va? Tú deberías saberlo, ¿no?

—Creía que pretendías hacer el viaje sola.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no me ibas a necesitar para nada.

Leanna le miró seria. ¿Se podía ser más prepotente?

—No te necesito, pero ya que vamos al mismo sitio y te recuerdo que en la misma posición, lo más lógico y lo más inteligente, es que compartamos toda la información que tenemos, ¿no? Porque yo sé que tenemos que seguir esta carretera, pero en algún momento tendremos que desviarnos. Solo te pregunto si sabes dónde exactamente tenemos que hacerlo.

Brand sacó del bolsillo trasero del pantalón uno de los mapas que había en el mostrador del hotel.

—Ahí estará. En cuanto lleguemos al primer pueblo intentaremos alquilar un *jeep*, una furgoneta o lo que sea para llegar. Andando será un camino muy largo.

Leanna resopló. Encontraría a su hermano le costara el tiempo que le costara.

En silencio y después de casi dos horas caminando llegaron a un pueblo con bastante actividad. Leanna buscó con la mirada una tienda donde comprar agua embotellada. Brand, un vehículo que alquilar.

A la vez, fue cada uno hacia un sitio diferente, sin mediar palabra. Cuando Leanna salió farfullando de una tienda con una botella en la mano, se acercó a Brand que estaba hablando con un joven muy alto y desgarbado que parecía escucharle con interés.

—Este es Julius. Puede acercarnos en su furgoneta en cuanto comamos algo —le indicó satisfecho mientras la veía beber agua, acalorada.

—El precio del agua aquí es un atraco a mano armada —le comentó a Brand tendiéndole la botella sin prestar atención al nuevo guía.

Brand la miró alzando una ceja. Leanna parpadeó sorprendida.

—Llevo agua en la mochila. Podías habérmela pedido.

—¿Sabes una cosa? Me creí la historia de que los pobrecitos niños empleaban casi todo el día en acarrear agua del río a su aldea, pero lo que tu empresa quiere es lucrarse con esa

necesidad.

Brand la miró serio y le señaló con la mirada al guía que les estaba esperando. A ese hombre no le importaba su desagradable opinión sobre los precios de los productos ni mucho menos saber a qué se dedicaba, además de que no era cierto el beneficio que perseguía su empresa allí.

Leanna se fijó en el hombre joven que parecía mirarla con cierto brillo en los ojos que no supo identificar. ¿Podía sentirse ofendido por lo que había dicho sobre el precio del agua embotellada? No le importaba en absoluto. Quería irse de allí cuanto antes. Cerro la botella y la metió en su mochila.

—Podemos ponernos en marcha —les dijo dándose media vuelta.

—¿Has comprado solo una botella? —le preguntó Brand.

—Al precio que están y teniendo en cuenta que no tardaremos en llegar a la aldea donde tú suministras el agua, sí.

Brand ahogó un suspiro resignado. Esa mujer era demasiado terca. Leanna lo miró de reojo mientras con cierta desconfianza se dirigía hacia la destartalada furgoneta. Ese vehículo aún era peor que el anterior.

—Vengan a comer a mi casa —les insistió Julius—. Es mejor viajar con el estómago lleno.

Leanna lo miró airada. Otro retraso más. ¿Podía hacer algo al respecto? Tenía la impresión de que no. Se encogió de hombros. ¿Qué comerían allí? No le quedaba más remedio que arriesgarse a comprobarlo. Brand asintió siguiendo al joven hasta una humilde construcción de paredes blancas.

Leanna no veía el momento de ponerse en camino. La especie de papilla hecha con harina de maíz que habían comido había mejorado con la inagotable conversación de Julius. Leanna apenas participó en ella, pero Brand había resultado, para su sorpresa, un excelente conversador.

Cuando, por fin, volvieron hasta la camioneta, Leanna se sentó en medio en el asiento central de la parte delantera. El cubículo era estrecho y maloliente, pero afortunadamente su nariz no tardó en acostumbrarse al olor. A lo que no parecía que se acostumbrara era al roce de su piel contra la de Brand. Estaban demasiado cerca. Intentó no darle importancia, pero todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo parecían encenderse ante su contacto.

Brand, de vez en cuando, miraba distraído por la ventana manteniendo la conversación amistosa con el guía. Tenía demasiado cerca a Leanna, pero que eso le molestara era absurdo. No había mucho espacio como para mantener las distancias y su suave piel no dejaba de rozarle. Le sorprendía su actitud guerrera. Otra en su lugar habría estado quejándose del sol, de los olores, de la comida, de la larga caminata que se habían dado o de los inconvenientes que iban surgiendo, pero Leanna, pese a que también se quejaba, no parecía que el enojo le durara demasiado ni mucho menos que fuera a rendirse en su propósito.

—¿Tan lejos está? —preguntó Leanna cuando vio que el sol empezaba a esconderse en la llanura regalándoles una imagen de sublime belleza.

Sacó el teléfono móvil. Seguía sin cobertura, pero podría hacer una foto. En cuanto tuviera la oportunidad se la enviaría a sus amigas.

—No tardaremos en llegar —les aseguró desviándose de la carretera principal.

No había camino que seguir y el vehículo parecía demasiado inestable entre piedras y follaje. Brand se agarró a la puerta de la camioneta, incómodo. Leanna notaba la inestabilidad en su asiento, pero no encontraba lugar en el que agarrarse para no verse zarandeada de lado a lado.

Brand le pasó el brazo que tenía junto a ella a modo de cinturón de seguridad apoyando su mano en la cadera. Leanna aguantó la respiración. Sabía que debía agradecerle el gesto, pero que ese brazo musculoso y protector casi se apretara contra ella, le resultaba demasiado perturbador.

Poco después Julius detuvo el vehículo.

—Bajemos aquí.

—¿Hay que ir caminando? —preguntó Leanna extrañada.

—Sí —le aseguró Julius despreocupado.

Brand y Leanna bajaron y con las mochilas al hombro empezaron a caminar.

—Llegaremos antes de que oscurezca del todo, ¿no? —preguntó Leanna notando cómo algún mosquito de tamaño considerable se acercaba a ellos.

—No se preocupen, sigamos por aquí.

Leanna asintió mientras empezaba a rociarse con loción antimosquitos. «Era ya lo que le faltaba», pensó mirando a Brand con el ceño fruncido. Solo estaba deseando volver a casa. Si esa vida era lo que le gustaba a Elliot, que se quedara allí, pero ella no volvería más ni de visita.

El guía les pidió intimidad para hacer sus necesidades y ellos asintieron distraídos mirando a su alrededor. La noche no tardaría en cubrirles. Unos minutos después empezaron a preocuparse.

—¿Es normal que tarde tanto? —le preguntó Leanna a Brand.

Brand la miró en silencio. Llevaba un rato preguntándose lo mismo. No quería pensar que pudiera ser cierto lo que sospechaba.

—Vamos —impuso unos minutos después volviendo sobre sus pasos.

Leanna lo siguió extrañada.

—¿Volvemos a la furgoneta? ¿No se supone que deberíamos ir en dirección contraria?

Brand no se molestó en contestarle. Aceleró su paso hasta llegar al lugar donde se suponía que habían aparcado y que solo dejaba ver las marcas del vehículo que se había estacionado allí con anterioridad.

Leanna lo miró extrañada cuando se detuvo.

—¿La furgoneta estaba aquí? ¿Dónde está?

Brand miró a su alrededor con los brazos en jarras. Le costaba creer lo que les estaba ocurriendo.

—¿Se ha largado? ¿Cómo puede ser? Le habías pagado porque nos llevara, ¿no?

Brand la miró resignado.

—Sí, claro que sí.

—¿Y dónde está? Ha cobrado por un servicio… Tendría que habernos llevado… —la realidad le cayó encima como una losa—. ¿Dónde estamos? ¿Nos ha dejado tirados en mitad de la nada? ¿Dónde está la aldea? Dijo que estaba… ¿nos mintió?

—Probablemente.

—¿Y cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Qué quieres que haga?

—Algo… Que reacciones —exclamó casi vociferando—. Estamos en mitad de la nada. Nadie sabe dónde estamos… podemos morir aquí y no nos encontrarían jamás.

Brand resopló molesto. A esas conclusiones también había llegado solo. Estaba preparado para que Leanna se derrumbara, se pusiera histérica y empezara a culparle de todo lo ocurrido. Respiró profundamente para aguantar sus envites.

Leanna empezó a despotricar cosas ininteligibles mientras seguía el camino que habían

recorrido con la furgoneta.

—¿Dónde vas? —le preguntó siguiéndola extrañado.

—No me hables. Estoy muy enfadada —le advirtió—. Yo no debería estar aquí. Elliot tampoco… ¿No podría haberse montado un comedor social en la ciudad? ¿No podías haberle dado dinero para eso? No. Tenías que venir a Zambia… Elliot pensando en salvar al mundo. Tú buscando rentabilidad para tus negocios —resopló—. ¿No encontraste nada que te diera más rentabilidad que explotar a esta gente con los precios del agua? Mi hermano empeñado en cambiar el mundo y tú en saquearlo. ¿No podíais dejar el mundo tal y cómo está?

—¿Me estás acusando de sacar beneficio de esto? Te recuerdo que esto es una ONG, y lo que se busca es mejorar las condiciones de vida de la gente que vive aquí. Es muy cómodo hablar cuando tienes el agua corriente en tu casa con solo abrir un grifo…

—¿Y a ti qué te importa eso? ¿Acaso no tienes grifos en tu casa? Probablemente de oro con lo que ganas con tus negocios.

—No voy a discutir contigo sobre lo que gano o dejo de ganar.

—Claro que no. No me importa.

No estaba preparado para su ataque personal y la rabia que estaba irradiando y que, probablemente, era lo que le permitía caminar con tanta rapidez y seguridad pese al cansancio que hasta él mismo sentía.

—Pero ¿dónde vas?

—A la carretera. O junto a ella. No pienso dormir en … no sé dónde... expuesta a que se me coma un oso o un rinoceronte o lo que sea que haya por aquí. Cuando encuentre a Elliot va a oírme.

La frustración y la rabia que sentía Brand empezó a diluirse. El viaje le estaba sorprendiendo y disgustando tanto como a ella, y agradecía no tener que estar consolando a una mujer débil e indefensa.

—¿No tienes nada que decir? —le atacó Leanna.

No quería derrumbarse. Estaba cansada, preocupada y se sentía totalmente expuesta a lo que pudiera suceder en un lugar que no conocía en absoluto.

—No —respondió Brand siguiéndola de cerca.

—¿Ni siquiera vas a disculparte? —se detuvo Leanna girándose para mirarlo, incrédula.

—No, claro que no —le respondió adelantándola—. No tengo la culpa de nada de lo que está pasando.

—¿De verdad te crees esa estupidez? ¿No va s a sumir tu responsabilidad en todo esto?

—¿Qué responsabilidad? —le preguntó deteniéndose para girarse a mirarla y enfrentarla a la cara—. ¿Crear una ONG que mejore la vida de esta gente? Sí, soy culpable de eso, y de tener una empresa… varias, con beneficios, por supuesto. De dar un futuro a esta gente, de dar trabajo a cientos de personas, sí, de eso también soy culpable. De estar aquí, en mitad de la nada, no.

Leanna le miraba altiva. No iba a retractarse de sus palabras. Le miró con los brazos cruzados bajo su pecho haciendo sin pretenderlo que él se fijara en cómo su respiración se había agitado ante su acalorada discusión.

Brand desvió la mirada y siguió caminando. Era mejor centrarse en el camino y en encontrar alguna solución que discutir con ella o ser conscientes de que estaban solos, totalmente a merced del destino.

—¿Quién contrató a ese hombre y al anterior y pagó por sus servicios antes de que cumplieran con ellos?

—¿Tú lo habrías hecho mejor? No tenías contratado ni el hotel.

—Lo hubiera hecho en el avión. Tenía tiempo de sobra.

Brand resopló fastidiado. ¿Cómo iba a saber que algo así podía suceder? Podría haberlo pensado siendo que sospechaba que habían abierto su equipaje, intuía que no había sido casualidad el intento de robo de su mochila, e incluso dudaba de la extraña desaparición de Elliot cuando él mismo le había comentado que había intereses locales que no parecían apoyar las obras que estaban realizando, pero ¿cómo iba a saber que todo lo que les estaba ocurriendo iba a suceder?

Siguió caminando en silencio hasta la carretera por la que se habían desviado. Cuando llegó dejó caer la mochila en el suelo y buscó a su alrededor algo para hacer fuego. No sabía si por ahuyentar a posibles animales, por si las temperaturas bajaban al llegar la noche, o simplemente para llamar la atención por si alguien los veía y pudiera acercarles a algún tipo de civilización.

Leanna lo miró en silencio. Quizá no tuviera la culpa de todo, pero una parte, sí, se convenció imitándole en la búsqueda de palos secos.

En tenso silencio y tras muchos frustrados intentos encendieron una pequeña hoguera junto a la carretera. Ambos evitaban mirarse. Leanna sacó de la mochila las barritas de muesli que Astrid le había dado y las agradeció en silencio. No iba a quitarles el hambre ni mucho menos, pero por lo menos tendrían algo que llevarse a la boca. Le tendió una a Brand sin ningún intento de mostrarse amistosa.

Brand la cogió a regañadientes. No le gustaban ese tipo de cosas. Ni siquiera hubiera imaginado que a Leanna le gustarían, pero eso era preferible a no llevarse nada al estómago.

—No pensé que te gustara esta comida para pájaros —sonrió agradecido y ligeramente agotado.

Lejos de sentirse ofendida, Leanna asintió.

—Y no me gusta, pero mi amiga Astrid las metió en la mochila. Ella siempre lleva cosas de estas.

—¿Te acompañó al aeropuerto?

—Ella y Emme. Somos tres. Nos conocimos en la universidad…

Mantuvieron una desenfadada conversación sobre las respectivas etapas universitarias que consiguió que el tiempo pasara más rápido entre ellos, hasta que el sueño y el agotamiento empezaron a vencerles.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Dormir aquí? —preguntó finalmente Leanna.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Esto me parece… me parece… No sé ni qué palabra emplear. ¿Y si llega alguien esta noche y nos atropella? ¿O nos pasa algo malo o qué se yo?

—Sería mucha casualidad que alguien pasara por aquí y que además tuviera mala intención.

Leanna le miró confundida. Ella a esas alturas no sabía qué pensar. Cuando Brand se tumbó junto a la hoguera con los brazos doblados bajo su cabeza, lo miró de reojo. No sabía qué podría haber hecho ella sola ante todo lo que les estaba pasando. Con él se sentía protegida, o por lo menos, acompañada.

Se puso la camiseta con la que había dormido sobre la que llevaba y utilizó otra a modo de almohada sin conseguir que su cabeza se apoyara en algo mullido.

No tardó en imitarlo. El suelo era incómodo y aunque el fuego le hacía sentirse bien, era

incapaz de encontrar una mínima postura cómoda.

Brand miró a Leanna cuando sintió que ya se había dormido. Era bonita, valiente e independiente. No había conocido a ninguna mujer igual, claro que en su círculo social no se daban muchas oportunidades para que te dejaran tirado en mitad de la nada o para que tu hermano desapareciera sin avisar.

La hoguera templaba la temperatura nocturna, sin embargo, decidió tumbarse a su lado. Quizá porque era la hermana de su amigo y sentía que debía protegerla. Quizá porque realmente era preciosa y quería sentirla cerca. O quizá porque le parecía algo lógico estando como estaban en mitad de no sabían dónde.

Leanna se despertó con los primeros rayos de luz. Le dolía todo el cuerpo. La hoguera se había apagado en no sabía qué momento y Brand… ¡no lo tenía frente a ella! Se incorporó asustada para descubrir que lo había tenido a su espalda. ¿En qué momento se había cambiado de sitio para dormir a su lado? Una incipiente sonrisa surgió en sus labios. ¿Quería protegerla? Le pareció un gesto tierno que la hizo sentirse segura. Parecía relajado pese a que, como ella, había dormido en el incómodo suelo.

Un ligero soplo de aire le hizo volver a la realidad. Miró a su alrededor desencantada. No se veía un alma. ¿Qué tendrían que hacer? ¿Empezar a caminar hasta la aldea más cercana? No veía otra solución. Esperaba que Elliot estuviera bien, y tenía claro que en cuanto se asegurara de ello le abroncaría por hacerla pasar por todo lo que estaba pasando.

Vio una sombra a lo lejos. ¿Un vehículo? ¡Por fin!

—Brand, despierta —le zarandeó ligeramente antes de ponerse de pie y estirarse después de quitarse la camiseta que se había puesto para dormir.

Echaba en falta una buena ducha revitalizante y también un buen almuerzo… Volvió a zarandear a Brand que parecía no reaccionar. Se agachó a su lado y le golpeó en el brazo, molesta.

—¿Quieres hacer el favor de despertarte? Podría haber venido un oso y ni te hubieras enterado.

Brand parpadeó somnoliento tratando de recordar donde estaba.

—Viene un coche.

Se incorporó sobresaltado mientras se espabilaba. Necesitaba un café y llenar el agujero que había en su estómago. Echó tierra sobre la hoguera ya apagada por prevención y cuando el coche paró frente a ellos, gracias a los aspavientos de Leanna, se levantó estirando su dolorido cuerpo.

—¿Están bien? —les preguntó un hombre mayor de poblada barba, mirando directamente a Brand.

Brand asintió.

—Sí… mi esposa y yo nos despistamos del safari que habíamos contratado. Nos podría acercar a la aldea más próxima.

—Claro, suban.

Leanna lo miraba incrédula.

Brand le advirtió con la mirada que se mantuviera en silencio.

—Vamos cariño. No hagamos esperar al señor.

Leanna no se molestó ni en asentir. ¿A qué venía esa tontería?

—¿Están de viaje de novios? —preguntó amable.

—Sí, mi mujer quería venir a Zambia a ver antílopes y nos distrajimos.

Leanna fingió una sonrisa. ¿Qué pretendía que fingiera que era tonta o que estaban enamorados?

—¿Salieron de safari con esas mochilas?

—Sí… quería hacerse fotos para … las redes sociales… y no podía salir en todas con la misma ropa.

El lugareño asintió mientras Leanna apretaba los labios mirando ceñuda a Brand que parecía divertirse por la ocurrencia.

—No pasa nada, cariño. Todo está solucionado.

—Sí, cariño. No sé qué haría sin ti —parpadeó exagerada mientras respondía con un tono irónico que le hizo sonreír.

El poblado al que llegaron era pequeño, pero parecía que con mucha actividad.

—¿No sabrá dónde pueden alquilarme una furgoneta o un *jeep* o un medio de transporte? —le preguntó Brand.

—Seguro que encontramos algo. El hotel habrá alertado a la policía por su desaparición y sus familiares estarán preocupados.

—Si, por eso. Menos mal que llevamos un mapa —lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón.

El hombre detuvo la camioneta junto a lo que parecía una pequeña tienda de suministros.

—Aquí encontraremos a Jefferson, seguro que puede prestarles su furgoneta. ¿No quieren tomar algo? Seguro que su bonita esposa está cansada. No tenemos muchos lujos, pero…

Brand la miró sorprendido. Bonita esposa… Jamás la hubiera definido así. Era bonita, pero resaltaba mucho más su valentía y determinación. De cualquier manera, casarse, desde luego, no entraba en sus planes. No volvería a atar su vida a la de una mujer. Ya había pasado por esa experiencia y no deseaba en absoluto repetirla.

Se había cansado de recriminaciones, de exigencias y de lloriqueos por falta de atención. Le gustaban sus negocios, dedicaba mucho tiempo a ellos, y no se sentía culpable por hacerlo. Cualquier cosa era mejor que volver a casa donde una mujer, por muy bonita que fuera, le recibía refunfuñando por no ser el centro de su vida.

—No, gracias. Preferiría seguir el viaje —le interrumpió Leanna tratando de disimular su impaciencia.

Su cuerpo necesitaba un café tanto como una ducha, pero prefería tomar ambas cosas en un lugar más civilizado o, por lo menos, junto a Elliot.

Un hombre fornido y con cara amable aceptó, tras una sencilla negociación, cederles un *jeep*. Leanna observó todo en silencio desde el segundo plano al que parecían tener relegadas a todas las mujeres. Como si esos hombres no hubieran estado allí gracias a una de ellas.

—¿Dónde estamos exactamente? —le preguntó Brand al hombre que los había llevado hasta el lugar, tendiéndole el mapa.

—Aquí —le señaló con amabilidad—. Tendrán que salir a la carretera…

Brand asintió con los labios apretados mientras escuchaba atentamente las explicaciones que le estaba dando. Sus sospechas se estaban confirmando.

—Pero no puede ser que estemos aquí —le interrumpió Leanna.

—Aquí están, sí.

El hombre sonrió y le devolvió el mapa a Brand.

—Pero si íbamos en la dirección contraria a…

—Es un riesgo que las mujeres lleven los mapas —la interrumpió Brand con una mirada

de advertencia para que se mantuviera en silencio.

—No te preocupes, bonita. Tu marido te llevará al hotel sana y salva para que puedas seguir haciéndote fotos.

La ira que sentía Leanna se reflejó en su mirada. Brand la tomó por el brazo con suavidad y firmeza para alejarla del lugareño antes de que le dijera todo lo que pensaba.

—Habrás disfrutado mucho, ¿no? ¿Por qué tuviste que decirle que estábamos recién casados o que soy una descerebrada que solo pienso en hacerme fotos para las redes sociales?

—No pienso que las mujeres que comparten fotos sean unas descerebradas. Son creadoras de contenido y es un negocio como cualquier otro.

Leanna se soltó con un gesto brusco y lo miró de brazos cruzados esperando una explicación convincente a sus palabras.

—No me mires así. A mí me parece que hacen muy buen servicio. Dan a conocer lugares, venden productos, entretienen a la gente…

—No tengo nada en contra de las creadoras de contenido y tampoco soy tonta, así que contéstame a lo que te he preguntado. No trates de desviar el tema.

Brand evitó mirarla. No quería compartir con ella sus sospechas para no preocuparla.

—No sé… Se me ocurrió.

—¿El qué?

—¿Qué otra razón podría haber para que un hombre y una mujer aparezcan solos en mitad de una carretera hacia ningún sitio? Sube al *jeep* y larguémonos, por favor.

Leanna obedeció solo porque tenía tantas ganas o más que él de marcharse de allí y encontrar a Elliot.

En cuanto arrancaron se quedaron en silencio unos minutos.

—¿Estás seguro de que vamos bien por aquí? Juraría que estamos yendo en dirección contraria a todo lo que recorrimos ayer, aunque también puede ser que todo me parezca igual… No sé.

Brand le pasó el mapa.

—Oh, ¿acaso crees que soy capaz de entenderlo? —le preguntó con una mueca irónica—. Soy una mujer, ¿recuerdas?

Brand la miró de reojo ahogando un suspiro. Por supuesto que recordaba que era una mujer. Era incapaz de olvidarlo con lo ceñida que llevaba la camiseta y su larga y trenzada melena pelirroja.

—Aquí hay un río —le señaló el mapa—. ¿Podrías desviarte? Aunque no quede mucho para llegar a la aldea, necesito asearme un poco.

Brand asintió. Él también lo necesitaba. En silencio y cuando lo consideró oportuno se desvió de la carretera. Le sorprendió la tranquilidad que también podía disfrutarse entre ellos.

Leanna miraba distraída por la ventanilla. Estaba deseando ver a su hermano y también volver a casa. La compañía de Brand le resultaba turbadora y sus emociones cuando estaba junto a él también lo eran. Se sentía más impaciente de lo normal, aunque de eso podía responsabilizar a Elliot, más a la defensiva e incluso más arisca.

Miró de reojo a Brand. Era demasiado guapo y atractivo. Estaba resultando ser bastante protector y parecía tomarse todo lo que les estaba ocurriendo de una manera positiva. Estaba convencida de que otro en su lugar se hubiera comportado como ella misma lo estaba haciendo, abrazando las quejas y el mal humor. Pensó en disculparse, pero cambió de idea inmediatamente. No tenía por qué importarle cómo se comportaba o las razones para ello. Tenía claro que no

quería depender de él ni de nadie.

Brand detuvo el *jeep* a la orilla del río al que llegaron. No parecía que tuviera mucha profundidad y el agua era clara y fresca. Agradeció la sensación que sintió en su rostro en cuanto se refrescó la cara.

Leanna ahogó un suspiro, satisfecha, cuando hundió los tobillos en el río. Había dejado el calzado junto a la orilla, se había remangado los pantalones hasta las rodillas y había empezado a avanzar poco a poco sintiendo cómo pequeñas piedrecitas se clavaban en sus pies. El agua estaba fría, pero sentía que la revitalizaba hasta lo más profundo de su ser. Se agachó para mojarse los brazos y la cara.

Realmente estaba más fría de lo que le había parecido en un primer momento. Se incorporó rápida, perdiendo el equilibrio con el ímpetu.

Brand la estaba mirando con curiosidad. Le gustaba la expresión de serenidad en su rostro. Entonces la vio levantarse, tambalearse y trastabillar casi todo a la vez. Intentó ir hacia ella, pero llegó justo a tiempo de que el agua le salpicara cuando aterrizó sentada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó tendiéndole la mano para ayudarla a salir del agua.

Ella, malhumorada, la aceptó sin responder a su pregunta absurda. No se veía capaz de levantarse sin caerse de nuevo. Las piedras se le clavaban en la planta de los pies, así que salió con rapidez. Con las manos trató de escurrir, sin conseguirlo, el agua de su ropa. Tenía tantas ganas de encontrar a Elliot y de volver a casa…

Brand la observó en silencio. Parecía estar a punto de explotar. Por segundos le pareció ver en su expresión rastro de desilusión, agotamiento y frustración, todo a la vez. No le extrañaba que se sintiera así. Él también sentía todo eso además de la responsabilidad añadida de que la ONG fuera suya.

Su mirada se desvió a sus pantalones empapados adheridos a sus largas piernas, su ceñida camiseta también mojada por las salpicaduras… Era demasiado atractiva y no parecía darse cuenta de ello.

—¿Qué miras?

—¿Tú qué crees?

—Sé lo que estás mirando y me parece muy desagradable por tu parte.

Brand elevó los ojos con una mueca. Más le valía tomarse la situación con sentido del humor. Era frustrante todo lo que les estaba ocurriendo y prefería verla enfadada con los ojos brillantes antes que triste o agotada.

—Soy un hombre, tengo ojos…

—¿Y eso te da derecho a mirarme?

—Tu ropa se ha pegado a tu cuerpo y eres preciosa. No soy de piedra.

—¿Y eso justifica tu comportamiento? —le preguntó ruborizándose.

Lo miró seria. Aunque pudiera resultarle en cierta parte halagador teniendo en cuenta que ni estaba maquillada ni mínimamente se sentía guapa con esa ropa, no recordaba que nadie le hubiera dicho eso nunca, y, mucho menos, en esas circunstancias.

Brand levantó las manos en señal de rendición.

—No te estoy tocando. No estoy ni siquiera cerca de ti —y le estaba costando un gran esfuerzo no hacerlo—. Me es difícil dejar de mirarte. Más no puedo hacer.

—¿Tengo la culpa yo de que me mires? ¿Es lo que me quieres decir?

—No es tu culpa, claro que no —le respondió con los brazos en jarras—. Pero sí tu responsabilidad. Tienes la ropa pegada a tu cuerpo…

—Me he caído al agua.

—Sabías a lo que te exponías.

—¿A caerme? No estaba en mis planes, te lo aseguro.

—Quizá no deberías haberte aventurado a venir sola a un lugar tan perdido como este. No sabías con quién podrías encontrarte o qué te podría pasar…

—¿Una mujer sola no puede viajar donde le dé la gana?

—Por supuesto, pero todo tiene consecuencias. Estamos a solas, en mitad de la nada y tu ropa se pega a tu cuerpo… —. Comenzó a caminar hacia el *jeep*—. Esta situación probablemente sea de las menos complicadas con la que te encuentres.

—¿Porque tú lo digas?

—No, porque yo no voy a hacerte nada y otro en mi lugar no sé qué hubiera hecho.

Leanna evitó responderle, molesta y en silencio. Le urgía cambiarse de ropa, y no estaba dispuesta a agradecerle su «contención» respecto a ella. Era verdad que se sentía protegida a su lado, que quizá no se hubiera planteado la posibilidad de que sucediera todo lo que le estaba ocurriendo, pero ¿quién iba a pensarlo? Lo miró de reojo. A ella también le costaba dejar de mirarlo y no solo por su aspecto. Le atraía que fuera tan resolutivo, tan protector y que se adaptara a las circunstancias con mucha más facilidad que ella.

Brand la miró extrañado por su silencio mientras sacaba la mochila de su ropa y le dejaba espacio junto a la puerta para que entrara dentro a cambiarse. Ella le rozó ligeramente. Su piel pareció encenderse al contacto. Contuvo un gemido. Leanna también sintió el roce, el calor de su contacto y un gemido similar se anudó a su garganta.

Brand dio un paso atrás. No estaba seguro de poder contenerse ante esa íntima cercanía, ante el brillo de su mirada o sus bonitos labios entreabiertos. Realmente estaba deseando rodearla entre sus brazos, devorar su boca y arrancarle la ropa para dar rienda suelta a toda la excitación que sentía en ese momento. Sería algo rápido, salvaje, carnal que no podía permitirse siendo ella la hermana de Elliot.

—No tardes —le pidió Brand ahogando un suspiro.

Estaba deseando que la estancia acabara y eso que acababa de comenzar.



Leanna trató de disimular, sin éxito, su desolación cuando llegaron a Nsenda Ele. No sabía qué esperar. No tenía ninguna expectativa, pero no se esperaba un lugar tan primitivo.

Cuando hablaba con Elliot por videoconferencia nunca había dado importancia a la precariedad con la que vivía, a los suelos de tierra o los ladrillos de adobe de las modestas edificaciones, pero estando allí, todo parecía distinto y no mejor, precisamente.

Brand detuvo el vehículo en el primer sitio que le pareció que podía molestar menos. Todo parecía tranquilo. Él había ido allí hacía casi dos años y las cosas habían cambiado bastante. Cierto orgullo por haber contribuido a ello le embargó. No tanto por él sino por lo que

sabía que esas personas estaban consiguiendo con la ayuda de la ONG.

Varios niños se acercaron curiosos con grandes y luminosas sonrisas. Algunos aldeanos los miraban con recelo. Brand se acercó a uno de los hombres que vestía una llamativa camisa amarilla. Leanna lo siguió de cerca, sorprendida todavía por la inocente expresión de las caritas infantiles. ¿Cómo podían sonreír esos niños viviendo en esas condiciones?

—Buenos días. Soy Brand Miller. Estoy buscando a Elliot Clancy.

El hombre negó con la cabeza mirando a su alrededor con expresión alerta.

—¿Cómo que no? ¿No está?

El hombre volvió a negar con la cabeza, impasible.

—¿Dónde ha ido?

El hombre se encogió de hombros mientras unos cuantos aldeanos más, los rodeaban curiosos.

Uno mayor que él, con ropas aún más llamativas, que acababa de llegar avisado por un puñado de niños, se abrió paso hasta ellos. Leanna sentía que el corazón se le iba a salir por la boca mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos. ¿Cómo que no estaba Elliot? Le faltaba el aire.

—¿Es usted el señor Miller, de la AF?

Brand asintió tendiéndole la mano. Leanna dio un paso hacia Brand, quedándose casi a su espalda.

—Soy Titus Darius, hablamos la primera vez que estuvo aquí.

Brand sonrió amable. Apenas recordaba ese momento. Lo había delegado casi todo en Elliot y se conformaba con recibir sus informes y peticiones.

—Estamos muy agradecidos por la labor de su ONG. Si me sigue le enseñaré dónde está el pozo y cómo van avanzando las mejoras.

El hombre comenzó a caminar a paso ligero, con los niños correteando a su alrededor. Varias personas parecían esperar a que ellos empezaran a andar tras él para escoltarlos.

—Estoy buscando a Elliot Clancy —le informó Brand siguiéndole—. Debería estar aquí.

—El joven le ha dicho que no está —le repitió el hombre—. Mire en esta pared instalamos los grifos a disposición de todos. Las letrinas…

—Lo he oído, sí, pero he venido para hablar con él.

Su actitud y su voz resultó más firme de lo que pretendía, pero no le importó. La frustración y la impotencia se alternaban con la rabia y la impaciencia que sentía en esos momentos. Había esperado encontrarse a Elliot entre todos ellos tratando de arreglar el sistema de cableado y las comunicaciones y, sin embargo, daba la impresión de que, simplemente, no estaba.

El hombre se encogió de hombros.

—No sabemos dónde está. Un día se fue y no volvió.

—¿A qué se refiere? —preguntó Brand deteniéndose aturdido.

Leanna sintió esas palabras como un golpe a su corazón. Ahogó una exclamación haciendo que Brand se girara para mirarla preocupado. Había perdido el color de su rostro y se sentía totalmente petrificada.

Brand la sujetó por uno de los brazos.

—Respira. Tranquila.

Ella apenas le dirigió la mirada. Las lágrimas, el miedo y la desolación más absoluta le impedían hacerlo. Las palabras de ese hombre ensordecían su cabeza.

Sin soltarla del brazo, Brand volvió a mirar al hombre mientras veía a más curiosos rodearles.

—Elliot no está. Se fue una mañana y no ha vuelto.

—¿Dónde se fue? ¿Por qué no me avisó nadie?

Leanna lo veía todo borroso. Había dejado de prestar atención a las palabras que los hombres estaban compartiendo.

Brand notó la debilidad en su brazo y se giró para mirarla, preocupado.

—Necesita tumbarse un momento —le explicó a Titus Darius—. ¿Dónde puede hacerlo?

El hombre miró a su alrededor.

—Hilda, atiéndela.

Una mujer menuda a la que todos miraron asintió.

Brand cogió a Leanna en brazos que parecía incapaz de moverse sin desfallecer y siguió a la mujer hasta una sencilla edificación. Ella les indicó el camastro donde podía tumbarla mientras cuchicheaba algo a un par de niñas que les habían acompañado y que salieron corriendo inmediatamente.

—¿Estarás bien? —le aseguró Brand, preocupado—. No te preocupes por nada. Ahora vengo.

Leanna apenas asintió cerrando los ojos tras verlo salir con un gesto firme. Las palabras de aquel hombre se repetían en su cabeza una y otra vez. ¿Qué habían dicho? ¿Que Elliot se había ido y que no sabían nada de él? ¿Cómo podía ser posible? Sentía hasta ganas de vomitar.

La desconocida le acercó una infusión en cuanto las niñas irrumpieron en la estancia con lo que parecía agua caliente en una pequeña cazuela. Ella se negó a beberla incapaz de digerir nada.

—Elliot estará bien —murmuró mirando a su alrededor como si alguien pudiera oírla.

Leanna parpadeó confundida.

—¿Cómo ha dicho?

La mujer volvió a mirar alrededor.

—Elliot estará bien —repitió en un susurro.

Leanna se incorporó con rapidez.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué ese hombre dijo lo contrario?

—¡Shhhh! Tómese esto, le calmará.

—No, quiero saber dónde está mi hermano.

Ella negó con la cabeza mientras varias mujeres entraban en la casa.

—Debe tomarse la infusión. Le hará sentirse mejor —insistió una mujer robusta.

—¿Dónde está mi hermano? —exigió enfadada y llena de fuerza ante la incredulidad de las mujeres que se miraban entre sí, extrañadas.

—Ya ha oído a Titus Darius. Su hermano se fue una mañana y no volvió.

Leanna miró a la mujer menuda que había hablado antes de volver a mirar a la que le había insistido con la infusión. Hilda, cabizbaja, había empezado a cambiar de sitio las telas de colores que había sobre un mueble, como si no quisiera saber nada.

Leanna la miró seria, levantándose del camastro, aún con temblor en sus rodillas.

—He venido a por mi hermano y no me voy a ir sin él —les aseguró altiva dirigiéndose hacia la puerta.

—Los hombres están hablando —le indicó la mujer robusta impidiéndole el paso, pretendiendo que se detuviera.

Leanna la miró con desprecio. ¿No iba a dejar que saliera de allí?

Hilda fue hacia ella, con gesto calmado y la sujetó por el codo con inesperada firmeza antes de volver a guiarla hacia el camastro.

—Vuelva a recostarse. Su hombre solucionará todo.

Por encima de su hombro y conforme pasaba por la puerta vio a Brand y a varios hombres entrar en otra de las pequeñas edificaciones. Se vio tentada a escapar y a unirse a ellos exigiendo sus derechos, pero cambió de idea. No estaba segura de estar preparada para escuchar que a Elliot podría haberle pasado algo malo.

Le había quedado claro que había una evidente diferencia entre hombres y mujeres en esa aldea o más bien, en todo el país. Se giró para observar a la media docena de mujeres que había en la pequeña estancia y al puñado de niñas de diferentes edades que las acompañaban mientras otras parecían esperar al otro lado de la puerta con curiosidad.

Brand hablaría con los hombres. Quizá ella pudiera enterarse de algo a través de las mujeres.

Leanna volvió hacia el camastro, pero en vez de tumbarse se quedó sentada. Sentía un nudo en su estómago que no parecía estar dispuesto a deshacerse.

—¿Y no saben qué le pasó a mi hermano?

Algunas mujeres desviaron la mirada, aparentemente incómodas. La mujer robusta que volvía a ofrecerle la infusión dio un paso adelante.

—Desapareció, sin más.

Leanna la miró conteniendo la rabia y la impaciencia. ¿Le decía eso y esperaba que no reaccionara? Ya repuesta de la impresión inicial que la había dejado devastada no tenía nada que perder. Le mantuvo la mirada altiva.

—Las personas no desaparecen sin más.

—Elliot, sí —le respondió seria.

—¿Hace cuánto tiempo que desapareció? ¿Por qué no se avisó a nadie?

Todas las mujeres se miraron entre ellas, encogiéndose de hombros. Esa vez si parecían estar todas de acuerdo.

—¿Tenía algún problema?

Sabía que era la pregunta era absurda. Elliot, como su amiga Emme, eran incapaces de hacer nada malo. Pensó en Astrid. Ella era la más diplomática y astuta de las tres. ¿Qué haría ella en su situación? Respiró profundamente y fingió debilidad mientras parpadeaba simulando inocencia.

—¿Y nadie sabe qué ocurrió? ¿Fue al río? ¿Quizá se perdió? —preguntó aceptando con gran esfuerzo la posibilidad que le habían planteado.

La mujer robusta que aún mantenía la infusión en sus manos la miró desconfiada, incrédula ante su cambio de actitud. Leanna se percató de su mirada. Esa mujer parecía que sabía algo que las demás no, o no querían comentarle.

Pareció rendirse y se sentó a su lado.

—Quizá tuvo un accidente. Elliot no se perdería en estos caminos. Quizá cayó al río y no pudo salir de él.

Leanna contuvo la respiración. ¿Cómo podía decirle eso con tanta tranquilidad? ¿Y nadie le había ido a buscar? La rabia y la impotencia volvieron a apoderarse de ella y se reflejó en el brillo de su mirada.

—¿No pensaron en avisar a nadie? ¿Ni a la ONG ni a su familia?

—Los hombres se encargaron de eso —añadió Hilda manteniendo las distancias.

¿Los hombres? ¿Qué hombres? ¿Los que estaban hablando con Brand? Agradeció que fuera él quien estaba hablando con ellos porque ella hubiera sido capaz de abofetearlos ante esa falta de respeto o de ayuda hacia Elliot.

—¿Podría ver dónde vivía?

La mujer robusta se levantó asintiendo. Dio la infusión a Hilda y encabezó la marcha hacia la que debía ser la casa de su hermano. La acompañaron todas las mujeres que había a su alrededor y alguna más, que, curiosas, se unieron a ellas.

La tristeza la invadió en cuanto cruzó la puerta de la que debía ser la casa de su hermano. La soledad le formó un nudo en la garganta. Carraspeó incómoda intentando deshacerlo. No quería pensar que no volvería a verlo. Se negaba a plantearse esa posibilidad. Un camastro en una de las paredes de la habitación, un sencillo escritorio, un armario un tanto desvencijado y algún mueble más. Todo sencillo, impoluto, ordenado. Parpadeó sorprendida. Elliot no tenía en orden ni el cajón de los calcetines.

—¿Él vivía aquí?

Las mujeres que la habían acompañado asintieron.

—¿Y sus cosas?

—En su sitio —respondió la mujer robusta—. Nadie ha tocado nada.

Todas se giraron hacia la puerta al ver entrar a un puñado de hombres entre los que se encontraba Brand, que la miró preocupado.

—¿Estás bien?

Leanna asintió con un gesto de cabeza. Agradeció su presencia en silencio. No sabía qué habría sido de ella en esa situación o en todas las anteriores si no hubiera estado él.

Brand volvió a mirar al hombre que parecía el portavoz de todos ellos.

—¿Y los planos y la documentación que recibía de la ONG?

El hombre le señaló hacia el escritorio.

Brand simuló su estupefacción. Elliot jamás tendría todo tan recogido. Prefería tenerlo todo a mano para no perder tiempo en buscar las cosas una y otra vez, algo que era totalmente lógico y comprensible.

Se acercó al escritorio para abrir los cajones. Ahí faltaban cosas. La última vez que habían hablado por videollamada, Elliot tenía los planos que él mismo le había enviado y que ocupaban mucho más espacio que lo que había guardado.

—Supongo que podremos quedarnos en… su casa mientras estemos aquí —les indicó con un tono de voz firme, que indicaba no esperar consentimiento de ningún tipo.

Miró a Leanna que se limitó a mantenerle la mirada. No parecía muy dispuesta a discutir ni a llevarle la contraria como había estado haciendo durante todo el viaje. Parecía triste y no le extrañaba en absoluto ante la falta de noticias esperanzadoras.

Los hombres lo miraron contrariados.

—Solo estaremos unos días para recoger lo necesario y establecer las nuevas directrices de la ONG —les aseguró Brand.

—Agradecemos mucho su ayuda —le dijo Titus Darius asintiendo con cierta incomodidad.

Leanna dio un paso adelante.

—Y buscaremos a Elliot.

Brand la miró con gesto serio. El brillo desafiante de su mirada le hizo apretar los labios.

La prefería así antes que hundida y triste, pero a la vez esperaba que supiera mantenerse en silencio y no ocasionar problemas donde quizá los hubiera.

—Sí, por supuesto —le respondió educado Titus Darius antes de ignorarla y mirar a Brand—. Podemos acompañarle hasta la zona donde estaba trabajando.

Brand asintió. Leanna levantó una ceja, airada. Estaba empezando a cansarse de que la ignoraran.

—Traeré aquí el equipaje. Podemos salir en un momento.

Los hombres de la tribu se miraron entre sí.

—También podríamos esperar a mañana —indicó Titus Darius—. Es un poco tarde y su mujer parece cansada del viaje.

Leanna se disponía a contestar cuando Brand se colocó a su lado intencionadamente.

—Sí, seguro que lo está, pero cuanto antes solucionemos esto, mejor.

—No sé si hay algo que solucionar —le susurró a Brand—. Elliot desapareció sin más.

Brand le mantuvo la mirada pidiéndole, inútilmente, que tuviera paciencia.

Leanna sintió que el corazón se le encogía todavía más. ¿Qué pasividad era esa?

—¿Y las personas con las que trabajaba? —les preguntó Brand.

—Están trabajando. Aún tenemos la esperanza de que pueda aparecer.

—Puedo mandar a otro cooperante —les indicó Brand.

—Hay varios por la zona. Quizá baste con que hable con alguno de ellos.

Brand asintió. No era mala idea. No iba a dejar sin terminar los proyectos que la ONG había empezado, pero antes de hablar con nadie o siquiera pensar en sustituir a Elliot, iba a salir a buscarlo… aunque quizá encontrarlo pudiera rasgar el alma de Leanna que parecía haber perdido el color desde que habían llegado allí.

—Saldré a por el equipaje —les explicó Brand antes de salir de la casa y hacer que todos le siguieran dejando sola a Leanna.

Ella se dejó caer en el camastro con un suspiro. Se negaba a creer que Elliot hubiera podido desaparecer sin más. Cogió su móvil. Necesitaba hablar con sus amigas. Ahogó un suspiro. «Otra vez», resopló. No tenía obertura, sin embargo, a veces, hablaba con Elliot desde allí mismo, recordó enfadada.

Se levantó y se acercó al escritorio. Sacó el ordenador portátil que encontró en uno de los cajones y se sentó frente a él. Lo encendió con curiosidad. No sabía qué podría encontrar, ni siquiera sabía las claves que pudiera tener.

Cuando Brand entró la encontró abatida con la mirada perdida en la pantalla.

—No sé las claves —susurró.

—2906.

—¿2906? ¿Cómo lo sabes? ¿Se la diste tú?

Sintió un nudo en su garganta.

—No, pero era su clave para todo. Yo le decía que tenía que cambiarlas cada cierto tiempo o que no siempre tenía que ser la misma, pero nunca me hizo caso. Lo que no sé es lo que significa.

—Mi cumpleaños. El veintinueve de junio.

—Le encontraremos.

Brand se acercó a ella y le acarició con suavidad la piel desnuda de uno de sus brazos. Ella asintió con cierta inseguridad mientras sentía su piel erizándose ante su contacto.

—¿Qué crees que ha pasado? —le preguntó insegura.

—No tengo ni idea.

—¿Seguro? Me cuesta creer que mi hermano se largara sin más o que se cayera en una zanja y no se hubiera enterado nadie. ¿Y los que trabajan con él? ¿No hay nadie más de tu ONG por aquí? ¿Estaba solo?

Brand se sentó ligeramente sobre la mesa, frente a ella.

—Elliot siempre quería que los trabajadores fueran locales. Es una manera de ayudar también a miembros de la tribu. Tenemos una veintena de asalariados.

—¿Una veintena y nadie sabe nada?

—Eso parece.

—¿Pero?

—Pero ¿qué?

Leanna lo miró enfadada.

—¿Con eso vas a quedarte? ¿Con un «nadie sabe nada»?

—Yo no he dicho eso.

—Yo creo que sí.

—No. He dicho que parece que nadie sabe nada, pero una persona no desaparece sin más. En algún momento saldremos a explorar los alrededores. Ten los ojos abiertos.

—¿Crees que encontraremos algo?

—A Elliot seguro que no. Llevamos tiempo sin saber de él. Me extrañaría encontrarlo nada más salir, además de que si eso ocurre no sería algo bueno.

—¿Tienes esperanzas de encontrarlo… con vida?

—Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

—Lo último que se pierde es la vida —le rectificó Leanna—. Dime la verdad. ¿Qué crees?

—No sé qué creo, pero tengo claro que de aquí nos iremos con Elliot y con respuestas.

—¿A qué preguntas?

—Qué está pasando, por ejemplo.

—¿Tú también piensas que sucede algo?

Brand asintió.

—Ya lo hablaremos. Ten los ojos abiertos.

Leanna asintió antes de centrarse en la pantalla del ordenador. Tecleó la contraseña. No sabía qué podía buscar, pero estaba dispuesta a encontrar lo que hiciera falta, aunque si realmente su hermano había tenido un accidente de nada le serviría mirar el ordenador.

Brand se situó detras y se incorporó sobre la silla en la que estaba para poder mirar juntos la pantalla del ordenador. Leanna se sobresaltó ligeramente al notarlo tan cerca a su espalda. Todo su cuerpo pareció ser consciente de su cercanía.

Brand notó la ligera tensión que la envolvió al casi rozarse con ella. Era cierto que estaban demasiado juntos, pero no conocía otra manera de mirar la pantalla del ordenador a la vez.

Leanna se levantó incómoda.

—Míralo tú. Yo no sé qué buscar.

Brand ocupó su lugar. Todo parecía en orden: los planos, los informes, las fotos que le había estado enviando… el historial de búsqueda tampoco mostraba nada extraño.

Cuando escucharon sonidos tras la puerta, apagó el ordenador y miró a Leanna.

—Vamos.

Brand esperaba no encontrarlo, por lo menos, no tras haber sufrido un accidente. No le

quedaría más remedio que asumirlo, pero se sentiría responsable porque la ONG era suya y, por lo visto, según le había contado Titus Darius y el resto de los hombres, habían infravalorado el malestar de cierta empresa de la zona que no parecía estar de acuerdo con la labor humanitaria de facilitar a las aldeas el acceso al agua y hacerla potable.

No se lo diría a Leanna, pero le daba la impresión de que el problema había sido ese. De todas maneras, averiguaría todo lo que fuera necesario para estar seguro de ello, y si tenía que pedir responsabilidades a alguien, sin duda lo haría.

Como habían imaginado, el ir a explorar los alrededores con algunos miembros de la tribu no les sirvió para nada. Todo parecía en orden y no había rastro alguno de Elliot. Volvieron en silencio. Leanna estaba abatida, aunque a la vez esperanzada. No podía perder a su hermano. No podía quedarse sola.

—Siento que haya hecho el viaje para nada —le comentó Titus Darius a Brand.

Brand lo miró serio. No iba a conformarse con esa pequeña visita a punto de atardecer.

—Así he podido ver los avances de las obras. Parece que va todo bien. En cuando regrese a mi país enviaré a otro cooperante.

Los hombres se miraron entre sí, en silencio, algo que no pasó desapercibido ante los ojos de Brand y Leanna. Ella estaba triste y desanimada, y lo último que quería escuchar era que su hermano era, por lo visto, muy fácilmente reemplazable. Miró a Brand furiosa.

—¿Cuándo regresarás? ¿Mañana?

—No —le respondió Brand con indiferencia—. Nos quedaremos un par de días para recuperarnos del viaje y conocer la zona un poco más.

—Ya ha visto lo que hay por aquí. Esto no va a resultar más interesante.

Brand se encogió de hombros.

—Gracias, pero lo decidiré por mí mismo. Las subvenciones para el lugar siguen llegando sin problemas, ¿no?

Algunos de los hombres bajaron ligeramente la cabeza, avergonzados.

Titus Darius asintió.

—No todo es dinero, no se ofenda. Aquí valoramos mucho la tranquilidad.

—No lo dudo, pero este parece un lugar tranquilo.

—Lo es y esperamos que siga siéndolo.

—No tiene por qué cambiar, pero el progreso puede llegar a todos los rincones. De hecho, debería hacerlo, ¿no cree?

El hombre negó con la cabeza.

—Estamos bien como estamos.

Brand lo miró con arrogancia.

—¿No prefiere que los niños tengan más oportunidades en las escuelas?

—De aquí no van a salir. Esos aires de grandeza o de evolución solo los tienen ustedes. Nuestra vida es sencilla y queremos que siga siéndolo.

—¿Cuántas veces al día tiene usted que recorrer el camino hasta el río para abastecerse de agua?

El hombre lo miró alarmado como si hubiera dicho una sandez enorme.

—Yo no acarreo jamás el agua, para eso están las mujeres y las niñas.

Leanna le miró elevando las cejas, sorprendida. Brand notó su gesto y le pidió con la mirada que se contuviera de decirle lo que pensaba.

—Pues a partir de ahora, el agua vendrá a través de acequias y tuberías y las niñas podrán

formarse en las escuelas. Todo será en beneficio de la aldea, ¿acaso como dirigente no es lo que busca?

Titus Darius lo miró en silencio deteniéndose frente a la casa de Elliot.

—Las mujeres les traerán algo de cena. Nos veremos mañana.

La tensión podía palparse en el aire. Con una mirada fría y un gesto seco, los hombres se despidieron de Brand, ignorando a Leanna. En cuanto ambos entraron y se quedaron a solas. Leanna golpeó con fuerza el pecho de Brand. Él se sorprendió y dio un paso atrás.

—Yo no tengo la culpa de que esta sea todavía una sociedad machista —se defendió.

—¿Machista? ¿Cómo te atreves a actuar como si no pasara nada? ¿Mi hermano aún no ha aparecido y vas a sustituirlo por otro cooperante? Te he escuchado. Eres un sinvergüenza.

Brand la miró extrañado. Leanna le mantuvo la mirada con desprecio. La tristeza y la desesperación estaban a punto de consumirla.

—Cálmate.

Leanna le dio otro golpe.

—¿Que me calme? Es mi hermano, mi única familia, quien está perdido en medio de… de aquí… No me digas que me calme. No pienso hacerlo, y no salgo a buscarlo yo sola ahora mismo porque ni sé dónde estoy, ni sé qué puedo encontrar —se dejó caer en una silla abatida y cabizbaja—… ni tengo ganas de nada.

Brand se arrodilló a su lado para buscarle la mirada. Le entristecía verla así. Se sentía responsable de ella pese a que sabía que no lo necesitaba en absoluto. Nunca había conocido una mujer tan valiente, tan decidida ni tan fuerte. Ni siquiera, abatida como estaba la veía capaz de doblegarse.

—Elliot es mi amigo. No pienso dejarlo aquí.

No quería compartir con ella las sospechas que tenía sobre lo que suponía que estaba pasando.

—Mañana hablaré con los trabajadores. Alguno tiene que haber visto algo.

—Has hablado hoy con ellos.

—Pero no a solas.

Leanna lo miró intrigada.

—¿Ocurre algo que no sepa?

Brand se levantó pasándose una mano por el cabello evitando mirarla.

—No.

Leanna lo miró elevando una ceja. Le recordaba a la actitud de sus alumnos cuando no habían hecho los deberes el día anterior y ella les preguntaba.

—Me estás ocultado algo. Y no lo pregunto, lo afirmo. ¿Qué sabes?

Brand se encogió de hombros.

—Me da la impresión de que no a todos les gustaba lo que estábamos haciendo.

—Pero ¿cómo no? ¿Si es para el bien de ellos?

—Quizá no todos lo vean igual.

—A la gente le asusta el progreso, ¿es eso?

Brand asintió confiando en que la conversación al respecto acabara allí, pero tenía claro que había algo más. No eran casualidad los problemas que habían tenido desde que habían llegado y le daba la impresión de que detrás de tantos inconvenientes había algo más grande o con más poder que ese miedo. Quizá un interés personal o empresarial en que las cosas no avanzaran. Solo tenía que averiguar cuál era ese interés para saber por dónde buscar o

comprender qué estaba pasando.

—¿Quién puede verse beneficiado con que Elliot o tu ONG se vaya de aquí?

—¿Qué? —preguntó Brand extrañado.

—¿Qué intereses puede haber detrás?

Brand la miró incrédulo. Estaban pensando en lo mismo. Además de valiente y preciosa esa mujer era inteligente.

—No lo sé. Esto es labor humanitaria.

—Sí, pero si estáis perjudicando los intereses de alguien es normal que quiera que os larguéis. Me has explicado que os dedicabais a traer el agua… Quien se ve afectado por ello, ¿puede perder dinero?

Brand la miró serio.

—Quizá…

—¿Quizá?

Brand se pasó una mano por el rostro.

—Estoy cansado. Tú, ¿no?

—¿Me estás cambiando de tema? ¿Qué te hace pensar que soy tonta o que voy a rendirme porque tú quieras?

Brand ahogó una sonrisa. Sería incapaz de plantearse ninguna de esas dos opciones.

—Hasta que llegamos una empresa suministraba cada cierto tiempo agua…

—¿Al precio al que está aquí el agua?

—Algo abusivo es y el agua no era del todo potable.

—Sinvergüenzas… ¿Sabes qué empresa es?

Brand asintió.

—Hablaremos con ellos, pero antes buscaremos a Elliot.

Leanna asintió. Confiaba en él. Sabía que podía hacerlo. Desvió la mirada. Su corazón estaba demasiado sensible y podía confundir sentimientos. No había espacio para alguien como Brand en su vida y probablemente a él le ocurriera lo mismo.

El silencio los rodeó. Brand continuó explorando lo que había en el ordenador, Leanna se tumbó en la cama. No tenía su libro para leer, pero dudaba de que pudiera concentrarse en la lectura.

Poco después una de las mujeres les llevó un plato de comida con la típica *Nshima*. Leanna miró a su alrededor.

—No hay cocina.

—No. Las mujeres cocinan fuera.

Leanna parpadeó sorprendida.

—¿Y cuarto de baño?

—Son letrinas colectivas. Están fuera.

—¿Lo dices de verdad?

Brand ahogó un suspiro. Ahí estaba lo que esperaba, la mujer quejicosa y débil. Que no hubiera cuarto de baño realmente podía ser incómodo, entendería su frustración. Estaba preparado para ello.

Leanna se acercó a la puerta.

—Me da la impresión de que estoy en una realidad paralela.

—¿Cómo dices?

—No nos damos cuenta de cómo en el mismo mundo que vivimos hay personas que no

tienen ni cuarto de baño en casa. Personas como tú y como yo. Y nos creemos el ombligo del mundo… Supongo que es necesario que haya ONG que traigan un poco de esperanza o nuevas oportunidades a estos rincones escondidos.

—Bueno, sí… Hay diferentes realidades…

—Espero que Elliot esté bien.

Volvió a tumbarse en la cama hasta que notó que la oscuridad de la noche entraba por la ventana.

Brand evitó mirarla y disimuló sus pensamientos centrándose en la pantalla del ordenador. Se había prometido no volver a enamorarse si es que era amor lo que había sentido antes, pero esa mujer que tanto le sorprendía y le atraía, parecía que se estaba haciendo un hueco en su corazón. Probablemente se debía a las circunstancias. Quizá cuando volvieran a sus rutinas se darían cuenta de que, además de que no tenían nada en común, eran incompatibles. Tendría que esperar para comprobarlo y mientras tanto enfocarse en encontrar a Elliot.

—Creo que saldré un momento para ir al cuarto de baño… a las letrinas…

Brand se levantó dispuesto a acompañarla.

—Están junto a la pared donde están los grifos, el lavadero…

—¿Dónde crees que vas? —le preguntó Leanna deteniéndose al llegar a la puerta.

—A acompañarte.

—Puedo ir sola.

—No lo dudo, pero…

—Pero nada.

—Quizá no es muy seguro que vayas sola por la noche…

—¿Por qué?

Brand la miró sugerentemente de arriba abajo con toda la intención, siendo consciente de que la estaba incomodando. Una mujer preciosa, sola, a oscuras… en un lugar donde las mujeres no estaban especialmente consideradas…

Leanna levantó la cabeza altiva. La estaba acariciando con la mirada, quizá incluso pensando en algo más impúdico a juzgar por el brillo de su mirada y su media sonrisa. Su cuerpo se estremeció solo de pensar en la posibilidad de que él pudiera considerarla atractiva. ¿En qué pensaba? Estaban allí para encontrar a Elliot.

—No digas tonterías. Ahora vuelvo.

Brand levantó las manos en señal de rendición. No iba a discutir con ella porque no le iba a servir de nada. Espero a que se alejara lo suficiente como para que no lo descubriera y la siguió con sigilo.

Cuando Leanna salió incómoda ante tanta precariedad, alumbrándose con la linterna de su teléfono móvil, se sobresaltó al ver a Brand apoyado en una pared cercana.

—¿Me has seguido?

—No —le mintió sin arrepentirse—. Yo también tenía que venir.

Eso era verdad.

Leanna asintió recelosa. Estaba convencida de que sí que la había seguido y, como siempre, la hacía sentirse protegida. Caminaron en silencio de vuelta a la casa.

—¿Has visto? —le preguntó Brand deteniéndose a su lado, invitándola a mirar hacia arriba.

Leanna abrió la boca sorprendida ante el manto de estrellas que les cubría.

—Qué bonito.

Brand asintió.

—Es curioso pensar que estas mismas estrellas son las pueden estar viendo ahora en la ciudad… si es que se pudieran ver, claro —susurró Leanna—. Emme y Astrid podrían estar mirándolas a la vez que yo… He dicho una tontería, con el cambio de horario es imposible.

Brand sonrió ante su lógica.

—Pero es bonito pensar que podrían estar haciéndolo. ¿Estás muy unida a ellas?

Leanna asintió. Su interés parecía sincero.

—Bueno, mis padres fallecieron hace mucho tiempo. Me apoyé en Elliot y en ellas.

Brand asintió.

—¿Y tú? —le preguntó Leanna con sincera curiosidad.

—Yo, ¿qué?

—¿En quién te apoyas en estos momentos?

Brand se encogió de hombros.

—No necesito apoyos… No pienso en eso.

Siguió caminando sin prisa. No iba a hablarle de la sensación de soledad a la que prohibía presentarse con frecuencia. Buscaba estar siempre ocupado en un negocio u otro para no dejarle espacio.

Leanna lo siguió, intrigada.

—¿No estás casado?

Ya se había dado cuenta de que no llevaba alianza en el dedo ni tenía ninguna marca reciente de que la hubiera llevado.

—Si lo estuviera no dormiría contigo.

—¿Por qué no? Entre nosotros no ha pasado nada.

Brand la miró con una media sonrisa.

—Porque tú no has querido.

Leanna se detuvo sorprendida.

—¿Acaso tú querías? ¿Te lo has planteado siquiera? Estamos buscando a Elliot.

Brand asintió divertido ante su incomodidad. Hubiera jurado que se había puesto ligeramente nerviosa ante la posibilidad planteada sin mayor expectativa que conocer su reacción. No es que quisiera acostarse con ella, pero el «porque tú no has querido» le había parecido una respuesta rápida y no muy extraña a su pregunta.

Una relación entre ellos, aunque fuera puramente física no hubiera tenido nada de malo. Sí, era la hermana de Elliot, pero era adulta y realmente atractiva y no solo por su físico.

Cuando entraron en la casa, ambos se fijaron irremediablemente en la única cama que había. Evitaron mirarse. Brand fue hacia el ordenador con intención de apagarlo.

—Solo hay una cama… —carraspeó Leanna incómoda tras la conversación que acababan de mantener.

Brand asintió quitándose la camiseta.

—Ya dormiré en el suelo. Buscaré alguna manta…

—La otra noche aprovechaste que no me enteraba de nada para acostarte a mi lado —le acusó Leanna evitando mirarlo mientras sacaba de la mochila la camiseta que utilizaba para dormir.

—Eso suena fatal.

—Fue lo que hiciste.

—Solo me tumbé a tu lado —se justificó divertido—. Estábamos en el suelo, era de noche

y comenzaba a refrescar. Pero no te preocupes, no volveré a acercarme a ti.

A Leanna no le sonó nada convincente. Evitando mirarle se cambió de ropa con rapidez y se metió bajo las sábanas. Trató de buscar, inútilmente una posición mínimamente cómoda. Creía que con el cansancio del viaje y los nervios caería rendida, pero nada más lejos de la realidad.

Un rato después seguía dando vueltas sola en la cama, incapaz de conciliar el sueño y a punto de dejarse llevar por la tristeza y la desesperación. No podía quitarse de la cabeza a Elliot, dónde estaría, qué le habría pasado…

Brand la escuchaba moverse. Él tampoco podía quitarse de la cabeza el montón de preguntas que tenía y a las que no encontraba respuesta.

—¿Vas a dejar de moverte? No paras de hacer ruido.

Leanna dejó de moverse por un segundo.

—No me encuentro bien —murmuró sincera.

—¿Por algo que hayas comido?

—No. No dejo de pensar en Elliot.

Brand ahogó un suspiro y guardó silencio.

—¿No vas a decirme que está bien y que no le habrá pasado nada? —le preguntó Leanna impaciente.

—Si quieres te lo digo.

—¿Pero?

Se incorporó intranquila.

—Lo cierto es que no sé qué pensar. Mañana por la mañana volveré a indagar entre los hombres.

Sospechaba que algunos sabían mucho más que lo que decían.

—Si no aparece estaré sola —murmuró con los ojos llenos de lágrimas dejándose caer sobre el incómodo colchón—. Necesito a mis amigas…

Solo quería verlas y echarse a llorar entre sus brazos. Astrid y Emme la consolarían y no la dejarían caer que era lo que sentía que estaba a punto de suceder.

Brand contuvo sus ganas de consolarla. Ella podría malinterpretarlo y ya había dejado claro lo que pensaba de que él se le acercara.

Leanna volvió a moverse impaciente. Necesitaba un abrazo, algo de consuelo, ¿tan difícil era comprenderlo? Aunque fuera de Brand… ¿Por qué le habría dicho que no se le acercara? Se sentía agotada mental y emocionalmente.

—¿Vas a dejar de moverte? —insistió Brand.

—No, claro que no. No puedo dormir. No sé cómo tú puedes hacerlo sabiendo que eres responsable de lo que ha ocurrido.

¿Otra vez? No la culpaba por recordárselo. Él, en parte, también se sentía responsable. A fin de cuentas, estaba financiando lo que se estaba haciendo allí. Pero Elliot no le había hablado nunca de ningún tipo de riesgo.

Repasó mentalmente sus conversaciones con él. Sabía que había otros cooperantes por la zona, ayudando en aldeas vecinas. Quizá al día siguiente podría hablar con alguno de ellos.

Leanna empezó a carraspear. El nudo que sentía en la garganta casi no la dejaba respirar.

—¿Estás bien?

Leanna negó con la cabeza. ¿Es que no se daba cuenta de que necesitaba un abrazo, o consuelo, o cualquier mínima señal de afecto?

—¿Me podrías abrazar, por favor? —le preguntó luchando con el orgullo que le impedía

pedírselo.

Brand no necesitó escucharlo otra vez. No dudó en levantarse, ir hacia la cama y tumbarse a su espalda cubriéndola con un brazo. Leanna se sintió reconfortada inmediatamente con su contacto, con el calor que emanaba con su brazo protector. Un par de lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas. Se durmió rezando porque Elliot estuviera bien.



Antes de que los rayos de sol se filtraran por las ventanas, voces esporádicas empezaron a escucharse en el exterior de la caseta.

—¿Pero a qué hora se levanta esta gente? —murmuró Leanna somnolienta.

Sentía la cálida presencia de Brand a su espalda y su brazo sobre ella. Volvió a cerrar los ojos. No quería despertarse. Se movió ligeramente en el incómodo camastro. Notaba el aliento de Brand en su nuca. Sus piernas desnudas estaban casi entrelazadas compartiendo el calor en el estrecho espacio. Era agradable estar así, reconoció, remoloneando entre sus brazos. No recordaba haberse sentido tan cómoda con un hombre después de haber dormido con él… y ni siquiera podía pensar cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Se giró para despertarlo. Como esperaba, estaba durmiendo plácidamente, relajado, con una expresión serena en el rostro. Podría quedarse un tiempo mirándolo, pensó retirándole ligeramente el mechón que le caía sobre la frente. Él no se inmutó. La sombra de la barba le daba un aspecto atractivo y sus labios resultaban apetecibles. Sus labios… Estaba dormido…

Con mucho cuidado lo besó con suavidad. No debía hacerlo. Estaba aprovechándose de la situación. Era una falta de respeto. Volvió a besarlo ligeramente. Todo su cuerpo reaccionaba ante él. Podía sentir cómo se derretía. Si se hubieran conocido en otras circunstancias… Ahogó un suspiro. No se hubieran conocido. No tenían nada en común. Un tercer beso. Esta vez se entretuvo un poquito más. Él seguía dormido, tranquilo, inocente, vulnerable… Sus labios y cierta parte de su anatomía masculina parecieron despertarse.

Quizá Leanna se movió con demasiada rapidez, se levantó con mucho ímpetu o fue la estrechez del camastro lo que hicieron que Brand acabara en el suelo con un sonido seco. Se despertó con el golpe y parpadeó tardando unos segundos en recordar dónde estaban.

Miró extrañado a Leanna que, con la melena alborotada y sentada desde el camastro, lo miraba avergonzada.

—Lo siento. No pretendía…

—¿Seguro? —farfulló levantándose mientras se frotaba las partes doloridas por la caída.

Leanna desvió la mirada, incómoda. Esperaba que no recordara nada. Frunció el ceño, molesta consigo misma. Se levantó de la cama y miró a su alrededor recordando, fastidiada, que debía salir de esas cuatro paredes para asearse. Se pasó la mano por su despeinada melena. Frustrada, soltó el aire que estaba reteniendo.

—Qué ganas tengo de irme de aquí.

Brand asintió. No iba a llevarle la contraria en eso. Él también estaba deseando volver a la civilización.

De espaldas a Brand se cambió la ropa mientras su estómago comenzaba a avisar del hambre que tenía. Necesitaba un café… o dos… y algo de bollería industrial. No volvería jamás a renegar de ella. Hasta echaba de menos las barritas de muesli de Astrid solo porque llevaban chocolate.

Brand se cambió de ropa sin tanto miramiento como ella, algo que Leanna no dudó en aprovechar para mirarle de reojo. Ese hombre era demasiado atractivo y parecía que no recordaba nada. Mejor, porque no sabría cómo justificarlo.

Brand se sentó para anudarse los cordones de las botas, evitando mirar a Leanna. Justo antes de despertarse por el golpe en el suelo estaba soñando que la besaba allí mismo, entre esas cuatro paredes, en el incómodo camastro. Le había parecido tan real… Podía sentirla estremecerse entre sus brazos, sentir el calor de sus labios, hasta el sabor de su boca… Afortunadamente, todo había sido un sueño y su corazón no corría el riesgo de enamorarse. No estaba dispuesto a empezar una relación seria con nadie, y Leanna no se merecería menos. No. Ni hablar. Dos divorcios habían sido más que suficiente para aprender la lección.

Cuando salieron de la casa, dos niñas, que parecían estar esperándolos, corrieron entre sonrisas hasta una pequeña edificación de puerta abierta. Hilda salió tras ellas con dos platos en la mano que les tendió con una sonrisa.

—*Nshima* —les tendió la mujer, amable.

Leanna, al ver la comida, apretó los labios fingiendo una sonrisa que no sentía y miró a Brand, que sonreía más educadamente que ella.

—Por lo menos es dulce —murmuró agradecida, una vez lo probó, comiendo con ganas.

—A Elliot le gustaba este café —les indicó tendiéndoles unos vasos.

Ambos lo agradecieron antes de mirarse a los ojos disimulando la decepción. Más que café parecía agua caliente de color oscuro y sabor extraño que muy poco les recordaba a lo que ambos estaban acostumbrados.

—En el próximo envío, añadiré una cafetera y toneladas de café —murmuró Brand ante una incipiente sonrisa de la joven.

A Brand le sorprendió ese gesto. Pocas veces la había visto sonreír desde que la había conocido. Supuso que la situación no propiciaba a que lo hiciera. Sus labios eran bonitos. Su boca apetecible. Vaya, le daba la impresión de que la había besado…

—Tengo ganas de salir a buscar a Elliot —murmuró Leanna mientras la llegada de un *jeep* llamaba su atención.

El vehículo de color rojo se acercó hasta ellos.

Hilda y media docena de mujeres más, bajaron la cabeza y se alejaron en silencio. Leanna se extrañó ante esa reacción tan poco amistosa.

Una bonita mujer de cabello corto y grandes ojos, tan oscuros como su cabello, bajó de él, decidida. La seguridad que irradiaba era más que evidente en su manera de caminar. Saludó sin interés, con un gesto de la mano, a algunos de los curiosos que la observaban en silencio.

—Acabo de enterarme de que habíais venido a buscar a Elliot —les explicó cuando estuvo frente a ellos.

—Sí —le respondió Brand, intrigado por su presencia.

—Soy Glenda Smith, cooperante de la ONG FEFGAWA, acercamos una formación básica a las aldeas a través de nuestras escuelas sostenibles. Estamos afincados un poco más al

norte, pero colaboraba estrechamente con Elliot en su labor aquí —se presentó tendiéndole la mano.

Brand asintió correspondiendo el saludo. Recordaba que Elliot le había comentado algo de las relaciones que mantenía con otros cooperantes de la zona.

Leanna la miró con recelo. ¿Estrechamente? ¿A qué se refería? Glenda no le prestó atención ni hizo ademán de saludarla. Brand debía parecerle más interesante porque no había dejado de mirarle detenidamente, ignorándola por completo.

—Creo que Elliot me comentó alg… —comenzó a decirle Brand.

—¿Conocías a mi hermano? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Glenda la miró de reojo antes de volver a centrarse en el hombre que tenía frente a ella y contestarle a él.

—Hace unos días. Estaba junto al río. Estuvimos unos días incomunicados por una tormenta.

—¿Al río? Hacia allí pensábamos ir —le informó Brand.

—Puedo ser tu guía.

Leanna se cruzó de brazos. ¿Iba a dejar de ignorarla? Podía comprender que Brand era atractivo y llamara la atención y más si no había visto un hombre como él en mucho tiempo, pero de ahí a casi ignorarla por completo… Solo por educación debería mirarla. Carraspeó seria.

Brand la miró extrañado.

—¿Necesitas algo?

Leanna le mantuvo la mirada altiva. No se había lavado la cara, ni ido a las letrinas, ni recogido medianamente la casa. Por supuesto que necesitaba algo: un poco de tiempo, y eso que ella era la primera interesada en buscar a Elliot.

—Debería…

—Vamos. Os enseñaré la zona —le interrumpió Glenda dirigiéndose a su *jeep*.

Leanna miró seria a Brand. Daba por hecho que iban a seguirla.

—Danos diez minutos. Acabamos de levantarnos.

La joven asintió con una sonrisa amable antes de apoyarse en la puerta del copiloto con los brazos cruzados.

Un par de niñas les recogieron de las manos los platos vacíos del desayuno. Fueron a las letrinas y mientras Leanna se aseaba en la zona de los grifos, Brand habló algo con una de las pequeñas.

Cuando Leanna se acercó a él, con el cabello recogido en una cómoda trenza, lo vio sacar de su *jeep* la ropa con la que el día anterior había caído al río y dársela. Se había olvidado de ella completamente.

—¿Qué haces?

—Pedir a la niña que busque a su mamá y que se encarguen de lavarnos la ropa.

Leanna se sonrojó. Tenía ropa que lavar, desde luego, pero dársela, así como así, a unas desconocidas… Entraron en la casa.

—Elliot también hace lo mismo y por supuesto, pagamos por ello. Tú te evitas lavar a mano tu ropa y ellas ganan algo de dinero… Si te parece bien, claro.

—Sí, por supuesto…

Vio aparecer a Hilda con otra mujer joven que miraba a su alrededor con curiosidad.

—Pueden darnos lo que deseen que lavemos —les dijo la joven mientras Hilda estiraba las sábanas, en un ademán de hacer la cama.

Leanna se ruborizó acercándose a la mujer. La cama podía hacérsela ella. Hilda negó con un gesto de cabeza. Brand asintió sacando un billete de su cartera.

—Tengan cuidado —musitó Hilda.

Leanna asintió agradecida. Era agradable estar tan lejos de casa y ver una sonrisa amable.

No tardaron en salir y dirigirse al *jeep* rojo. Glenda sonrió a Brand antes de sentarse en su asiento. Brand estaba distraído, pero no le pasó desapercibida la sonrisa de la joven de cabello corto y el gesto serio de la pelirroja que caminaba a su lado.

—¿Todo bien, Leanna? —le preguntó abriéndole la puerta para que se sentara en la parte trasera.

Leanna no quiso contestarle. Tenía claro que Glenda aprovecharía la oportunidad de coquetear con él, aunque ella estuviera presente. Eso le parecía un gesto de mal gusto, aunque, realmente, no tenía por qué importarle.

En total silencio por su parte llegaron hasta el río. Glenda no paraba de darles explicaciones de los lugares por los que pasaban, detallando todas las obras que tanto su ONG como la de Brand estaban realizando por la zona. Brand le hacía preguntas al respecto de manera que la conversación no parecía que fuera a acabar nunca.

Se detuvieron en varias aldeas y en ninguna parecían saber nada de Elliot. Glenda los llevó por un recorrido similar al que habían hecho la tarde anterior con los hombres de la aldea y el resultado fue el mismo. Ninguno.

Leanna había intentado hacerle algunas preguntas directas sobre su hermano, pero Glenda apenas le contestaba. Brand parecía embobado con ella y con todo lo que le contaba. Miró la cobertura de su móvil varias veces. Estaba deseando hablar con Astrid y Emme. Eran su única conexión con lo que siempre había considerado su vida y las echaba muchísimo de menos.

Brand prestaba atención a todo lo que le decía Glenda sin comprender la actitud continuamente desafiante de Leanna. Quizá necesitaba beber más café como parecía que le ocurría a él. Afortunadamente, Glenda resultó ser una gran guía turística. Conocía la zona, las obras que se estaban llevando a cabo y no dudaba en compartir con ellos todo lo que sabía.

Tres horas más tarde, entre la falta de noticias y el silencio al que se había sometido por voluntad propia, Leanna estaba a punto de estallar. Resultaba evidente que Elliot no estaba por esa zona poque no parecía que pudieran recorrerla más veces con el mismo y nulo resultado. La angustia amenazaba por momentos con apoderarse de ella y trataba de disimularlo con gran esfuerzo.

Glenda los invitó a comer a su aldea y allí siguió hablando, principalmente con Brand, de todo lo que su ONG estaba realizando. Leanna no se mostró especialmente participativa ni agradable. No tenía el más mínimo interés en cómo estaban cambiando las cosas allí con la ayuda humanitaria. Brand parecía más interesado y, de vez en cuando, le acariciaba un brazo como si intentara recordarle que no estaba sola pese a la falta de atención que recibía.

Cuando llegaron a casa al acabar la tarde y con el compromiso de verse al día siguiente, Leanna con gran esfuerzo se mantuvo firme ante Glenda pese a que lo que estaba deseando era darle un portazo. Empezaba a desesperarle buscar a Elliot sin resultado alguno. ¿Por dónde podían seguir buscando? ¿A quién debían pedir ayuda? ¿Quizá a la policía? ¿Y qué había ocurrido con Brand? Le había estado acaparando todo el día y él no parecía haberse dado cuenta.

Entró en casa, enfadada. Brand la siguió. No sabía qué empezar a pensar con respecto a Elliot. Comprendía que Leanna se sintiera tan mal que no tuviera ganas ni de abrir la boca. Había pasado todo el día en silencio y con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

Leanna lo miró con los ojos brillando de rabia.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso? Elliot no aparece y tú te has pasado todo el día coqueteando con esa mujer…

—Que yo, ¿qué?

Se sonrojó al recordar las palabras que había dicho. Desde luego que la importancia no era la misma. Elliot era lo primero, pero lo segundo también había sucedido.

—No finjas que no lo has hecho. Ha quedado claro desde el primer momento que a esa mujer le gustabas y te has centrado en ella en lugar de en buscar a Elliot.

—¿Que yo…? ¿Eso qué tiene que ver con…?

—¿Me vas a decir que no? Porque los dos habéis pasado todo el día ignorándome.

—Un momento, ¿estás celosa?

Brand parpadeó sorprendido. ¿Acaso tenía motivos para estarlo? Era lo último que esperaba escuchar.

—Claro que no estoy celosa —le replicó Leanna—. Puedes coquetear con todas las mujeres que te dé la gana.

—Gracias, pero ¿te estás escuchando? Glenda solo…

—Oh, sí, Glenda solo quería ayudarnos a encontrar a Elliot y no ha dejado de enseñarte todo lo que hace en su ONG y todo lo que se está consiguiendo con lo que tú haces con la tuya y de Elliot ni una palabra.

—Creo que exageras…

—¿Que yo exagero? No ha dejado de apoyar las manos en tus brazos, en tu hombro, de caminar pegada a ti…

Brand la miró incrédulo. Era cierto que Glenda había monopolizado parte de la conversación, pero no había notado especial atención por su parte hacia él.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Eso me pregunto yo. Tenemos que encontrar a mi hermano y has pasado el día babeando detrás de esa mujer.

—Yo no he estado babeando detrás de nadie. ¿Acaso no hemos estado buscando a Elliot?

—¿Eso te ha parecido que era buscarlo? Parecías más interesado en todas las obras que tu ONG y la de ella estaban realizando que en que Elliot haya desaparecido.

—No digas tonterías.

—¿Me llamas tonta?

Llamaron a la puerta. Hilda con una pequeña cesta llena de fruta y un puñado de mujeres con la ropa que les habían dado por la mañana para lavar estaban frente a ellos.

Leanna fingió una sonrisa que no sentía y tras agradecerlo y dejar sobre la mesa todo lo que le habían llevado, salió de la estancia sin dar una mínima explicación. Necesitaba tiempo a solas, pensar en no sabía qué o incluso dar rienda suelta a su impotencia en forma de lágrimas. El móvil seguía sin cobertura y no podía hablar con sus amigas.

Escuchó unos pasos a sus espaldas. Brand la seguía con expresión resignada.

—Voy al baño… a las letrinas.

—No voy a dejarte sola.

Leanna se detuvo en seco para mantenerle la mirada. Esas palabras tenían un significado demasiado grande como para utilizarlas sin darle importancia. Brand recapacitó sobre lo que había dicho tras atisbar cierto halo de tristeza en los ojos de ella. Sola. Así estaría si Elliot no

aparecía. Tenía unas inexplicables ganas de abrazarla y consolarla que le hacían sentirse incómodo.

—Me refiero a…

—Sé a lo que te refieres —le replicó—. No va a pasarme nada por ir sola al cuarto de baño… a las letrinas… A veces se necesita intimidad.

Brand levantó las manos en señal de paz. Podía tener razón, pero no iba a arriesgarse ni mucho menos discutir con ella por algo para lo que no había otra opción. Se quedaría allí, sin perderla de vista el tiempo que hiciera falta. Era la hermana de Elliot, estaba bajo su responsabilidad y algo en su interior le hacía querer cuidarla. No sabía si era porque no se lo había pedido, por su manía de querer hacerlo todo sola o porque no la había besado y estaba deseando hacerlo. Quizá luego perdiera el interés o esos sentimientos desaparecieran, pero hasta que no lo descubriera, seguiría siendo su sombra o lo que hiciera falta.

Poco después, Leanna volvió sobre sus pasos, encontrándose a Brand donde lo había visto la última vez. Las lágrimas que habían rodado por las mejillas desde ese momento parecían haber aliviado un poco el peso emocional que sentía que le oprimía el alma.

—¿Qué haces aquí? Te dije que…

—Sé lo que me dijiste, pero yo también te dije que no iba a dejarte sola. No voy a hacerlo.

Él mismo se sorprendió por la firmeza con la que pronunció esas palabras. La sintió estremecer. Podía perderse en su mirada. Dio un paso hacia ella. La oscuridad de la noche les rodeaba de un silencio y una intimidad tentadora. Podría rodearla con sus brazos, buscar su boca, dejar que sus labios le prometieran lo mismo que sus palabras.

Leanna ahogó un suspiro. Su mirada la hacía estremecerse. Se arrojaría a sus brazos, hundiría la cabeza en su pecho, sentiría su calor. ¿Qué estaba pensando? Bajó la mirada y lo esquivó para volver a la casa. En cuanto volvieran a la ciudad cada uno seguiría con su vida, pero ella sería la que habría perdido a su hermano.

Brand la siguió con dolorosa resignación. El rechazo en su mirada le desgarraba el alma. ¿Lo culpabilizaría siempre de lo que fuera que le hubiera ocurrido a Elliot? Probablemente tendría razón y ni él mismo podría perdonarse. Aún no se había rendido y no iba a hacerlo. Elliot aparecería, ellos dos volverían a sus rutinas y la vida seguiría como si nada hubiera pasado. Y, probablemente, fuera lo mejor para todos.



A la mañana siguiente, Leanna se despertó con el sonido de un coche aparcando frente a la puerta. Mantuvo los ojos cerrados por unos instantes más. Otro día por delante con la esperanza de encontrar a Elliot y con el miedo a la decepción por no hacerlo. El brazo de Brand sobre ella y

el cuerpo casi pegado a su espalda la reconfortaba. La hacía sentirse acompañada. Ahogó un suspiro.

Se giró en silencio para observar su rostro por un momento. Sonrió levemente. Podría volver a besarlo… solo por gratitud, o por no sentirse sola… pero podría ocurrir lo del día anterior y que, finalmente, él acabara sorprendiéndola.

Somnolienta, se levantó de la cama y se asomó con cuidado por la ventana. Hizo una mueca. Glenda. ¿Habían quedado tan pronto? ¿No tenía nada mejor que hacer? Se pasó la mano por el cabello para adecentarlo ligeramente antes de volver junto a Brand.

Resoplando se acercó para zarandearle. ¿Cómo podía relajarse tanto? La cama era incómoda y la experiencia estaba resultando terrible. ¿Nada le quitaba el sueño?

Ante su imposibilidad de despertarlo optó por cambiarse de ropa antes de volver a intentar que reaccionara. Volvió a zarandearlo sin resultado alguno. Se dirigió al a puerta. «Que entre su nueva amiga a despertarlo» se dijo airada. Pero justo antes de abrir la puerta se detuvo. No le iba a dar esa satisfacción a Glenda. Volvió hacia él y lo empujó con fuerza. Quizá demasiada.

Brand se despertó con el golpe en el suelo. Miró aturdido a su alrededor antes de fijar su mirada en Leanna que le miraba seria.

—¿Me has tirado al suelo?

—Tu amiga ha venido a buscarnos.

Brand parpadeó extrañado.

—Pero ¿me has tirado al suelo?

—No hay manera de que te despiertes.

Se incorporó enfadado. ¿Cómo se podía ser tan desagradable?

—Esta noche me pondré la alarma del móvil.

—Si eso consigue despertarte…

Leanna salió de la casa para darle cierta intimidad. Glenda los esperaba apoyada en su *jeep*.

—Buenos días, veo que os cuesta aclimataros a las nuevas costumbres. Aquí, uno se levanta con los primeros rayos de sol.

—No nos quedaremos mucho tiempo, no sé si merece la pena acostumbrarse —le respondió con una fingida sonrisa.

—Supongo que tendrás ganas de volver a casa.

—Hasta que no encuentre a Elliot no pienso irme —le respondió con rotundidad.

Glenda asintió en silencio manteniéndole la mirada antes de desviarla hacia Brand que estaba sumamente atractivo con la sombra de barba en su mentón.

—Buenos días, Glenda. No terminamos de acostumbrarnos a estos horarios.

—Eso pasa al principio —le sonrió ella mientras hacía ademán de subirse al *jeep*—. ¿Vamos?

—No hemos desayunado —les recordó Leanna— y necesito asearme un poco.

Brand asintió. Necesitaba café o algo parecido a eso para ser persona.

Pocos minutos después se pusieron en camino. Pasaron el día fuera preguntando en diferentes aldeas, visitando la ubicación de los pozos de agua que se habían construido o los posibles lugares a los que Elliot podía haber ido por un motivo u otro. Leanna estaba ligeramente rabiosa. Tenía la impresión de que Glenda actuaba como un guía turístico más que como cooperante de la zona. Solo tenía ojos para Brand y, aunque no le extrañaba, opinaba que debía disimular un poco. Le rozaba en cuanto podía, no perdía la oportunidad de tocarle el brazo con la

mano o de apoyarla en su espalda y acercaba el pecho a su torso a la mínima oportunidad. Brand parecía no darse cuenta y prestaba atención a todo lo que tenía a su alrededor como si estuviera tomando notas mentales de todo lo que le interesaba.

Cuando llegaron al atardecer a la aldea, los dos intentaban disimular el desánimo. Leanna apenas había hablado durante el día, pero sus ojos transmitían todo lo que sentía. Brand estaba preocupado por ella y su creciente crispación conforme el tiempo pasaba. No dejaba de mirarla y no sabía qué decir ni hacer para consolarla o darle los ánimos que necesitaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Brand en cuanto el *jeep* de Glenda se alejó de ellos y se quedaron a solas.

—Creo que no tanto como tú que pareces disfrutar con Glenda y sus recorridos turísticos. Estamos buscando a Elliot, no haciendo un tour por las primitivas aldeas de Lusaka o explorando posibles nuevas ubicaciones donde tu ONG puede construir pozos de agua. Que, dicho sea de paso, parecía saber mucho al respecto.

—No sé por qué dices eso.

—¿No lo sabes? —miró su teléfono móvil. Necesitaba desahogar su frustración con sus amigas—. ¿Por qué va tan mal la cobertura? Eso sí que podía mejorarlo tu empresa.

—Ah, entonces te parecería bien la labor que realizara.

—No tengo nada en contra del agua, pero un pequeño empujón a las telecomunicaciones podría facilitar mucho las cosas. Quizá así…

Escucharon un *jeep* a sus espaldas. Leanna entornó los ojos antes de girarse. ¿Glenda habría olvidado algo? ¿Quizá el beso de buenas noches?

Un hombre joven de cabello oscuro y ojos claros de sonrisa amable paró a su lado y bajó sin perder tiempo. Era un poco más bajo que Brand y su complexión era atlética.

—Eh, ¿sois amigos de Elliot? Alguna vez comentó que no tardaríais en venir a buscarle.

Brand y Leanna se miraron entre sí extrañados. A Leanna se le arrasaron los ojos de lágrimas.

—¿Sabía que íbamos a venir?

—Cuando pasamos temporadas sin cobertura siempre lo comenta. Me llamo Malcolm O´Donell—les tendió la mano—. Tu hermano tiene razón —le sonrió a Leanna.

—¿En qué? —balbuceó con la vulnerabilidad a flor de piel.

—Tu pelo es del color de las puestas de sol.

Leanna parpadeó extrañada y conmovida ante sus bonitas palabras. Nadie le había dicho nunca algo así.

—¿Eso dice mi hermano?

—No con esas palabras, pero cuando vemos que el sol se pone, suele mencionarte. Al verte he sabido que eras tú y comprendido por qué lo decía.

Ella se ruborizó ligeramente halagada.

Brand levantó una ceja con cierta ironía. ¿Eso había sido un intento de flirteo? Y por cómo había reaccionado Leanna parecía causar el efecto que buscaba. ¿Su cabello tenía el color de una puesta de sol? Se fijó detenidamente en él. Quizá sí, pero ¿era necesario decírselo?

—Y tú, ¿eres?

—Malcolm…

—O´Donell. Sí, te he oído.

Leanna le miró extrañada ante su seco tono de voz.

—Soy cooperante de la ONG Builts for Everyone, BFE. Escuché que alguien había

venido a buscar a Elliot. ¿Ya se ha quedado tranquilo?

—¿Quién? ¿Elliot? —susurró Leanna con un ligero atisbo de esperanza, antes de mirar a Brand emocionada.

—No hemos visto a Elliot —le respondió Brand, firme. No quería que Leanna se ilusionara si no había motivos para hacerlo. La decepción podría ser peor—. Nadie sabe dónde está.

—¿Cómo que no? Fue a las aldeas del norte.

Brand negó con la cabeza.

—Hemos estado allí con Glenda, una cooperante de…

—Conozco a Glenda. ¿Decís que no lo habéis encontrado?

Ambos negaron con la cabeza.

—Nadie sabe nada de él —insistió Leanna—. ¿Cuándo lo viste tú por última vez?

Malcolm los miró extrañado.

—Menos de una semana.

Brand lo miró con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro?

—Claro. Pasamos la tarde juntos.

Leanna soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta.

—Eso es que está bien.

Sentía que podía llorar de la emoción.

—Claro que sí… ¿Por qué no iba a estarlo?

—No han sabido decirnos nada sobre él.

Malcolm miró a su alrededor extrañado.

—Quizá no dijo a nadie donde iba. No lo sé. ¿Cuántos días lleváis aquí?

—Tres —le comentó Brand sin saber qué pensar.

—Si queréis podemos ir mañana a verlo.

—Pero ¿sabes dónde está?

—Supongo que seguirá en las aldeas del norte.

—Pero ya las hemos visitado con Glenda y no se sabe nada de él.

—Ahora me dejas preocupado.

—Vamos ahora —le propuso Leanna.

—¿Ahora? Oscurecerá pronto, va a llover, volverán a cortarse las comunicaciones y, con un poco de suerte, no nos quedaremos sitiados durante unos días. De hecho, venir era un poco arriesgado, pero quería saludaros en cuanto me han dicho que estabais por aquí.

—Llevo muchos días sin saber de Elliot, por favor —insistió Leanna.

—Pero no va a moverse de donde está y no es seguro. Mañana por la mañana, si las carreteras están bien, puedo pasar a buscaros.

—Hemos quedado con Glenda —le avisó Brand.

Leanna lo miró con el ceño fruncido.

—Con Glenda no le hemos encontrado, quizá Malcolm sí que pueda llevarnos hasta él.

Brand la miró serio. Malcolm podía ser una opción, pero dudaba que tuviera más razón que Glenda o supiera más que ella. ¿O es que acaso se sentía atraída por él como parecía que sucedía? No había dejado de mirarle desde que había aparecido y su rostro no tenía nada que ver al que había lucido durante todo el día.

—Pero quedamos con ella…

—Podemos ir con los dos, ¿no? —le preguntó a Malcolm—. Si no te importa, claro. Has dicho que la conoces.

—Sí, claro, no habrá ningún problema.

—¿De verdad que no se puede ir hoy? Podríamos ir y quedarnos a dormir con Elliot.

—No es seguro que lleguemos sin que haya estallado la tormenta —trató de tranquilizarla Malcolm con una sonrisa que hizo que Brand ahogara una mueca.

Leanna se cruzó de brazos, impaciente. Quizá podía ser peligroso viajar en esas condiciones de noche, pero estaba deseando ver a su hermano después de esa esperanzadora posibilidad de que pudiera estar en las aldeas más al norte. Aunque, claro, si ya habían ido con Glenda sin encontrarlo, quizá Malcolm estuviera confundido.

—¿Podremos salir en cuanto amanezca?

—Si no ocurre nada raro y las carreteras están bien, por supuesto.

—¿Raro?

—Nunca se sabe la intensidad de la tormenta o lo que te puedes encontrar en la aldea, árboles caídos, algún techo hundido… Algunas reparaciones son, además de necesarias, muy urgentes.

Leanna aceptó a regañadientes. Ese hombre era como su hermano. No veía más allá de ayudar a los más necesitados. ¿Y sus nervios? ¿Y su miedo a no encontrarlo? ¿No era necesario o muy urgente solucionarlo? Hizo una leve mueca al contestarse a sí misma. Quizá no lo era tanto.

—Será mejor que me vaya. No quiero que me pille la tormenta en el camino.

Brand y Leanna lo vieron alejarse antes de dirigirse a la zona de los grifos. Ambos necesitaban asearse después de todo el día fuera de la aldea, con condiciones aún más precarias que aquella.

—¿Crees que Malcolm tiene razón y sabe dónde está Elliot? Parecía muy convencido.

Brand se encogió de hombros. No quería que tuviera muchas esperanzas para que, en caso de no encontrarlo, la decepción no fuera tan grande.

—Fuimos con Glenda y no lo encontramos. No sé si…

—Glenda, Glenda… Quizá Malcolm sea más espabilado y demos con él.

Brand la miró. «¿Malcolm más espabilado?»

—¿Tienes algo en contra de Glenda?

—No. Sí. Tengo algo en contra de ella y de todos los que hacen que Elliot prefiera estar aquí y no conmigo en la ciudad.

Brand la miró extrañado mientras se lavaban las manos y las partes visibles de su cuerpo.

—¿Sabes lo importante que es el trabajo de tu hermano en estos lugares?

—No me vas a hacer sentir culpable por querer tenerlo a mi lado. Si tan importante es para ti, ven tú a realizarlo.

Brand dejó de mirarla. No trataría de razonar con ella. Aun así, prefería verla enfadada y no con la tristeza que parecía haberla invadido durante todo el día. «Que fuera él allí», había sugerido inconsciente. Ese no era su entorno y además nadie se preocuparía por él si no diera señales de vida. Frunció el ceño y la saliva que tragó le supo amarga. El corazón le dio un pequeño pellizco. Tampoco antes había sentido esa necesidad de que alguien se preocupara por él. No tenía por qué importarle, trató de convencerse.



La mañana amaneció lloviendo. Después de apenas dormir durante la noche, entusiasmada por poder ver a su hermano a la mañana siguiente, Leanna se despertó antes que ningún día. Salió a la calle para mirar boquiabierta los estragos.

Hilda se le acercó llevándole la ropa limpia.

—¿Todo bien? —le preguntó en voz baja.

Leanna señaló a su alrededor. Todo estaba embarrado, había ramas por el suelo y, por el momento, no se veían niños jugando.

—¿Y esto?

Hilda sonrió levemente.

—Ha llovido.

—Sí, pero… —no siguió hablando. Supuso que ella estaba acostumbrada a ver así la aldea.

—No encontramos a Elliot —le explicó Leanna, amable—, pero otro cooperante apareció por la noche y nos dijo que nos llevaría hoy por la mañana.

Hilda negó con la cabeza.

—Eso será complicado. Los caminos hacen difícil la conducción, por lo menos a primera hora.

Leanna resopló mientras escuchaba a su espalda la alarma del teléfono móvil de Brand. Al final se la había activado en vez de confiar en que la despertara ella. Se sonrojó tímidamente. No lo hubiera tirado de la cama… o sí, pero le costaba tanto despertarse y ella tenía tanta prisa siempre por levantarse…

—Les traeré el desayuno.

—Tenemos que salir para asearnos, nos podemos acercar nosotros.

Hilda asintió con un gesto de cabeza. Leanna volvió dentro.

—Hilda ha dicho que no cree que Malcolm pueda venir a primera hora debido al estado de los caminos.

Brand, medio incorporado en la cama, somnoliento, asintió. Leanna desvió la mirada, evitando resoplar. ¿Por qué le parecía tan atractivo? Físicamente lo era, desde luego, pero no era solo su cuerpo lo que le atraía.

—Date prisa, por favor —le pidió mirando su teléfono móvil—. Mira, hoy tengo cobertura. Voy a salir a llamar a mis amigas.

—El cambio de horario…

—No les importará.

Brand asintió dejándose caer en la cama. Echaba de menos su cómodo colchón, su amplio apartamento y su café cargado antes de comenzar el día. La vez anterior que había estado en Nsenda Ele, todo había sido diferente. Junto a Elliot se habían dedicado a explorar las posibilidades del terreno y los alrededores. Habían sido jornadas fructíferas y beneficiosas para

todo lo que se desarrolló posteriormente.

Esta vez no habían dejado de buscar a Elliot y parecía estar más atento a la mujer pelirroja con la que convivía que a las posibilidades que tenía su ONG de seguir desarrollándose.

Afortunadamente, pasó la mañana con Titus Darius y varios hombres más de la aldea comprobando los destrozos que había causado la tormenta mientras Leanna se relacionaba con las mujeres y los niños.

Cuando después de comer, el *jeep* de Glenda apareció por la aldea, hizo un esfuerzo por simular una sonrisa delante de Brand, que no perdió un momento en ir a recibirla.

—Tengan cuidado —le susurró Hilda pasando por detrás de ella.

Leanna asintió, aunque confiaba que, si Glenda había llegado hasta allí sin problemas, tampoco los habría si salían a buscar a Elliot, esta vez con las directrices de Malcolm. Se acercó a ellos con curiosidad. Glenda, con un dedo, simulaba rascarse algún picor sobre su pecho. Brand no pudo evitar fijarse en ellos. Leanna entornó la mirada con una mueca. ¿Se podía ser más descarada?

—Supongo que no has mirado el email de Elliot —le preguntaba a Brand—. ¿Y el tuyo?

Brand negó con la cabeza mientras sonreía a Leanna que había acudido a reunirse con ellos.

—¿Por qué?

—Se celebra una gala en Lusaka con todas las ONG operantes en Zambia. Se han enterado de que estás aquí y como benefactor, deberías ir.

—¿Por qué? —preguntó Leanna—. Lo que deberíamos hacer es ir a buscar a Elliot. Ayer Malcolm nos dijo que lo había visto hace una semana en las aldeas del norte.

—¿Estás segura? Qué raro. Estuvimos allí. Vosotros mismos comprobasteis que no estaba.

Leanna se cruzó de brazos.

—Quizá Malcolm pueda llevarnos y así tú puedes dedicarte a lo que sea que hagas.

Brand la miró serio. ¿Estaba enfadada por algo? No era necesario ser tan desagradable.

—Hay que cuidar este tipo de relaciones con los gobiernos —le explicó Brand—. ¿Cuándo es?

—En Lusaka, mañana por la noche.

Brand asintió.

—Nos da tiempo si salimos por la mañana.

—¿Y Elliot? —preguntó Leanna, incrédula—. Vamos hoy a buscarle.

—Será complicado tal y como están las carretas —le comentó Glenda.

—Esperaremos a Malcolm —le respondió Leanna.

—No sé si podrá venir.

—¿No has llegado tú hasta aquí?

—Sí, pero su aldea está un poco más alejada y, aun así, será complicado porque las aldeas del norte están rodeadas de más tierra.

Leanna miró impotente a Brand que las observaba en silencio.

—Podemos esperarle un poco más, claro.

Leanna le mantuvo la mirada seria. ¿Y si no llegaba? ¿Irían otra vez con Glenda, aunque no hubieran conseguido nada?

Cuando estaban a punto de salir, Malcolm llegó en su *jeep* y bajó sonriente para saludarlos.

—No estaba segura de que pudieras llegar —le sonrió Leanna, aliviada.

—Me ha costado bastante. No sé si podremos llegar a las aldeas del norte —miró a la joven de cabello oscuro—. Supongo que tú también has recibido la invitación.

Glenda asintió.

Leanna los escuchaba en silencio. ¿Todo se paralizaba por una fiesta?

—Ya está. He confirmado nuestra asistencia a la fiesta —les informó Brand con el móvil en la mano.

—¿Vas a ir? —le preguntó Leanna, incrédula. ¿Tenía ganas de ir a una fiesta sin saber nada de Elliot?

—Vamos a ir —le corrigió—. Ya te dije que es importante mantener las relaciones.

—No para mí —refunfuñó Leanna—. Además, dudo mucho que la ropa que tengo en la mochila sea apropiada para una fiesta con los dirigentes de la ciudad. Debería quedarme.

—No te voy a dejar aquí —le dijo Brand, serio.

—Podrías hacerlo. No pienso irme a ningún sitio.

—Ya me has oído.

Leanna lo miró seria.

—Yo no soy una de vosotros. No soy cooperante ni nada parecido y si lo fuera, podría estar en mi tiempo libre. ¿Tendría que acudir obligatoriamente?

Glenda y Malcolm la miraron con una sonrisa mientras asentían.

—Supongo que esto no tiene nada que ver con la vida que llevas en la ciudad, pero no por eso es peor —la consoló Malcolm.

—Eso es discutible. Estoy deseando llegar a casa, meterme en la bañera, vestirme en condiciones, comer pizza con anchoas y tomar vino en una copa alta. Quizá vosotros habéis olvidado ese placer, pero no me vais a convencer de que esto es mejor.

—No es mejor, es diferente —aceptó Malcolm—. Aquí también te puedes dar un baño, vestirte en condiciones y tomar una copa de vino… De hecho, mañana en la fiesta podrás tomarlo. Lo de la pizza es más complicado.

—Tenemos la habitación reservada en el hotel.

Leanna lo miró seria. Por su manera de decirlo parecía dar a entender que eran una pareja. Malcolm asintió. Parecía haber entendido lo mismo.

—Bueno, si estás empeñada en salir a buscar a Elliot deberíamos hacerlo cuanto antes —le dijo Glenda—. ¿Vamos en mi *jeep*?

Malcolm se encogió de hombros.

—Mejor un coche que dos.

Brand y Leanna los siguieron.

Apenas se habían alejado de la aldea cuando el *jeep*, después de un movimiento brusco se quedó parado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leanna extrañada.

—Algo más que previsible —le respondió Glenda pisando el acelerador sin ningún resultado.

—Nos hemos quedado atascados —le explicó Malcolm como si no hubiera ocurrido nada.

Leanna ahogó un suspiro. ¿Otro día más sin encontrar a Elliot? Iba a comenzar a desesperarse de un momento a otro.

Brand, que iba en el asiento del copiloto, la miró con una mueca de fastidio. Probablemente la joven estaba pensando lo mismo que él, pero no podían hacer nada al respecto.

Glenda seguía intentando sacar el coche del lodazal en el que parecían haberse metido.

—Nada, no hay manera —se rindió.

—Vamos a ver —le dijo Malcolm saliendo del *jeep* y hundiendo sus pies en el barro—. Voy a ver si puedo encontrar unas piedras para sacarlo de aquí.

Brand lo imitó. Leanna hizo una mueca. No quería quedarse a solas con Glenda y el incómodo silencio que las había invadido. Salió del *jeep* y contuvo una maldición cuando sus pies se hundieron en el charco de barro. Su enfado se acrecentó cuando vio que a ambos lados del camino la cantidad de barro era menor. Tan lista que se creía Glenda, parecía haberse metido de lleno. Seguro que estaba distraída pensando en Brand.

Se fijó en que los dos hombres estaban acercando piedras para rodear las ruedas traseras que estaban bastante hundidas. Trató de imitarlos pese a la incomodidad de caminar con sus botas llenas de barro.

—Aléjate, Leanna —le pidió Malcolm después de haber dejado una cantidad considerable de piedras rodeando las ruedas.

Leanna lo miró sin comprender. Glenda pareció pisar de nuevo el acelerador. Grumos de barro salieron disparados salpicándola escandalosamente, para no conseguir mover el coche. Se quedó parada fijándose en su deplorable aspecto.

—Perdona, no me di cuenta —exclamó Glenda despreocupada desde su asiento.

Los ojos de Leanna parecían arder. Brand la detuvo cogiéndola por la cintura cuando vio que iba directa a discutir con la conductora.

—Solo es barro, Leanna —le susurró pidiéndole calma con la mirada.

—¿Solo barro? La muy… lo ha hecho con total intención —le reclamó en voz baja.

—No creo. Ha sido un error, solo eso. Vamos a por más piedras y la próxima vez aléjate con nosotros.

—¿Aléjate? ¿Aléjate? —masculló indignada.

Tenía ganas de irse de allí. Solo quería encontrar a Elliot y largarse. Quería volver a su casa, a su estabilidad, a su tranquilidad, a su rutina. Ayudó en lo que pudo a Malcolm y a Brand y se alejaba de las ruedas cada vez que ellos lo hacían. Tardaron más tiempo del que en principio habían esperado, lo que hizo que pospusieran la búsqueda a otro día. Casi oscurecía cuando Glenda y Malcolm los dejaron a solas para volver a sus respectivas aldeas.

Leanna miraba impotente a Brand. Con gusto le hubiera zarandeado. Necesitaba asegurarse de que Elliot estaba bien para largarse de allí cuanto antes.

—Mañana por la mañana nos vamos a Lusaka. Solo estaremos unas horas, pero nos dará tiempo suficiente para darnos un baño y comprarnos ropa decente —le explicó Brand.

Leanna lo miró levantando una ceja.

—¿Y Elliot?

—Malcolm dijo que estaba bien. No tendría por qué no estarlo —la consoló—. Sé que esto es un inconveniente más entre todos los que llevamos en este viaje, pero ya queda poco y en cuanto encontremos a Elliot nos iremos de aquí.

Leanna lo miró cansada. No tenía ni ganas de discutir.

Brand sintió su impotencia, su vulnerabilidad, el agotamiento reflejado en su mirada. Quería reconfortarla, sostenerla, asegurarle que todo iría bien. Se acercó para abrazarla. Algo se sacudió en su interior en cuanto sus brazos la acogieron, en cuanto sus cuerpos se pegaron el uno al otro, en cuanto ella, apoyó la cabeza en su pecho y sus brazos rodearon su cintura. Contuvo la respiración. Creía que era ella quien lo necesitaba, pero en esos momentos era él quien cubría una necesidad que no sabía que tenía. Se sentía vivo.

Leanna se apoyó en él, sorprendida y aliviada por el abrazo. Lo necesitaba pese a que no le gustara reconocerlo. Se sentía emocionalmente agotada. Los ojos se le cubrieron de lágrimas.

—Estoy llena de barro, cansada, enfadada…

—Lo sé.

Brand apoyó la barbilla sobre su cabeza. No pudo evitar darle un suave beso, notando como la joven se quedaba rígida entre sus brazos.

Leanna contuvo la respiración ante ese gesto cariñoso. Quería pegarse más a él, sentirlo más cerca. Si levantaba la cabeza y le ofrecía sus labios, ¿él los besaría? No se había dado cuenta

de cuánto necesitaba el contacto físico. Solo con él. Ahogó un suspiro.

—Ya no queda nada. Iremos a buscar a Elliot en cuanto volvamos de Lusaka —le aseguró Brand comenzando a separarse.

No quería incomodarla. No recordaba a ninguna mujer que se hubiera tensado en sus brazos. Solo había sido un gesto de cariño, de compañerismo, de apoyo hacia ella por la situación que estaba atravesando. Frunció el ceño. ¿Por qué era tan independiente o tan fuerte? ¿No podía apoyarse en él? ¿O era él quien realmente necesitaba ese apoyo o sentirse valorado? A esa mujer su dinero no le impresionaba. Su aspecto evidentemente tampoco. ¿Por qué era tan inaccesible? Y ¿por qué le importaba tanto?

Leanna sintió que una corriente fría sustituía su abrazo. Desvió la mirada para que no viera la decepción reflejada en ella.

—Tengo ganas de encontrar a Elliot y volver a casa. Creo que jamás me quejaré de que el piso donde vivo es pequeño o de que el agua de la ducha tarda mucho en salir caliente.

Entró en la casa dejando la puerta abierta. Brand la siguió. Leanna resopló al recordar que para quitarse el barro tenía que ir a la zona de los grifos y utilizar uno de los que servían de ducha. Era lo que menos le apetecía.

—Bueno, supongo que venir a sitios así te hace valorar más las cosas que tienes en la ciudad y que das por hecho que son normales.

—Supongo que dices eso por acallar tu conciencia —le rebatió Leanna enfadada. Si Glenda no la hubiera llenado de barro, si Elliot no hubiera desaparecido, si Brand no hubiera creado esa ONG, ella no se vería en una situación como la que estaba.

—Mi conciencia está muy tranquila —le respondió Brand sorprendido por el agrio tono de sus palabras. Hacía unos segundos la había abrazado vulnerable y ahora sus ojos volvían a echar llamaradas de rabia—. Trabajo mucho para conseguir o mantener lo que tengo.

—No todo es dinero en la vida —le reclamó cogiendo algo de ropa que ponerse después de su obligada ducha.

—Bueno, si no tienes dinero eres parte del problema, si tienes dinero eres parte de la solución. ¿De qué me culpas ahora? Voy a seguir ganando dinero para poder ayudar a quien lo necesite que es más que lo que muchos hacen.

Leanna se sintió aludida.

—¿Y qué me quieres decir? Yo no puedo permitirme financiar una escuela o una red de abastecimiento de agua. De hecho, ni me lo planteo siquiera.

—Tú sabrás si miras hacia otro lado o haces lo que puedes desde el lugar en el que estás.

Leanna lo miró con los brazos en jarras, apoyando las manos en sus caderas.

—Quizá esta no es mi guerra. Quizá yo ayudo al mundo con mi trabajo, no con mi dinero. Somos los profesores los que empezamos formando a los futuros líderes mundiales. Quién sabe a quién tengo en clase ahora mismo…

Brand le mantuvo la mirada, levantando sus manos en señal de rendición.

—No tienes por qué justificarte delante de mí. Si estás satisfecha con lo que haces está bien.

—No tienes por qué creerte mejor que yo porque tengas dinero.

—No lo hago. Ahora mismo estamos los dos en igualdad de condiciones al margen del dinero que tenemos o la importancia de nuestros trabajos.

Leanna lo miró recelosa. Podía tener razón, pero no iba a dársela. Y no estaban en igualdad de condiciones. Ella estaba llena de barro.

Brand estaba cansado de discutir.

—Será mejor que nos acostemos.

Se miraron en silencio. Leanna se cruzó de brazos elevando una ceja. Esperaba que el hormigueo que había recorrido su cuerpo con sus palabras no fuera evidente.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No. Soy profesora de literatura. Soy muy literal hablando —se defendió levantando la cabeza altiva.

—Estoy cansado, Leanna. Solo quiero acost… dormir.

—Muy bien, pues métete en la cama y no me esperes despierto. Tengo que ducharme. Tu amiga me ha llenado de barro.

Brand ahogó un suspiro.

—No es mi amiga.

—¿Y ella lo sabe? No hace más que ignorarme.

Brand la miró resignado.

—No voy a discutir.

—Bien. Porque no te va a servir de nada.

Brand abrió la puerta.

—¿Dónde vas?

—A acompañarte a la ducha.

Leanna lo miró entrecerrando los ojos. Brand ahogó una incipiente sonrisa. Lo cierto era que no le importaría hacerlo, literalmente, pero no en ese momento, en esas circunstancias y ante esa actitud pendenciera.

—No me voy a duchar contigo, pero no voy a dejar que vayas sola. Vamos.

—Cuando vea a Elliot me va a escuchar —murmuró Leanna a regañadientes pasando por delante de él.

Brand la siguió en silencio.



A la mañana siguiente, Glenda los dejó frente al hotel. Había aparecido por la aldea, sonriente y servicial, para que no tuvieran que ir en su propio *jeep* hasta Lusaka. Brand le agradeció el gesto, Leanna no tanto. Sabía que en el trayecto sería ignorada y se tendría que limitar a observar su descarado coqueteo con Brand que parecía no ser consciente de las abiertas intenciones de la joven de, por lo menos, acostarse con él. Aunque quizá lo que pretendía era que financiara su ONG. No le importaba. Solo quería encontrar a su hermano y volver a casa.

Acordaron encontrarse por la noche en el lugar de la fiesta, que era otro hotel no muy alejado de allí.

—Quizá han encontrado tu maleta —le comentó Brand entrando al hotel.

Estaba deseando darse una larga ducha.

Leanna sonrió al ver la cobertura de su teléfono móvil. Podría hablar con Astrid y Emme.

—Dudo que dentro haya algo que pueda llevar a una fiesta en la embajada—comentó Leanna deseando sumergirse en la bañera llena de agua caliente.

—Habrá que comprarse algo —miró a su alrededor. En el hotel no había ninguna tienda —. Preguntaré en la recepción.

—Yo no debería ir —comentó Leanna pulsando para hacer una video llamada—. Me puedo quedar tranquilamente en la cama esperándote.

Brand la miró de reojo. Era una idea de lo más sugerente.

—Ya me entiendes.

—Tú eres la literal, yo no —le sonrió divertido.

No sabía por qué le atraía tanto la posibilidad de compartir cama con ella, pero no solo para dormir como llevaban haciendo desde que se conocían.

—Chicas, ¿cómo estáis?

—¿Acabas de decir a alguien que le vas a esperar en la cama? —preguntó Emme desde la pantalla.

—No… Sí… Pero no es lo que pensáis. ¿Cómo estáis?

Las dos jóvenes al otro lado empezaron a hablar a la vez mientras Leanna las imitaba dejando a Brand solo frente al mostrador. Las observó en silencio. Leanna sonreía y parecía más relajada y contenta. No recordaba haberla visto así.

Leanna colgó poco después con los ojos llenos de lágrimas. Estaba cansada, sentía sus emociones revueltas y aunque Emme parecía estar bien, Astrid no y cuando le había preguntado por ello, incluso Emme había cambiado la expresión de su cara. Algo estaba pasando que no habían querido contarle.

Siguió a Brand hasta el ascensor en silencio. Hubiera hablado con ellas más tiempo, pero la necesidad de la ducha era apremiante.

—Entra tú la primera si quieres.

Leanna negó con la cabeza.

—No pienso tener prisa por salir, así que entra tú que acabarás antes.

Brand aceptó.

Leanna se dejó caer en el sofá de la habitación mientras empezaba a escuchar el agua en la ducha. Se hubiera tumbado en la cama, pero le daba la impresión de que ensuciaría las sábanas o incluso corría el riesgo de quedarse dormida. Miró impaciente la puerta del baño. No tendría prisa por salir de la ducha, pero si por entrar.

Impaciente, volvió a llamar a sus amigas.

—¿Te queda mucho? —insistió Leanna poco después al otro lado de la puerta del baño.

Brand suspiró cuando escuchó a Leanna. Estaba disfrutando de la ducha. Necesitaba sentir el agua caliente resbalando por su piel pese a que sabía que no debía derrocharla. Tendría que salir para dejarla entrar. Suponía que el servicio de habitaciones no tardaría en llamar a la puerta. Aprovecharía para comer porque en ese tipo de galas a las que solía acudir, el catering pese a ser bueno, le parecía insuficiente para llenar su estómago. Además, no solía comer nada en ellas porque pasaba el tiempo hablando y negociando.

Quizá mientras esperaba a que Leanna saliera, aprovechara para mirar su bandeja de correo electrónico. Él no tenía a nadie a quien llamar como Leanna había hecho nada más conseguir cobertura.

Anudó la toalla a su cadera y salió del cuarto de baño.

Leanna evitó mirarlo cuando lo vio salir. Estaba convencida de que si lo hacía no podría despegar la mirada de él o le costaría un gran esfuerzo. Aun así, echó un vistazo rápido. No podía evitar pensar lo atractivo que era.

El agua caliente relajó todos sus músculos y propició que todas sus emociones se condensaran en una: tristeza. Estaba agotada. No saber nada de Elliot, ser consciente de cuánto lo necesitaba o lo sola que se sentiría y que, realmente, estaría sin él. Era demoledor.

Quizá debería agradecer a Brand su compañía durante el viaje. No sabía qué habría sido de ella si no hubiera estado a su lado. Probablemente no le habría ocurrido nada malo, pero se había convertido en un apoyo muy grande y no parecía que le hubieran importado mucho su impaciencia o sus enfados.

Cuando salió vio dos vestidos largos y elegantes sobre la cama. Uno blanco, otro negro.

—¿Qué es eso?

—No sabía cuál preferirías.

—No soy una de tus mujeres a las que puedes vestir a tu gusto.

—Nunca me he planteado que lo fueras.

Brand le mantenía la mirada, serio. Leanna levantó la cabeza altiva. Esas palabras le habían sonado a rechazo y se sentía demasiado vulnerable. Las inseguridades que creía haber superado comenzaron a hacer presencia en ella. ¿Qué tenía de malo? A veces se consideraba guapa pese al color naranja de su pelo, era inteligente y no era mala persona, aunque a veces perdiera su escasa paciencia con facilidad.

—Puedes escoger otros colores, pero en la tienda que el hotel me recomendó eran los únicos que tenían de tu talla.

—No me apetece en absoluto ir. Eso es cosa tuya.

—Aunque no te apetezca, ¿no tienes curiosidad? Seguro que en el próximo curso puedes contarles a tus alumnos que has estado en una fiesta en una embajada.

—Como si fuera a importarles…

—De todas maneras, será una experiencia nueva para ti.

—No me gusta lo nuevo.

—Haz lo que quieras. Glenda pasará a buscarnos en menos de media hora.

—Y Malcolm también.

—Sí.

Leanna miró los dos vestidos sin saber por cual decidirse. Ahogó un suspiro. Era absurdo quedarse en el hotel.

—Está bien.

Cogió los dos y volvió al cuarto de baño. Se puso el primero de ellos, uno con escote palabra de honor, ceñido, ligero, insinuante. Tuvo que cerrar la boca al verse en el espejo. Jamás se había visto así. Emocionada, llamó a sus amigas para ver qué tal la veían.

Brand miró su reloj impaciente. Solo tenía que ponerse el vestido, ¿por qué tardaba tanto? Escuchó su voz en el cuarto de baño.

—¿Dices algo? —le preguntó frente a la puerta.

—No puedo abrocharme la cremallera…

—Bien —entró asumiendo su invitación.

Se quedó impactado al verla. Estaba preciosa, elegante, sugerente… Leanna se giró al oírlo entrar a su espalda y disimuló su sorpresa al ver su reacción. Sus ojos estaban brillantes, su mirada fija en ella y parecía haberse quedado de piedra.

—Date la vuelta —carraspeó incómodo acercándose.

—¿Cómo?

—¿No has dicho que no podías subirte la cremallera?

Leanna obedeció mirando hacia la pantalla del móvil donde sus amigas se habían quedado en silencio observando la íntima escena. Sintió a Brand a su espalda, el excitante calor de sus dedos, el suave roce de su piel. El sonido de la cremallera al subir la hizo estremecerse. ¿Se la bajaría después?

Brand hizo un gran esfuerzo por mantener cierta distancia con ella. La sintió estremecerse ante su contacto. Su piel pareció reaccionar. ¿Debería actuar como si no fuera real lo que parecía que ocurría entre ellos?

—Se lo decía a mis amigas —murmuró Leanna señalándole el móvil apoyado sobre el lavabo.

Brand se fijó en la pantalla que los mostraba a ellos mientras dos jóvenes sonreían en silencio. Una de ellas estaba acompañada por un perro. Brand reconoció su error y sonrió incómodo.

—Creí que… Hola… Mejor os dejo solas…

Leanna lo vio salir del cuarto de baño antes de que las dos amigas empezaran a hablar a la vez sobre lo que habían presenciado. Leanna intentó que se callaran haciendo efusivos gestos con las manos.

—Antes de que sigáis ya me ha dicho que no soy su tipo así que olvidaros de todo lo demás.

—¿Estás segura? Podrías ser el tipo de cualquier hombre —le recordó Emme.

—Si no sabe valorarte ni le mires —le recomendó Astrid—. Los hombres solo buscan aprovecharse de ti, de la situación, de todo lo que puedan. Son egoístas, cínicos y mezquinos.

—Astrid, ¿estás bien? —le preguntó Leanna extrañada ante sus frías palabras.

—Sí, por supuesto que sí —respondió altiva.

—Pero si quieres pasar un buen rato… —le sonrió Emme con dulzura.

—Está Glenda que supongo que se colgará de su brazo, le frotará el escote, cariñosa, y le sonreirá haciéndole sentirse el hombre más afortunado del lugar y él se lo creerá. Son tan previsibles...

—También iba Malcolm, ¿no? Haz tú lo mismo —le sugirió Astrid.

—¿Yo? ¿Coquetear con un hombre? No pienso. Ya me fastidia estar aquí cuando estábamos tan cerca de encontrar a Elliot. Voy a probarme el otro vestido… Ahora no puedo bajarme la cremallera. Vuelvo enseguida.

Leanna salió del cuarto de baño. Encontró a Brand mirando distraído por la ventana y se acercó a él.

—¿Me puedes bajar la cremallera, por favor?

Brand sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Esa frase podría sonar muy erótica si la situación fuera diferente. Leanna fue muy consciente de sus palabras y de su reacción. Podía sentir lo mismo. Evitó su mirada por miedo a que sus ojos reflejaran lo que sentía. Le dio la espalda. Brand le retiró la melena a un lado con suavidad. Su nuca desnuda parecía tentarle.

—Yo no he dicho que no fueras mi tipo —le susurró bajándole muy despacio la cremallera.

—Yo creo que sí —carraspeó sintiendo su aliento junto a su oreja— y es de mala educación escuchar conversaciones ajenas.

—No era mi intención escucharos, pero no habéis esperado a que saliera del cuarto de baño.

Leanna se sujetó el vestido sobre el pecho al sentir que la cremallera ya no lo ceñía a él. Se giró para mirarlo dispuesta a volver al cuarto de baño.

—Y Glenda no va a hacerme sentir el hombre más afortunado del lugar por mucho que frote su escote contra mi brazo.

Leanna se separó de él.

—¿Eres consciente de que sí que lo hace? Lo de frotarse contigo. Aunque supongo que no necesitas que una mujer alimente más el ego que tienes.

—¿Por qué te caigo tan mal?

Leanna le mantuvo la mirada sin saber qué responderle. ¿Tenía respuesta lógica para eso?

—Si pierdo a Elliot por tu culpa no te lo perdonaré jamás —le respondió.

—Sabes que no será mi culpa. Fue decisión de él venir aquí. Yo solo financié su proyecto. Si no hubiera sido yo lo habría hecho otro.

—Pero eres tú. Mientras no sepa que Elliot está bien, no pienso cambiar la opinión que tengo sobre ti.

—Has decidido condenarme sin pruebas.

—No las necesito.

Se alejó con los nervios a flor de piel y sin querer aceptar que quizá estaba siendo injusta con él. No quería pensar en ello. Solo quería que la noche pasara rápida y volver a buscar a Elliot. En el cuarto de baño, distraída por la conversación de Emme y Astrid se probó el otro vestido, más vaporoso y con una abertura lateral que le subía, casi impúdicamente, hasta la cadera. No le costó mucho decidir cuál ponerse. Y muy a su pesar, y sabiendo el riesgo que suponía para sus emociones, incluso para su cuerpo, elegir el vestido de la cremallera, optó por él.

Brand contuvo la respiración cuando ella acudió a pedirle que le subiera nuevamente la cremallera. Esa noche se le haría eterna si tenía que llevarla colgada de su brazo durante todo el evento, aspirando su aroma, rozando su piel, y sintiéndola a su lado de manera continua. Afortunadamente, su deseo se equilibraría al recordar el desprecio y la rabia que sentía por él. No le parecía justo pero no podía hacer nada al respecto.

Si hubieran estado en la ciudad podría presentarla a unos y a otros, pero allí dudaba que fuera interés de nadie el conocer siquiera su nombre. Esperaba que se mostrara sumisa y se limitara a sonreír escuchara lo que escuchara.

Cuando Glenda y Malcolm fueron a buscarlos, ellos ya estaban preparados, esperando junto a la recepción.

Brand no pudo evitar mirar a Leanna cuando Glenda, ceñida en un vestido rojo que resaltaba aún más sus sugerentes curvas, se rozó contra él de manera casual, y se mantuvo pegada a su lado.

Leanna le hizo saber con la mirada que esperaba esa reacción de ella. Miró a Malcolm, también vestido con traje oscuro para la ocasión. Estaba bastante atractivo. Parecía distraído. Leanna pensó que ella también podría rozarse contra él de manera más sutil para llamar su atención. Su ego necesitaba sentir que era atractiva para alguien.

Brand frunció el ceño al darse cuenta de que Leanna se acercaba demasiado a Malcolm sin ninguna necesidad. ¿Acaso se sentía atraída por él? Intuía que la noche iba a ser muy larga.

Llegaron hasta el elegante hotel donde se celebraba la gala a la que les habían invitado.

Diferentes miembros de las fuerzas políticas y empresariales del país y a los que Brand conocía de la vez anterior, acudieron a saludarle en cuanto lo vieron. Leanna lo miraba con curiosidad. Brand parecía cómodo entre todos ellos. Les sonreía y siempre tenía temas de conversación. Para ella era fácil quedarse a la sombra.

Malcolm también parecía que estuviera en un segundo plano, como ella, pese a ser hombre. Probablemente fuera porque era un simple miembro de una ONG y no su fundador. Glenda, sin embargo, recibía muchas miradas furtivas y levantaba comentarios a su paso, lo que afectó ligeramente su vanidad.

Brand atendía a unos y a otros con un carisma natural. Había delegados del gobierno que se presentaban a favor del progreso y agradecían su interés en ayudarlos mientras que otros se mostraban más reticentes y no se molestaban en esconderlo. Sabía qué decir en cada momento a unos y a otros.

Se fijó en que Glenda parecía conocer a muchos de los invitados y, pese a ser mujer, interactuaba con todos con cordialidad. No fue capaz de identificar a ninguno de ellos como el benefactor de la ONG para la que trabajaba. Al de Macolm sí que lo identificó pues los vio charlando juntos en alguna ocasión.

Le sorprendió la capacidad de adaptación de Leanna y su nulo deseo de acaparar la atención de nadie. Antes de llegar, había creído que se colgaría de su brazo y estaría a su sombra en todo momento, pero no lo hizo. No le necesitó para nada. Era de Malcolm de quien parecía no querer separarse y eso le molestaba más de lo que hubiera esperado. Debía ser él quien estuviera a su lado, aunque solo fuera porque ambos tenían a Elliot en común.

—No sé qué hacemos aquí —le susurró Leanna a Malcolm junto a las ventanas—. Si esto es para políticos y empresarios…

—¿Has oído alguna vez eso de que hay que tener cerca a los amigos, pero a los enemigos más aún o algo así?

Leanna asintió.

—Pues eso es.

—¿A qué te refieres?

—De la gente que ves a tu alrededor hay algunos a favor de que estemos aquí, y hay otros que prefieren que nos larguemos.

—Con que estemos aquí, ¿te refieres a que seamos simples cooperantes y estemos en esta fiesta o a que estéis en general en Lusaka?

—Que estemos en la fiesta les da igual. Como ves, no nos prestan atención y ya está. Nuestros jefes se relacionan entre sí y nosotros comemos y bebemos algo que jamás encontraríamos en las aldeas en las que estamos.

—Pero Glenda parece…

—Glenda es muy inteligente y lo saben.

—Yo no soy tonta.

Malcolm sonrió divertido.

—Eso no lo saben.

Leanna sonrió halagada. Malcolm era muy amable y la hacía sentirse integrada y no tan fuera de lugar como sabía que estaba.

Brand no perdía de vista a Leanna y cada vez se notaba más irritado. Debería haber estado a su lado como su pareja, que era en calidad de lo que había ido, dependiendo de él para no sentirse sola, y no con Malcolm que la hacía sonreír como pocas veces había visto.

Lo peor era que no podía acercarse a ella y reclamarle su atención sin parecer que estaba celoso por su actitud independiente. No veía manera de alejarse de las conversaciones con las que los altos dirigente le interceptaban y celoso no estaba… o por lo menos, no mucho.

Glenda le buscó varias veces, participó de sus conversaciones y se percató de que buscaba su contacto o su roce intencionado. Se molestó al darse cuenta de ello. Si Leanna no se lo hubiera señalado no le habría dado importancia. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por centrarse en los contactos que podría hacer. Nunca se sabía dónde podría aparecer un posible negocio.

Cuando consideró que era una hora prudente para hacerlo, optó por abandonar la fiesta. Se acercó a Leanna que hablaba con Malcolm como había estado haciendo toda la noche.

—Creo que es hora de retirarse —le indicó más serio de lo que pretendía—. Yo por lo menos, voy a hacerlo, pero si quieres quedarte hablando con Malcolm… quédate… Aunque no sé si queda algo que todavía no os hayáis contado.

A Leanna le sorprendió el tono de voz. ¿Iba a enfadarse porque ella hubiera estado hablando toda la noche? ¿Qué había hecho él?

—No, claro que no. Me parece bien que nos vayamos —le respondió altiva—. Te recuerdo que eres tú quien tenía que estar aquí. Que, por mí, habría pasado la tarde buscando a Elliot.

—No parece que te lo hayas pasado mal —le contestó mirando a Malcolm.

Leanna parpadeó incrédula. ¿Estaba celoso? ¿Por qué?

—Tú tampoco.

Miró a Glenda que se acercaba a ellos, sonriente. A Leanna le sorprendió que pese a ser mujer, los hombres no habían mostrado ninguna reticencia al tratar con ella.

—¿Ya nos vamos? —les preguntó Glenda con la sonrisa con la que había paseado toda la noche.

—Tú puedes quedarte si quieres —le respondió Brand con amabilidad.

—No, no —le respondió apoyando una mano en su brazo, gesto que no pasó desapercibido a Brand y Leanna—. Mañana podemos volver a la aldea e ir a buscar a Elliot.

Leanna se llevó la mano al pecho y parpadeando con una sonrisa fingida, lanzó un suspiro exagerado.

—¡¡Gracias, Glenda!!

Brand se sorprendió ante el aparente entusiasmo. Sus bonitos ojos verdes echaban chispas.

Glenda asintió halagada.

—Malcolm, ¿vienes?

—Sí, claro —los siguió relajado.



Cuando llegaron a la habitación, Brand se había aflojado el nudo de la corbata y se dejó caer

sobre la cama.

—Estoy cansado.

—¿De qué? —le preguntó Leanna molesta—. ¿De alternar con unos y otros? ¿De que Glenda te manoseara o frotara su pecho contigo delante de todos? ¿De ignorarme durante toda la fiesta?

Brand se incorporó molesto.

—¿Que yo te he ignorado? Te has pasado todo el tiempo hablando con Malcolm. No creo que lo hayas pasado tan mal. Por lo menos no dabas esa impresión.

—Hubiera preferido estar buscando a Elliot.

—¿A estas horas? Es de noche.

Leanna resopló.

—A estas horas no se puede hacer nada, pero si lo hubiéramos encontrado esta tarde, le hubiera echado la bronca y en un par de días ya estaría de vuelta a casa.

—Quizá tu hermano no se deja encontrar por la bronca que vas a echarle.

Leanna lo miró cínica con la ceja levantada.

Brand se levantó molesto. No tenía ganas de discutir. Probablemente le diría palabras de las que después se arrepentiría.

—Déjame que te baje la cremallera que estoy deseando meterme en la cama.

Leanna parpadeó incrédula ante sus palabras. Toda la rabia que sentía se diluyó ante las sugerentes posibilidades que se dibujaban en su imaginación. Le mantuvo la mirada en silencio. Si las circunstancias hubieran sido diferentes no le hubiera importado acabar tal cual, sin ropa y en la cama.

—Eso no ha sonado bien —se disculpó Brand.

Leanna apretó los labios para no responder. Eso había sonado de maravilla, o por lo menos no muy extraño. ¿Qué hubiera tenido de malo? Sus emociones parecían dispararse encontradas entre sí.

El suave roce de sus dedos al bajar la cremallera y su excitante sonido la hizo estremecerse. Brand fue consciente de la reacción de ella, de espaldas frente a él. Vulnerable, a solas y quizá dispuesta. Él también lo estaba. Respiró su aroma. Estuvo a punto de besar su cuello. La cordura se impuso. Era la hermana de Elliot. Jamás se acostaría con ella. No quiso recrear sus dedos en la suavidad de su piel expuesta. Dio un paso atrás con gran esfuerzo y, de espaldas a ella, empezó a desnudarse.

Leanna sintió su rechazo antes de alejarse. Ella tampoco quería nada con él. Era un hombre egoísta que solo pensaba en sus negocios. ¿Quién querría pasar su vida al lado de alguien así? En el cuarto de baño cambió su vestido por la camiseta que Brand le había dado la primera noche.

—Aún no ha aparecido tu maleta, ¿no? —le preguntó mientras la comodidad de la cama y el sueño comenzaban a apoderarse de él.

—No, así que no voy a devolverte la camiseta si es lo que quieres que haga —le respondió molesta metiéndose en la cama dándole la espalda.

Los ojos de Brand se abrieron de repente. Eso esperaba, que no le devolviera la camiseta. ¿Cómo pensaba dormir si lo hacía? ¿Desnuda? Su cuerpo se tensó en respuesta a las vívidas imágenes que se sucedieron en su mente. Se removió incómodo. Era la hermana de Elliot además de una mujer impaciente y demasiado independiente. Sería imposible que… Sería mejor que se durmiera antes de que se recreara en las excitantes escenas que habían empezado a cobrar vida

en su cabeza y que se remontaban al momento en el que él le había bajado la cremallera del sugerente vestido.

A mitad de mañana, Leanna ya no sabía qué hacer. Sin importarle la diferencia horaria había hablado con sus amigas aprovechando la cobertura, había preguntado por su maleta y estaba tratando de disimular su impaciencia junto a Malcolm, en el vestíbulo del hotel, que, como ella, estaba esperando a que Glenda apareciera. Brand seguía dormido, pero la que tenía que aparecer era ella. Cuando lo hiciera, volvería a intentar despertar a Brand y juntos regresarían a la aldea.

—Disculpad el retraso —les pidió Glenda cuando rondaba el mediodía y apareció radiante por la puerta.

Leanna la miró seria. Debería estar prohibido presentarse como si hubieras descansado más de doce horas pese a no hacerlo, y sin indicios en el rostro de la fiesta de la noche anterior. Ella todavía se sentía cansada por haber trasnochado.

—¿No está Brand? —les preguntó mirando a su alrededor.

Leanna se levantó del confortable sofá en el que estaban sentados.

—Ahora mismo voy a por él.

—Podemos acompañarte —le dijo Glenda siguiendo sus pasos.

Leanna se giró moleta. ¿Qué pretendía? ¿Verlo en la cama?

—No hace falta, gracias —le indicó seria—. Enseguida venimos.

Llegó a la habitación y pese a que tenía la persiana levantada, incluso el balcón abierto, Brand seguía durmiendo a pierna suelta. Estaba tan atractivo como siempre, con esa sombra de barba y su expresión relajada. Lo zarandeó ligeramente antes de empujarlo con más fuerza desde su sitio de la cama. Brand, le cogió la mano y tiró de ella, somnoliento. Leanna perdió el equilibrio y cayó sobre él sobresaltándolo.

—¿Qué quieres? —le preguntó Brand extrañado de verla sobre él.

El perturbador sueño que estaba teniendo con Leanna, desnuda, sentada sobre sus caderas le estaba empezando a parecer demasiado real.

—¿Que qué quiero? ¿Tú qué crees? —le preguntó agitada, levantándose como si quemara.

—No lo sé. No me gusta hacer suposiciones, pero que te lances de esa manera sobre mí cuando estoy en la cama…

—¿Que yo qué? —le preguntó alarmada con los brazos en jarras—. No digas tonterías. Fuiste tú…. Glenda está abajo esperándonos.

Brand parpadeó confundido por unos momentos. Era un sueño y, por lo visto, seguiría siéndolo.

—Vámonos —murmuró incorporándose como un resorte.

—Sí, por favor, cuanto antes —le apremió Leanna dándole la espalda para no caer en la

tentación de mirarle cuando saliera de la cama.

Apenas manteniendo una conversación fluida, emprendieron el viaje de regreso a Nsenda Ele, después de comer por sugerencia casi impuesta por Glenda. Leanna contuvo su impaciencia, su rabia y su impotencia ante la lentitud con la que se desarrollaba la búsqueda de Elliot.

—Podría sugerirte que disfrutaras del tiempo que vas a pasar aquí —le propuso Malcolm ante el evidente malestar que se reflejaba en su rostro.

—Porque no voy a volver, ¿no? —le preguntó a regañadientes sin poder evitar la ironía antes de sumirse en un incómodo silencio.

Leanna elevó los ojos al cielo cuando llegaron a la aldea a mitad de tarde.

—¿No podemos ir directamente a las aldeas del norte? —preguntó Leanna impaciente.

—Oh, pero se hará tarde. Podemos salir mañana por la mañana.

Leanna contuvo las ganas de zarandearla que era lo que realmente quería hacer y miró a Brand seria buscando su apoyo, aunque fuera en silencio. Él se limitó a mantenerle la mirada.

—No estamos de excursión, ni de vacaciones, Glenda, queremos encontrar a Elliot.

—Elliot seguirá en la aldea donde lo vi —le comentó Malcolm extrañado por el airado comentario.

—Hasta que no lo vea no lo creeré.

Brand sonrió amable a Glenda.

—Leanna está un poco nerviosa. No se lo tengas en cuenta…

—Oh, sí, ténmelo en cuenta —le interrumpió enfadada—. Y no estoy un poco nerviosa. Estoy muy nerviosa, muy impaciente y muy cansada por el tiempo que llevo aquí.

Brand la miró serio, admirando en silencio su asertividad y franqueza. Le sorprendía que fuera tan sincera y directa, defendiendo su punto de vista. Era de agradecer no tener que adivinar qué podía estar sintiendo ante un mohín o tras un ceño fruncido.

—Y no me miréis como si estuviera loca. Es mi hermano quien ha desaparecido.

—Pero no ha desaparecido —le respondió Malcolm.

—Llevo sin saber de él más de un mes.

—Tú misma has podido comprobar cómo funciona la cobertura, las distancias que hay o el estado de las carreteras —insistió Malcolm.

Mientras Glenda detenía el *jeep* frente a la casa, ignorando los deseos de Leanna, Brand los observaba en silencio. Era Malcolm quien la estaba calmando, quien la estaba apoyando. Algo en su interior le decía que debía ser él quien lo hiciera porque además quería hacerlo.

Leanna salió del *jeep* con una escueta despedida y sin mirar atrás.

—Está nerviosa —la justificó Glenda con un gesto condescendiente.

Brand negó con la cabeza.

—Tiene razón. No sabemos nada de Elliot. Tú —miró a Malcolm— has dicho que lo has

visto hace poco. Tú —miró a Glenda— has dicho lo contrario. Mañana por la mañana saldremos a buscarlo. No tenéis por qué acompañarnos si no queréis hacerlo.

Malcolm y Glenda se miraron entre sí antes de asentir. Brand les hizo un gesto con la cabeza y salió del coche.

Leanna entró en la casa, tan diferente del hotel en el que habían pasado la noche. Se apoyó en la puerta y miró a su alrededor. Otra vez ahí, sola, sin Elliot y rodeada de pobreza. Jamás volvería a quejarse de su pequeño apartamento ni de su barrio de clase obrera. Quería volver a su casa. ¿Tan difícil era de comprender?

Cuando Brand entró, la encontró tumbada en la cama en posición fetal. Se acercó a ella.

—Mañana por la mañana saldremos a buscarlo. No volveremos hasta que no revisemos todas y cada una de las aldeas del norte donde dicen que puede estar.

Leanna ahogó un suspiro asintiendo en silencio.

—Gracias. Sé que para ti esto es solo una actividad más de tu empresa, pero para mí es importante.

—Lo sé. Para mí también lo es.

Le hubiera gustado tumbarse a su espalda, abrazarla, consolarla, pero no estaba seguro de cómo iba a reaccionar. Quería darle ese calor y esa confianza en que todo saldría bien que él mismo necesitaba sentir, pero se veía incapaz de hacerlo sin implicarse emocionalmente con ella un poco más. Tenía claro que cuando todo acabara echaría de menos su presencia, su impaciencia y esa energía que parecía capaz de arrasar con todo lo que se interpusiera en su camino.

—Saldré a dar una vuelta por la aldea —le explicó buscando mantener cierta distancia con ella.

Leanna asintió mientras escuchaba sus pasos dirigiéndose a la puerta. Cuando se quedó sola, soltó el aire que había estado reteniendo sin saberlo. Podía haberla abrazado para darle consuelo. ¿Tan insensible era? ¿Tan desagradable la encontraba? No sabía qué pensar, pero realmente, pasar lo que quedaba de tarde tirada en un camastro no era buena idea. Echo de menos un libro que leer. A falta de otra actividad, decidió salir a tomar el aire.

Vio a Hilda junto a un grupo de mujeres lavaban la ropa en la zona que habían habilitado para ello. No le apetecía en absoluto ponerse a lavar a mano, pero tenía un par de piezas que necesitaban lavarse, así que decidió aprovechar la oportunidad. Cuando se acercó, por unos incómodos segundos, las mujeres se quedaron en silencio al verla aparecer, pero no tardaron en reanudar una conversación en la que ella no quiso participar. No se sentía con ánimo para nada.

Brand apareció en su campo de visión y notó cómo las mujeres lo miraban con cierta coquetería. No pudo evitar sonreír ligeramente. Había que reconocer que era atractivo, demasiado, guapo y rico. Solo por esas razones cualquier mujer querría tenerlo a su lado. Desvió la mirada ahogando una mueca resignada. Y encantador, y protector y buena persona… pero no se lo reconocería jamás.

Estaba deseando volver a la ciudad, seguir con su vida y olvidar esos días. Desde que Malcolm había aparecido se sentía más esperanzada, pese a que le daba miedo hacerse ilusiones. Ya quedaba poco. Probablemente al día siguiente encontraran a Elliot y podría regresar.

Brand llegó hasta la casa con paso firme y visiblemente enfadado. Había dado una vuelta por las obras que estaba realizando Elliot y financiando su empresa y nadie estaba trabajando en ellas. No iba a perder todo el dinero que había invertido en las mejoras solo porque algunos habitantes no les gustaran los cambios o las mejoras que estaban consiguiendo. Había tratado de

mantener una conversación calmada con Titus Darius al respecto, pero la rabia le consumía por dentro y decidió esperar a que Elliot estuviera para solucionar el problema juntos.

Vio algunas mujeres en el lavadero. No se le ocurría una manera mejor de liberarse de la rabia, en aquel entorno, que frotando su ropa. Como cuando era universitario y se quedaba sin dinero para la máquina de la colada. Volvería a esos tiempos. Quizá así se relajase un poco y como algo tenía que lavar y no se lo había dado a Hilda, aprovecharía el momento.

Cuando se acercó al lavadero, su mirada se cruzó con la de Leanna. Apenas murmuró un saludo y se colocó en el espacio libre frente a ella. Las mujeres de la tribu, una a una, murmurando excusas casi inteligibles se alejaron una tras otra ante el silencio de la pareja. Brand resopló cuando vio que se habían quedado solos.

—Si te molesto, me voy —le comentó Leanna molesta con su actitud.

—Haz lo que te dé la gana —le respondió serio sin mirarla.

Leanna levantó las cejas, incrédula. No se merecía ese tono de voz ni ese desprecio en sus palabras.

—Disculpa —resopló Brand antes de resoplar, mientras introducía las manos en el agua fría para lavar su ropa—. Este agua está helada…

—Enseguida te acostumbras —le interrumpió Leanna.

—¿Es que no ven que solo hemos venido a ayudarles? ¿A mejorar su calidad de vida? ¿A dar un futuro o una esperanza a sus niños?

Leanna lo miró extrañada.

—No a todo el mundo le gustan los cambios.

—El cambio es lo único constante en el mundo.

Leanna miró a su alrededor.

—¿Cuántos años lleva esta gente viviendo así? Probablemente, toda la vida. No conocen otra manera de hacerlo.

—Pero hay otras maneras mejores de vivir.

—¿Qué entiendes por mejor? —le preguntó Leanna.

Brand la miró con impaciencia antes de empezar a frotar la ropa.

—¿De parte de quién estás?

—De parte del progreso, desde luego, pero vosotros debéis tener en cuenta que los cambios son incómodos, que si les dais alas a los niños pueden volar y a sus padres quizá no les guste.

—¿Hablas de ti o de mí? Los profesores es lo que hacéis, o bueno, algunos de vosotros.

Leanna lo miró halagada. Le gustaba mucho su trabajo y a veces soñaba con que realmente era eso lo que hacía: darles alas a los niños…. Aunque ellos no fueran capaces de verlo. Quizá hacían lo mismo. Quizá él también fuera un soñador….

—¿Te has planteado otra manera de hacer las cosas? —le preguntó Leanna con curiosidad —. Dudo mucho que si la gente supiera que otro mundo mejor es posible quisieran mantenerse así… Pero lo de mejor es relativo. Mejor para los niños. Peor para quien quiere someterlos en su beneficio propio, ¿no?

Brand la miró pensativo. ¿Quién se beneficiaba de que las cosas no cambiaran? ¿Quién tenía unos intereses egoístas para mantener todo como estaba? Quizá allí estuvieran las respuestas a sus preguntas.

Brand frotó su ropa contra la piedra destinada para eso. Tenía ganas de volver a casa. Se sentía incómodo, molesto y con la impresión de que estaba perdiendo el tiempo aunque sabía que

sus negocios podían seguir adelante sin él.

Leanna lo observaba en silencio. Se veía como ella, fuera de lugar, pero parecía mucho más comedido y tranquilo. Juraría que incluso a veces había disfrutado de alguna situación. Aun vestido con esas ropas que distaban tanto de sus trajes confeccionados a medida se le veía cómodo hablando con unos y otros.

Brand dejó lo que estaba haciendo con una mueca. Frotar ropa no era lo suyo. Esa especie de lavado tendría que bastarle a ese par de camisetas y a su ropa interior. Esperaba encontrar pronto a Elliot y poder largarse de allí. Escurrió su ropa como pudo, la tendió en el lugar destinado para ello y en silencio se alejó de allí.

Leanna le siguió con la mirada. En esos momentos le parecía humano y menos perfecto. Terminó de lavar su ropa, la escurrió y la tendió junto a la de él.

Cuando entró en la casa, Brand estaba tumbado sobre la cama con los brazos cruzados bajo su cabeza. Casi ocupaba todo el camastro. Ella cogió una de sus camisetas limpias sin pedirle permiso y se la puso a modo de camisón. Se tumbó a su lado en silencio dándole la espalda.

—Ya queda poco —le aseguró él fijándose en su revuelta melena.

—Eso espero.



A la mañana siguiente, Leanna se despertó, como siempre, entre los brazos de Brand. Sintió el confortable calor a su espalda y se giró aún somnolienta para mirarle a la cara. Quizá ese día encontraran a Elliot y todo acabara: la pesadilla por no encontrarlo y la aventura de conocer a Brand y convivir con él. No iba a negárselo. Por lo menos, no a ella misma. Le gustaba ese hombre. Aprovechando que tenía un sueño tan pesado le besó los labios. Solo sería un momento, un simple gesto de buenos días.

Él se dejó besar hasta que todos sus sentidos se activaron, se inflamaron y se encendieron con la mujer que tenía entre sus brazos. Entonces, invadió su boca con su lengua, dispuesto a llegar hasta donde ella quisiera.

Leanna se retiró asustada ante el fuego que pareció encenderse en un momento. Su corazón latía desbocado, su respiración entrecortada, su pulso acelerado. El rubor tiñó sus mejillas.

—¿Estás despierto?

—¿Qué esperas si me besas?

—¿Que qué espero? Que sigas dormido.

—Pero ¿no me estabas besando?

—Sí, pero creía que estabas dormido.

Brand la miró confundido. ¿Acaso le había besado antes? ¿Sería real la sensación de que no era la primera vez que eso había ocurrido?

—Es peligroso ir besando a hombres con los que compartes la cama. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo no voy besando… No comparto la cama… No hago esas cosas.

Brand la miró con media sonrisa irónica.

—Yo juraría que era lo que estabas haciendo.

Ella, con una mirada altiva se dio media vuelta dándole la espalda y se acurrucó entre las sábanas. No iba a reconocer que lo había hecho antes o que le había gustado el beso que le había robado el aire y había estremecido cada poro de su piel.

Brand ahogó un suspiró sustituyéndolo por una sonrisa arrogante. Él también tenía ganas de besarla y ese atrevimiento por su parte podría considerarlo como una invitación, que, en algún momento, probaría a explorar.

—Habrá que levantarse —sugirió dándole un beso rápido en el hombro antes de salir de la cama.

Leanna lo miró conmovida. Le había gustado el sencillo gesto. Se sentía reconfortada. Brand se vistió con rapidez ante su atenta mirada, antes de girarse hacia ella.

—Si no te levantas de la cama, pensaré que es una invitación a que la comparta contigo y no como lo hemos estado haciendo hasta ahora.

Leanna dudó por milésimas de segundo, antes de levantarse. No estaba segura de que fuera buena idea… Brand se acercó a ella y le robó un beso sin darle tiempo a reaccionar. Ella parpadeó sorprendida.

—Esto no va a quedarse así —le aseguró con los ojos brillantes.

Leanna le mantuvo la mirada sin saber qué responder. El sonido de un vehículo deteniéndose junto a la puerta rompió el silencio entre ellos.

—Tu amiga.

—O tu amigo.

Brand sonrió ligeramente.

—Vayamos a buscar a Elliot.

—Sí, por favor —le respondió tratando de trenzarse el cabello mientras pasaba por su lado para ir a las letrinas.



Leanna negó con la cabeza, aturdida, mientras volvían al *jeep*. Otra vez sus ilusiones habían vuelto a hacerse pedazos y pese a que se negaba a darle la mano a la desesperación, la frustración estaba ganando la batalla.

—No puede ser —murmuró una y otra vez, sintiéndose impotente.

Brand se colocó a su lado, sin tocarla. No sabía cómo reaccionaría y él estaba a punto de sentirse igual.

—Tranquila, vamos a…

—¿Tranquila? ¿Tranquila? No me digas que me tranquilice. Estoy hasta las narices de tus

gestos comedidos y tus buenas palabras —le enfrentó—. No pienso marcharme de aquí hasta que Elliot aparezca.

—Iba a decirte que vamos a seguir buscándolo —le respondió serio.

Él también estaba cansado de esa búsqueda infructuosa. Miró a Glenda y a Malcolm esperando que le dijeran por dónde seguir. Malcolm asintió. Glenda negó con la cabeza.

—Me extrañaría mucho que Elliot se hubiera marchado tan lejos sin avisar a nadie —le confesó Glenda.

Malcolm se encogió de hombros.

—En estas aldeas siempre hay cosas que hacer.

—Pero están muy lejos de Nsenda Ele —apuntó Glenda.

Brand miró a Malcolm.

—Sigamos.

Los cuatro volvieron al *jeep*.

Después de visitar dos aldeas más, Leanna estaba a punto de llorar. Como le habían dicho, cada vez eran lugares más pobres. La última apenas tenía algunas cabañas cochambrosas… y sin embargo sus habitantes estaban tan tranquilos. Los miraban con curiosidad. Algún pequeño se acercó a ellos. Otros parecieron alejarse. Miró a Brand.

—¿De verdad crees que puedes cambiarle la vida a esta gente? ¿Te lo han pedido ellos? ¿No podrías con tu ONG ayudar a gente que… que…? No sé… Crea en la ciudad un programa de becas para ayudas en investigación del cáncer o de enfermedades raras… ¿No sería más sencillo?

—Esta gente también se merece una oportunidad para mejorar su vida.

—Míralos, no necesitan tus Rolex, ni tus trajes caros… dudo que los quieran.

Brand la miró impaciente.

—De esto hasta los Rolex y mis trajes caros hay una gran distancia, pero el mundo avanza y no tenemos por qué dejar atrás a nadie.

—¿Les vas a proveer de internet cuando no tienen ni cuarto de baño?

—Claro que no…

—No hay cobertura en el móvil.

Brand la miró elevando las cejas.

—Claro, no tienen ni cuarto de baño. ¿No sería absurdo que llegara hasta aquí la cobertura para móviles que ni tienen?

Leanna lo miró enfadada.

—Si Elliot estuviera aquí…

—Eh, habéis tardado en venir a buscarme.

Brand y Leanna se giraron con el corazón acelerado al escuchar la voz que les resultaba tan familiar. Un joven desarrapado, con barba descuidada y cojeando, pese a una improvisada muleta, les sonreía satisfecho mientras se acercaba rodeado de chiquillos.

Los ojos de Leanna se llenaron de lágrimas cuando corrió hacia su hermano. El alivio, la alegría, la calma y los nervios acumulados la impulsaron a abrazarlo con toda su alma. Brand también se acercó y sujetó el peso del hombre que abrazaba a la joven.

Glenda y Malcolm se acercaron a ellos, sonrientes.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Malcolm con tranquilidad mientras Elliot sonreía a su hermana con inmenso cariño.

—¿Sabes lo que me has hecho pasar? —le preguntó Leanna con las lágrimas resbalando

por sus mejillas.

—Lo siento —miró a Brand con los labios apretados—. Gracias por acompañarla. Temía que fuera capaz de venir sola.

—¿Cómo te crees que he venido?

Elliot la miró alarmado antes de mirar a Brand.

—Nos encontramos en el avión. Estamos juntos desde entonces.

—No estamos juntos —le respondió Leanna, ligeramente ruborizada—. Solo coincidimos en el avión y como veníamos al mismo sitio… Vinimos juntos, sí, pero no estamos juntos.

Elliot sonrió mirando a Brand que fingió ignorarla.

—¿Estás bien para viajar? —le preguntó Brand—. Deberíamos llevarte a un hospital. ¿Qué ha ocurrido?

—Un pequeño accidente. También se rompió el móvil y no pude comprar otro.

—¿Pero va todo bien? —le preguntó Brand extrañado.

Elliot contuvo el aire antes de soltarlo.

—Las cosas estaban un poco revueltas… Hubo muchos destrozos con la última tormenta en las aldeas del norte, incluso una bomba de agua —sonrió a Glenda—… y decidí quedarme allí unos días, pero…

Leanna miró a Glenda extrañada por la complicidad en el cruce de miradas.

—Pero ¿qué? —le apremió Leanna—. Nadie sabía dónde estabas. La gente de tu aldea piensa que te ha pasado algo.

—Bueno, no es momento para hablar —les interrumpió Brand—. Volveremos a la aldea, recogemos nuestras cosas y te llevamos al hospital de Lusaka.

—Y luego te vienes a casa conmigo.

—Leanna… este es mi sitio.

Leanna lo miró descorazonada.

—¿Cómo puedes decir eso? Mírate.

—Solo es el tobillo —miró a Glenda con una media sonrisa—. Aquí estoy bien.

Leanna, extrañada, volvió a mirar a Glenda y a su hermano. ¿Había algo entre ellos?

—Vámonos —insistió Brand sirviéndole de muleta a Elliot—. Ya tendremos tiempo de hablar…

—Tú, ¿qué quieres? —le increpó Leanna—. ¿Que siga aquí con tu ONG y que haga el trabajo sucio mientras tú estás sentado en la mesa del despacho?

—Leanna… —le advirtió Elliot.

—No te preocupes… ya me he acostumbrado a todas sus acusaciones.

—No tengo razón, ¿o qué?

—Lo cierto es que no —le respondió Brand mientras llegaban hasta el *jeep*—. Pero lo sabes tan bien como yo así que de nada sirve discutir contigo.

Leanna lo miró seria mientras Malcolm le abría la puerta para que entrara en la parte trasera. Entró a regañadientes. No comprendía la terquedad de su hermano, empeñado en quedarse allí. En el camino hacia la aldea escribió un mensaje a Emme y Astrid para avisarles de que lo habían encontrado. Aunque no tuviera cobertura les llegaría en cuanto la hubiera.

—Deberías parar aquí un momento —le pidió Elliot a Malcolm, que iba conduciendo, antes de llegar a la aldea.

Malcolm se hizo a un lado en la angosta carretera.

—¿Necesitas algo?

—Sí, bajar… Eh… ¿Podrías llevar a Brand y a mi hermana a por su *jeep*? Después me iré con ellos a Lusaka.

—¿Por qué vas a hacer eso? —le preguntó Leanna—. En la aldea no saben nada de ti. Están preocupados...

Elliot miró a Brand a través del espejo retrovisor. Leanna se dio cuenta.

—¿Está ocurriendo algo que no sepa?

—Yo puedo quedarme contigo —se ofreció Glenda saliendo del *jeep* y ayudando a Elliot a salir.

Leanna los miró confundida. No quería separarse de su hermano, pero Brand le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Vamos a por el *jeep*. Si me ven solo les extrañará. Malcolm, llévanos por favor.

—No quiero dejar a Elliot…

—Vamos a volver ahora mismo.

Leanna lo miró seria mientras se alejaban de Elliot y Glenda. Se sentía intranquila y nerviosa pese a sentir el cálido contacto de la mano de Brand.

—¿Está pasando algo que no me habéis contado?

Brand se limitó a mirar por la ventana en cuanto volvió al *jeep*. Malcolm cruzó su mirada con la de ella.

—No a todo el mundo le gustan los cambios que se están haciendo en las aldeas.

—No es la primera vez que oigo eso… ¿Me estáis queriendo decir que pese a que a la gente le molesta seguís empeñados en quedaros?

—Tenemos acuerdos gubernamentales que nos apoyan. Lo que ocurre es que a veces las cosas se ponen un poco difíciles.

Leanna lo miró seria.

—¿Cómo de difíciles?

Ninguno de los dos quiso contestarla.

—¿Es por eso por lo que mi hermano se fue a las aldeas del norte porque en Nsenda Ele tenía problemas?

Los dos hombres cruzaron sus miradas antes de mirarla a ella por el espejo retrovisor.

—Podría ser —le respondió Malcolm—. Pero es algo puntual… Antes de querer cambiar el sistema del agua no habíamos tenido problemas.

—¿Tú o tu ONG también habéis tenido problemas?

—No es mi caso. La ONG para la que trabajo se dedica a infraestructuras básicas, edificios, pabellones, escuelas… Eso, en principio, no molesta.

Leanna miró a Brand, preocupada.

—¿Tú sabías que había problemas?

—No.

—¿Seguro?

Brand se giró para mirarla a la cara.

—Elliot nos contará todo lo que haya pasado cuando vayamos a Lusaka. Según lo que me diga iré a hablar con la embajada.

—Los viste en la fiesta la otra noche. ¿Ellos saben lo que está pasando?

—Sé lo mismo que tú. Hasta que no hablemos con Elliot no podremos aclarar nada.

Se mantuvieron en silencio hasta que llegaron frente a la casa. Malcolm detuvo el coche y antes de que pudiera salir para abrirle la puerta a Leanna, ella ya había salido, enfadada, y

entrado en la casa cerrando con un portazo.

En el interior, con un tenso silencio, Leanna empezó a recoger sus escasas pertenencias esparcidas por todo el espacio y a meterlas en su mochila. También recogió algo de ropa para su hermano. Estaría unos días fuera, eso si no lograba convencerle de que regresara a casa con ella.

Brand entró seguido de Malcolm.

—Avisaré de que nos vamos a Lusaka —le indicó Brand antes de empezar a recoger sus cosas.

—No les dirás que Elliot ha aparecido, ¿no?

Brand negó con la cabeza.

—No hasta que se aclaren las cosas.

Leanna lo siguió con la mirada y miró a Malcolm que se había apoyado en la pared.

—Tú eres profesora. Leanna. Si lo eres por vocación nos tienes que entender —le explicó con calma.

Leanna le mantuvo la mirada seria.

—En este momento no quiero razonar —le respondió antes de cambiar de opinión—. ¿Preguntas por mi vocación? Yo no me juego la vida en este lugar inhóspito. Yo no trato de cambiar el mundo…

—Pero lo haces. Eres una maestra, lo que tú digas a tus alumnos les impactará de una manera u otra.

—No es lo mismo.

—No lo dudes. Esto es otra manera de hacer las cosas.

—Pero si la gente no quiere cambiar de costumbres, ¿por qué os empeñáis en que lo hagan?

—Porque no saben que las cosas pueden ser diferentes.

—Diferentes no siempre significa mejor.

Malcolm se encogió de hombros.

—No queremos imponer nuestras ideas. Se trata de ayudar a que el mundo sea un lugar un poco más… agradable, habitable, próspero...

—¿El mundo? El mundo es muy grande. Podríais haberos quedado en casa y ayudar a los que tenéis al lado, seguro que hay mucha gente que necesita vuestra ayuda.

—Pero ya hay gente que se queda y ayuda a los que tiene cerca. A otros nos gusta más ayudar de otra manera. ¿No te gusta ayudar, Leanna?

—No. Eso os lo dejo a gente como vosotros.

—¿Seguro?

—Está bien —refunfuñó—, pero ayudo a quien me lo pide. No impongo mi ayuda a nadie.

—Nosotros tampoco imponemos… más o menos… Y cuando ayudas, ¿cómo te sientes?

—Supongo que bien.

—Por eso seguimos aquí, porque nos sentimos bien.

Leanna evitó perderse en el brillo de sus ojos y en su bonita sonrisa. Ese hombre realmente disfrutaba allí… igual que Elliot. No lograba comprenderlos del todo.

—¿Compensa?

—¿El qué?

—Las incomodidades, el estar lejos de la familia…

—Aquí encuentras otra familia y las incomodidades son aquello que quieres mejorar.

Leanna suspiró. Sus palabras sonaban sinceras. Escucharon unos golpecitos en la puerta. ¿Por qué llamaba Brand? ¿Acaso no podía abrir por él mismo?

Se acercó a abrir y vio a Hilda acompañada por algunas mujeres de la aldea.

—¿Ya se van?

Parecía que se había corrido la voz. Leanna asintió. Se hubiera sentido más cómoda explicándole que Elliot había aparecido. Siempre le había dado la impresión de que apreciaba a su hermano o incluso que se preocupaba por ella desde que había llegado. No sabía qué excusa podría darle para justificar que se iba sin, supuestamente, haberlo encontrado.

Cuando Brand apareció para recoger su equipaje, vio a un grupo de mujeres frente a la puerta. Él se había despedido de Titus Darius y los demás hombres, y le había dado la impresión de que se habían sentido aliviados por su marcha. Estaba deseando confirmar sus sospechas con Elliot.

—Tengan cuidado —le susurró Hilda a Leanna antes de desaparecer con el resto de las mujeres.

Leanna asintió agradecida. Seguro que esa mujer tan protectora y amable se preocupaba por Elliot y velaba por él.

Brand echó un último vistazo a su alrededor. No sabía cuándo regresaría.

Subieron en su *jeep* y, siguiendo a Malcolm, llegaron hasta Glenda y Elliot que estaban sentados en la orilla del camino. Leanna corrió a abrazar a su hermano. No quería separarse de él.

—Creo que os acompañaré —les comunicó Glenda.

Leanna la miró extrañada y molesta a la vez. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Pretendía seguir coqueteando con Brand?

—¿Necesitas que pasemos por tu casa a coger algo? —le preguntó Brand, complaciente.

—No, no, lo que necesite lo compraré en Lusaka.

Leanna la miró seria. ¿No necesitaba llevar ni el neceser ni un recambio de ropa? ¿Pretendería pedírselo a ella? Desvió la mirada. ¿Compartirían habitación? Sería absurdo que durmieran todos en habitaciones individuales.

—Avísame si necesitas que vaya a buscarte —le pidió Malcolm con el móvil en la mano antes de alejarse de ellos.

Glenda asintió abriendo la puerta delantera del *jeep* para que Elliot se acomodara. A Leanna le molestó que se mostrara tan atenta con él. Era su hermano.

Leanna y Glenda fueron en la parte trasera del vehículo sin decir una palabra mientras Elliot y Brand empezaban a hablar de las mejoras que estaban consiguiendo en la aldea con varios silencios intercalados por parte de Elliot y respetados por Brand.

Después de varias horas de viaje llegan al hospital de Lusaka, donde atendieron a Elliot inmediatamente después de rellenar infinidad de documentos.

—Voy a por un café, ¿alguien quiere algo? —les preguntó Leanna a Brand y Glenda un poco después.

Ambos negaron con un gesto de cabeza. Leanna se alejó de ellos con cierta desconfianza. No le gustaba que Brand se quedara a solas con Glenda. Tenía la impresión de que pretendía de él algo más que su simple compañía. ¿Quizá buscaba algún tipo de financiación? ¿O era un interés más personal? Brand resultaba bastante atractivo y cualquier mujer era capaz de verlo.

Leanna llegó hasta el final del pasillo donde había unas máquinas expendedoras. Las miró con cierta desconfianza respecto al sabor o al lugar de origen del agua con el que se habrían

preparado. Quizá sería mejor un refresco enlatado. Metió una moneda y cogió el refresco. Cuando levantó la cabeza vio a Brand a su lado.

—Creo que me apetece un refresco.

Leanna asintió y como aún llevaba las monedas en la mano, metió una en la ranura.

—Bueno, esto ya se ha acabado —comentó Brand decidiendo cuál elegir.

—Tendrás ganas de volver a casa.

Brand apretó un botón antes de mirarla. Estaba preciosa, con el cabello revuelto, sus ojos brillantes y su boca entreabierta. Si no lo hacía se arrepentiría siempre y su corazón, por fin, despierto, parecía pedírselo a gritos.

—No. De lo que tengo ganas es de esto.

Rodeó su cintura con sus brazos y la besó en la boca, hambriento. Leanna le pasó los brazos por el cuello. ¡¡Sí!! Ella también tenía ganas de lo mismo. Ya estaba tranquila, relajada, aliviada. Por fin todo había terminado y se merecía celebrarlo. Sus cuerpos encajaron a la perfección. El beso fue compartido, salvaje, voraz. Las emociones se dispararon. Sus corazones latieron desbocados al mismo ritmo.

Alguien carraspeó a su espalda.

—¡Elliot! No es lo que parece

Elliot sonrió burlón desde una silla de ruedas con el tobillo enyesado.

—Yo creo que sí.

Leanna miró a Brand esperando que se lo explicara.

—Sí, es lo que parece —se encogió de hombros.

—¡Brand! —exclamó Leanna sorprendida—. Tú y yo no… no estamos juntos.

Brand le sonrió.

—Ya hablaremos de eso. Vamos al hotel a darnos una ducha y a comer algo.

Cogió la lata de la máquina y se la tendió a Elliot.

—¿Quieres?

—Gracias. Creo que tengo más sed que tú.

Brand le sonrió divertido mientras Leanna, ruborizada, les seguía con el corazón palpitando acelerado todavía.

Llegaron al hotel agotados. Leanna se fijó en el aspecto cansado y descuidado que llevaban todos. Cuando Brand pidió la llave de su habitación y la de otra más, Leanna se situó junto a Glenda. Brand se percató del gesto, pero se mantuvo en silencio. No iba a dormir sin ella, y mucho menos después del beso al que había correspondido con la misma intensidad. Subieron al ascensor y al llegar a la planta donde estaban sus habitaciones, le dio una de las llaves a Elliot.

—¿Nos vemos en una hora? Habrá que comer algo.

Elliot se encogió de hombros con una media sonrisa. Leanna se sorprendió al ver que su hermano aceptaba despreocupado la llave. ¿Acaso pretendía compartir la habitación con Glenda? Eso significaba que Brand y ella… lo miró alarmada. ¿Iban a compartir habitación después de haberse besado como lo habían hecho? Cientos de mariposas revolotearon en su estómago, estremeciéndola ante la posibilidad que se presentaba ante ella.

Brand se fijó en su mirada de ojos brillantes. ¿Qué estaba pensando? No tendría dudas después de todo lo vivido, o ¿sí? La cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los de ella. Leanna titubeó por unos segundos mientras Elliot y Glenda se dirigían a su propia habitación.

—Mi hermano…

—Tu hermano tiene las mismas ganas de estar con Glenda que yo contigo.

¿Su hermano y Glenda? Pero si Glenda… No le importaba mucho en ese momento que Brand tiraba de su mano y buscaba su contacto.

—Pero mi hermano… —insistió ruborizada.

—Tu hermano intuirá lo que va a pasar entre nosotros porque es lo mismo que va a hacer él en cuanto se cierre su puerta.

—Pero…

—¿Algún problema? En el hospital no me pareció que lo tuvieras.

La miró de reojo. Esperaba que no se echara atrás, que no le rechazara. Su cuerpo y, quizá, su corazón habían sido muy claros al respecto de sus sentimientos cuando la había rodeado con sus brazos y la había besado. Leanna le mantuvo la mirada.

—No me gusta que mi hermano sepa que…

—¿Qué vas a acostarte conmigo? Dormimos juntos desde que llegamos. Supongo que lo dará por hecho.

—Pero no es cierto.

—Hasta hoy —susurró abriendo la puerta con una media sonrisa.

Leanna entró con la respiración ya entrecortada y el corazón palpitando. Brand cerró la puerta a su espalda.

—Necesito una ducha antes de…

—Bien —aceptó Brand invadiendo su espacio.

Se abalanzó sobre ella y le devoró la boca mientras la empujaba con su cuerpo hasta el cuarto de baño. Encendió la luz sin dejar de besarla. Abrió el grifo de la ducha sin soltarla y empezó a desnudarla con su ayuda sin separarse de ella.

El agua resbaló sobre ellos llevándose el polvo, el cansancio y cualquier resto de pudor que pudieran tener. Se enjabonaron el uno al otro con dolorosa lentitud, preparándose para el intimo momento que iban a compartir.

Brand contenía sus ganas de entrar en ella. Pasar las manos por el cuerpo de Leanna era como acariciar una diosa perfecta para él. Ella estaba más que dispuesta a entregársele en cuerpo y alma. Vulnerable, ardiente, confiada. No recordaba haber experimentado nada igual.

Leanna se sentía insegura, temblorosa pero ávida de deseo. Dejó que el agua se llevara sus reticencias y su desconfianza. No sabía a dónde le llevaría lo que estaba a punto de ocurrir entre ellos, pero no era el momento de pensar. Solo quería dejarse llevar.

Brand salió de la ducha con ella. No estaba seguro de que pudiera esperar a llegar a la cama de tanto como la deseaba. La cogió en brazos, excitado, sin dejar de besarla. Ella le rodeó la cadera con sus piernas, sus hombros con sus brazos. Sintiendo todo su cuerpo en llamas, la apoyó en el lavabo y sin dejar de besarla entró en ella sin contemplaciones. Leanna jadeó al sentirlo dentro. Le clavó las uñas en la espalda. Quería ser una con él. Fundirse entre sus brazos, sentirlo más y más adentro.

Por un momento, Brand se detuvo consciente de lo que iba a ocurrir. Leanna lo miró aturdida, embebida de tanto placer, con todo el cuerpo a flor de piel.

—No llevo protección.

Leanna asintió aliviada y enternecida por la vulnerabilidad que reflejaba su mirada en ese momento. Los ojos de Brand brillaban de deseo, su ceño fruncido reflejaba el esfuerzo por el deseo contenido, gotas de agua resbalaban por su rostro.

—Estoy tomando la píldora.

Brand la miró contrariado. No le había dado la impresión de que fuera una mujer propensa

a mantener relaciones esporádicas… Dejó de pensar. Todo su ser pareció recobrar el deseo y la necesidad que tenía de ella.

Leanna gimió, jadeó, casi suplicó que él le recordara lo que era sentirse viva, encendida, palpitante. El fuego les abrasó y la pasión estalló entre ellos avivando las llamas que ya había.

Instantes después, en silencio, sus cuerpos se relajaron, los latidos de su corazón se acompasaron y entre besos suaves y lentas caricias volvieron a la ducha, esta vez sin prisa.



—¿Te vendrás a casa conmigo? —le preguntó Leanna a Elliot sin rodeos, mientras ojeaban en el menú de la cafetería lo que podían pedir para comer a esas horas.

Elliot le sonrió relajado.

—Pensaba ir en Navidad.

—Aún queda mucho para entonces —le reprendió con la mirada—. Necesitas reponerte.

—Solo es un tobillo.

—Quizá no es mala idea que te vayas unos días —le animó Glenda—. Tu hermana ha venido de muy lejos y te vendrá bien recuperarte.

—No voy a dejar esto como si nada. No es el momento.

—Quizá deberías hasta que se calmen las cosas —insistió Glenda.

Elliot negó con la cabeza antes de mirar a Brand.

—No creo que sea lo mejor.

—¿Qué cosas deben calmarse? —pregunto Leanna, expectante.

—Nada, Leanna. No te preocupes. Seguiré con mis planes. Volveré en Navidad, pero te prometo que me compraré un móvil ya mismo y estaré más en contacto contigo.

—¿Ocurre algo que no sepa? —lo miró seria antes de mirar a Brand.

—Quizá deberíamos hablar con la embajada —le propuso Elliot.

Brand asintió.

—Ahora que estás tú deberíamos hacerlo.

—Opino como Leanna —insistió Glenda—. Quizá deberías irte una temporada.

Elliot la miró con una sonrisa, cogiéndole la mano.

—No es el momento más adecuado.

Leanna miró a ambos, intranquila.

—¿No puedes despedirlo? —le preguntó a Brand, impaciente.

—¿Cómo?

—Lo tienes contratado para tu ONG. Despídelo por… haber desaparecido sin avisar.

—Leanna… —comenzó a decirle Brand.

—¿No puedes entender el miedo que he pasado sin saber de ti? —acusó a Elliot—. ¿Por qué no ayudas en lo que sea en la ciudad? —Recordó las palabras de Malcolm.

Elliot sonrió con paciencia.

—Eso ya lo haces tú.

—No. Sabes que yo no hago nada de eso. Solo soy profesora de literatura… y estoy deseando volver a casa.

—Había olvidado que no te gustan las aventuras —sonrió Elliot.

—No, para eso están los libros —le respondió con una mueca.

—De todas maneras, deberíamos hablar de lo ocurrido —le comentó Brand ligeramente preocupado.

—Mañana por la mañana, después de desayunar —aceptó Elliot—. Creo que necesito descansar.

Leanna los miró intrigada.

—¿Y yo podré estar en esa conversación?

—No tienes por qué —le respondió Elliot—. Es trabajo. Yo no participo en tus reuniones del claustro de profesores.

—Porque no se me han llevado a kilómetros de distancia, no he permanecido desaparecida durante un montón de días, ni me he roto un tobillo.

—Eres una exagerada.

Leanna lo miró con las cejas levantadas.

—De acuerdo, pero de verdad que son negocios.

Leanna miró a Glenda.

—Si Glenda está yo también.

—Yo sé de lo que van a hablar —se defendió ella.

—Tú no estás en su negocio.

Glenda le mantuvo la mirada desafiante antes de mirar a Elliot.

—Supongo que tiene razón —aceptó Elliot.

Glenda apretó los labios mirando airada a Leanna.

—Elliot, sabes que podría ayudar. Llevo aquí más tiempo que tú.

—Cuando nos reunamos con la embajada te avisaremos, pero antes debemos hablar entre nosotros para establecer los siguientes puntos de actuación. No podemos presentarnos sin nada preparado.

—¿Y cuándo hablareis? —les preguntó seria.

—Quizá mañana.

Un camarero apareció para tomarles nota. Cenaron con calma. Brand y Elliot evitaron hablar de lo sucedido y de posibles planes futuros, pero parecía que un tenso silencio les rodeaba.

Antes de subir a las habitaciones, Glenda se excusó un momento por recibir una llamada y Brand se acercó a hablar con la encargada de la recepción.

Elliot se quedó un momento a solas con Leanna. La miraba con cariño y admiración.

—Quién te iba a decir que dejarías las cuatro paredes de tu aula para venir hasta aquí.

—Me diste un susto de muerte —le acusó mientras él le sonreía amistoso—. ¿Por qué no vuelves durante un tiempo y descansas en casa?

—Aquí tengo mi vida —le sonrió Elliot encogiéndose de hombros.

Leanna hizo una mueca.

—Puedes hacerte una vida nueva en la ciudad. Nunca es tarde… ¿Estás con Glenda?

—Y tú con Brand.

—No lo afirmo. Te lo pregunto.

—Sí… Llevo un tiempo. Todos los cooperantes nos llevamos bien entre nosotros. Somos

como una familia.

Leanna suspiró triste.

—No te sientas mal. Siempre serás mi hermana. Tú también tienes la vida hecha en la ciudad. ¿Qué tal Emme y Astrid?

—Bien… Supongo que ellas son mi familia, ahora.

—¿Y Brand?

—No hay nada.

—¿Seguro? Yo creo que sí.

—No. No sé. Esto han sido las circunstancias.

—¿A ti desde cuándo te afectan las circunstancias?

—No hay nada entre nosotros, de verdad.

Elliot la miró con una sonrisa burlona.

—Tengo ojos. Veo cómo le miras y cómo te mira él. Eres mi hermana pequeña. Brand me gusta para ti.

—No tenemos nada en común.

—A Brand le gusta leer. No tiene mucho tiempo, pero pregúntale por Charles Dickens. Le encanta. Podría estar hablando horas de él.

A Leanna le sorprendió gratamente saberlo. Lo miró de reojo. Realmente apenas lo conocía y sin embargo sentía que se había adueñado de su corazón y hasta de su alma. No quería reconocerlo, pero se había enamorado como nunca había hecho. No quería sufrir si seguía alimentando esos sentimientos así que lo mejor era empezar a mantener las distancias con él.

—Creo que esto ha sido puntual. Cuando volvamos a la normalidad no creo que volvamos a vernos. Nuestros horarios no parecen muy compatibles.

—Bueno, no trabajas todo el día.

—Creo que él, sí.

—Pero las cosas pueden cambiar.

Leanna se encogió de hombros. No se imaginaba una vida diferente a la que estaba llevando. Ni siquiera sabía si le gustaría. Brand se acercó hasta ellos y pasó ligeramente la mano por la cintura de Leanna. Ella sintió que el mundo podía abrirse a sus pies, su cuerpo se estremeció y su corazón ahogó un suspiro. Lo miró de reojo. Elliot pensaba que hacían buena pareja. No quiso pensar en esa posibilidad. Aprovecharía la oportunidad mientras siguieran allí. Después, se alejaría de él.



Cuando Brand y Elliot se encontraron en la recepción del hotel antes de desayunar, el empleado les avisó de que había un chófer de la embajada esperándoles. Ambos se miraron extrañados.

—Necesito un café —comentó Brand confundido.

—No nos da tiempo a desayunar —le contrarió Elliot—. No debemos hacerles esperar.

No sabemos qué quieren.

—Pero necesito un café… ¿Cómo se han enterado de que estamos aquí?

Elliot se encogió de hombros.

Leanna salió del ascensor, completamente relajada y radiante. Se había retrasado un poco más de lo que esperaba en la ducha después de una apasionada e increíble noche entre los brazos de Brand.

—¿Ocurre algo? —preguntó al ver las expresiones tan serias.

—Nos ha venido a buscar la embajada —le explicó Elliot.

—¿Habíais quedado con ellos?

—No.

—Y ¿cómo saben que estabais aquí?

—¿Por quién han preguntado? —preguntó Brand al joven empleado.

—Por los señores Miller y Clancy.

—¿También sabían que estabas tú aquí? —miró a su hermano—. ¿Cómo se han enterado?

Brand apretó los labios. Otra vez la sensación de que los vigilaban o de que alguien no quería que estuvieran allí.

—Tomaré un café…

—Señores, me envían a buscarlos —les dijo un hombre vestido de uniforme oscuro.

Brand lo miró impasible.

—No he tomado café.

—Podrá tomarlo en la embajada. Les están esperando.

Brand miró serio a Leanna y a Glenda que parecían tan sorprendida como ellos conforme se acercaba a la recepción.

—No parece que haya opción de hacerlos esperar —le dijo Elliot con fingida indiferencia.

Brand lo miró serio. Sin café y con el estómago vacío. No conocía peor combinación que esa para su actitud. Además, no había compartido impresiones con Elliot sobre lo que realmente estaba pasando o sus sospechas de que alguien no quería que estuvieran allí.

—Bien. Ya volveremos —les dijo Brand malhumorado.

Leanna los vio irse con el hombre que los había ido a buscar. Miró a Glenda. No le apetecía pasar tiempo con ella, aunque teniendo una relación con su hermano, quizá debería intentar llevarse bien. Fingió una sonrisa pensando qué decirle.

—Bueno…

—Me voy —le interrumpió Glenda a su vez.

—¿Cómo?

—Voy a dar un paseo por Lusaka. No suelo venir así que aprovecharé para hacer algunas compras.

Leanna la miró sorprendida. ¿No podía decirle que fueran juntas?

—Ah, bien… Supongo que nos veremos a la hora de comer.

—Sí, claro.

Leanna vio salir a Glenda por la puerta con decisión. Se dirigió a la cafetería. Desayunaría, aunque fuera sola. No quiso llamar a Emme y a Astrid por la diferencia horaria. Empezó a pensar en cómo emplearía la mañana. Optó por ir a comprar uno de los libros que había visto en un stand junto a la recepción del hotel y pasar el tiempo leyendo. No sabía cuánto tardarían Brand y Elliot en volver. No se quedaría allí mucho más tiempo. Elliot había aparecido y no estaba dispuesto a acompañarla. No había mucho más que hablar. Además, el curso escolar

no tardaría en comenzar y le gustaba preparar los primeros días con tiempo.

Una hora más tarde, Leanna empezó a impacientarse. ¿Cuánto podía durar una reunión en la embajada? Decidió salir a conocer Lusaka. No solía viajar mucho, así que seguro que el lugar le resultaría interesante y podría comprar los recuerdos para Emme y Astrid.

En la recepción le sugirieron que visitara el dinámico y turístico mercado de Lusaka, que no estaba muy alejado del hotel. Con su mochila al hombro y siguiendo las detalladas directrices que le habían dado llegó hasta una zona vibrante y colmada de diferentes puestos de artesanía, coloridas telas, y comida local.

Era un cúmulo de sensaciones que despertaron todos sus sentidos. Empezó a curiosear intrigada, tratando de elegir algún recuerdo que pudiera gustarles a sus amigas. Para ella no se compraría ninguno. Estar allí, sin duda, sería un recuerdo que no olvidaría nunca y todavía no estaba muy segura de que le gustara recordarlo.

Sentía muchas miradas fijas en ella. Suponía que por el color de pelo o simplemente por ser una mujer paseando sola por las abarrotadas calles de, por lo menos, ese tramo de la ciudad. Recordó lo protector que había sido Brand con ella. Sin él todo hubiera sido más difícil y estaba convencida de ello. Su pulso se aceleró siendo consciente de la cantidad de hombres que había a su alrededor. No tenía por qué pasarle nada. Aun así, notó cómo los nervios empezaban a apoderarse de ella.

Le pareció ver a Glenda hablando con un hombre al final de la calle y fue hacia ella, casi desesperada. Conforme se acercaba, empezó a dudar. El hombre con el que estaba hablando le resultaba familiar… ¡¡Era el conductor que los había abandonado en mitad de la nada!! ¿Se conocían? Fue hacia él enojada. Glenda la apoyaría… De repente se separaron yendo en sentidos opuestos. Leanna dudó por unos instantes. No iba a esperar una explicación.

Siguió al hombre con paso ligero. Él pareció darse cuenta porque también aceleró el suyo. En un momento, el hombre se desvió de su camino y empezó a entrar por callejuelas poco transitadas. Leanna sentía el pulso acelerado. Casi estaba corriendo. La tensión le quemaba las piernas de la prisa que llevaba.

De repente el hombre se detuvo y se giró para enfrentarla. Leanna se detuvo asustada. Su mirada era dura y su sonrisa cínica.

—Usted nos dejó tirados de camino a Nsenda Ele —le acusó inflexible.

—¿Y qué? —le preguntó caminando hacia ella con mucha calma—. ¿A quién le importa?

—A mí me importa —le respondió mientras un escalofrío recorría su espalda.

No parecía tener escapatoria. No sabía dónde estaba y no parecía que hubiera nadie que pudiera ayudarla. En ese preciso momento comprendió más que nunca la cercanía de Brand, y su actitud posesiva y protectora cada vez que salían a la calle o se encontraban con alguien.

—Usted solo es una mujer… que va a pasar un buen rato con un hombre —le advirtió el hombre caminado con seguridad hacia ella.

Leanna elevó las cejas, alarmada. ¿Qué pretendía? Sintió un sudor frío. Sus piernas estaban agarrotadas. No podía quedarse allí. Ese hombre se estaba acercando. No podía ni gritar. Por fin, sus piernas reaccionaron. Salió corriendo asustada. El la siguió de cerca. Un callejón. Otro. No sabía hacia dónde iba, pero el hombre le seguía a la misma velocidad. Otro callejón. ¿Dónde estaba la gente? Las lágrimas le ardían en los ojos. Un callejón más. El mismo de antes. Gimió asustada. El hombre notó su miedo y su frustración y lanzó una risotada a su espalda.

Leanna siguió corriendo. Un fuerte golpe contra algo duro la hizo trastabillar. Creyó que iba a caerse, pero una mano la sujetó por las muñecas impidiendo que llegara al suelo. Se le cortó

la respiración, la visión se le nubló.

—¿Estás bien?

—¡Malcolm! —exclamó arrojándose a sus brazos desesperada.

—Ese hombre me seguía.

—¿Qué hombre?

Leanna se giró. El callejón estaba desierto. Parpadeó aturdida mientras se esforzaba por regular su respiración.

—Un hombre me estaba siguiendo…

—¿Dónde ibas?

—Yo estaba… Había salido a dar un paseo.

—¿Tú sola?

—Sí.

—¿Y Brand y Elliot?

—Fueron a hablar con la embajada.

—No es seguro que andes sola por los callejones.

—Ya te dije que estaba persiguiendo… He cometido una estupidez… No pensé… —reconoció frustrada.

—No te preocupes, volvamos al hotel —le dijo él.

Leanna asintió dejándose guiar.

—Lo vi hablando con Glenda.

—¿A quién?

—A ese hombre que nos dejó de camino a la aldea.

—¿Glenda lo conocía?

—Sí —murmuró seria.

—Conocemos mucha gente. Ya llevamos un tiempo viviendo por la zona.

—¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—Vengo con frecuencia a Lusaka.

Leanna lo miró de reojo. ¿Y justo estaba en el callejón donde estaba ella?

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Me pareció verte correr. Tu cabello rojo no pasa desapercibido. No estaba seguro, pero no perdía nada por comprobarlo. No es muy recomendable para una mujer deambular por estos callejones.

Leanna se dejó llevar, sin replicar. Sola se hubiera perdido sin lugar a duda. Llegaron hasta el mercado desde donde había partido y de allí caminaron hacia el hotel.



Brand y Elliot salieron de la reunión de la embajada, aturdidos y sin comprender nada.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —le preguntó Elliot caminando despacio con las muletas.

—No tengo ni idea —le confesó Brand.

—Si hubiéramos tenido tiempo para hablar antes de que nos llamara la embajada, hubiéramos estado preparados.

—¿Para qué? Si no sabíamos de qué nos iban a hablar. Me parece increíble esa acusación.

—Aún no nos han acusado —replicó Elliot.

—¿Cómo que no? De momento no podemos abandonar el país. Volvamos al hotel —decidió Brand con el ceño fruncido—. Necesito ordenar mis ideas y tomarme, por lo menos, un par de cafés.

Cuando Leanna llegó al hotel junto a Malcolm, preguntó al empleado de la recepción por Brand y Elliot. Le confirmaron que aún no habían vuelto. Pensó esperarles allí mismo. Le urgía hablar con ellos, aunque no estaba muy segura de qué ideas eran las que rondaban su cabeza.

Glenda, despreocupada, entró por la puerta del hotel en ese momento. Leanna fue hacia ella, decidida. No iba a esperar a que los demás llegaran para aclarar sus dudas.

—¿Quién era el hombre con el que estabas hablando en un callejón junto al mercado?

Glenda la miró sorprendida. Brand y Elliot entraron por la puerta en ese momento. ¿Estaba pasando algo? Se acercaron hasta la espalda de Leanna para escuchar la airada conversación.

—¿Me estabas siguiendo? —le preguntó Glenda, incómoda, mirando a los dos hombres acercándose a la joven pelirroja.

Leanna, con los brazos en jarras, se sorprendió al verlos allí, pero volvió a mirar a Glenda esperando una explicación.

—No, claro que no —se defendió—. Fui a comprar unos recuerdos…

Glenda miró con ironía sus manos vacías.

—No te estaba siguiendo —insistió Leanna—. Solo te vi hablar con el hombre que nos dejó en mitad de la nada a Brand y a mí cuando quisimos ir a la aldea a buscar a Elliot.

—No sé de qué hablas —le replicó sin inmutarse—. ¿Estás segura de que era yo? ¿No te habrás confundido? ¿Por qué no me avisaste?

Leanna titubeó insegura por unos momentos. Estaba convencida de que la había visto a ella, pero ¿cómo demostrarlo?

—¿Qué está pasando? —preguntó Brand, serio.

—Estaba hablando con ese hombre...

—¿Qué hombre? Leanna, ¿te encuentras bien? ¿Te ha dado mucho el sol? —le preguntó Glenda visiblemente preocupada.

Leanna la miró molesta antes de mirar a Brand.

—Estaba hablando con el hombre que nos dejó tirados cuando quisimos ir a Nsenda Ele.

—¿De qué me estás acusando? —preguntó con actitud desafiante acercándose a Elliot.

Leanna le mantuvo la mirada, seria. Con gusto la zarandearía hasta que se le bajara esa soberbia tan claramente manifiesta.

Brand miró serio a ambas. ¿Qué necesidad tenían siempre de enfrentarse? Tenía problemas más importantes en los que pensar.

—¿Qué es eso de que alguien os dejó tirados? —les preguntó Elliot sorprendido.

Brand le miró en silencio. Tenían mucho de qué hablar.

—No sé de qué hombre habla —se justificó Glenda—. Esta mañana he hablado con varios hombres. Me he encontrado a… ¿por qué tengo que dar explicaciones de nada? —miró a Elliot enfadada—. Veo que mi presencia molesta.

Elliot la retuvo por el brazo, preocupado. Brand miró a Malcolm, que en silencio y con las manos en los bolsillos, se había quedado a un lado.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Hubo un imprevisto.

Leanna lo miró con gratitud.

—¿Qué imprevisto? —preguntó Elliot.

—Nada importante —respondió Malcolm despreocupado—. Simplemente me la encontré y la acompañé hasta aquí.

—¿Dónde estaba? —le preguntó Brand, incrédulo.

Bastante tenía con pensar cómo resolver lo que les habían contado en la embajada como para preocuparse por Leanna en ese momento.

—Salí a pasear por el mercado. Quería comprar unos detalles a mis amigas, y vi a Glenda con ese hombre. Lo seguí y… me encontré a Malcolm —resumió ligeramente ruborizada.

Brand la miró enfadado. Ya se había dado cuenta de que cuando no mantenía la mirada era señal de que estaba ocultando algo. ¿Esa mujer no podía estarse quieta y no dar problemas?

—¿Saliste sola al mercado y seguiste a un desconocido por callejones? ¿Eso quieres decir?

—No pasó nada —se defendió con arrogancia.

—Porque Malcolm estaba ahí —adivinó Brand.

Leanna asintió con fingida despreocupación.

Brand se pasó una mano por la cara. No estaba para discusiones de pareja en ese momento. Necesitaba pensar en otras cosas y tomarse un café cuanto antes.

—Gracias —le dijo a Malcolm tendiéndole la mano mientras reprendía a Leanna con la mirada.

Leanna levantó la cabeza, altiva. No iba a aceptar que se hubiera comportado de manera irreflexiva… aunque quizá lo hubiera hecho… un poco. Estaba sola en la habitación y tenía que comprar unos recuerdos. No era tan difícil de comprender que hubiera sentido la necesidad de salir a dar un paseo por la zona turística.

Malcolm se encogió de hombros, quitándose importancia.

—Será mejor que me vaya. Glenda, ¿te acerco a la aldea?

Glenda miró a Elliot.

—Debería regresar.

Elliot asintió.

—Nos veremos pronto.

Glenda sonrió levemente antes de darle un lento beso en los labios que hizo que los ojos de Elliot brillaran. Después miró a Leanna y a Brand, seria, y se alejó de ellos, siguiendo a Malcolm.

Los tres se miraron cuando se quedaron a solas.

—No vuelvas a salir sin mi —le pidió Brand con firmeza.

—¿Qué pretendes? ¿Que me quede encerrada en la habitación?

—Por ejemplo —aceptó Brand serio antes de pedir la llave de su dormitorio y que le subieran una cafetera.

Leanna le miró molesta, pero se contuvo de responderle. Parecía preocupado. Se dirigieron en silencio hacia las habitaciones.

—¿Qué os han dicho en la embajada? —les preguntó Leanna.

Brand y Elliot se miraron entre sí antes de mirarla a ella.

—¿Qué ocurre? —les preguntó extrañada. Elliot también parecía pensativo.

—No podemos abandonar el país, de momento —le resumió Brand esperando a estar a solas en la habitación.

—¿Cómo dices?

—Ha surgido un… inconveniente —resumió Elliot.

Leanna lo miró extrañada.

—¿Qué inconveniente?

—Ahora lo hablaremos —le indicó Brand—. En cuanto estemos en algún lugar… privado.

Abrió la puerta para que ambos entraran delante de él. Leanna los miró preocupada mientras Elliot se sentaba en una de las sillas para estirar la pierna y dejar las muletas a un lado.

Leanna escuchó atenta toda la conversación que habían mantenido con los miembros de la embajada.

—¿Que os acusan de qué? —parpadeó incrédula.

—De utilizar nuestra ONG para vender el agua potable que pretendemos que sea un bien público.

—¿Que vendéis vuestra propia agua? ¿Por qué? ¿Cómo? Es mentira.

—Bueno, es un rumor bastante creíble y lucrativo por lo visto—asintió Brand.

Leanna los miró alarmada.

—¿Estás vendiendo el agua que estáis potabilizando? ¿Estás utilizando a mi hermano para algo así? —miró a Elliot—. ¿Y tú lo permites?

—No digas tonterías, Leanna —la recriminó Elliot, molesto.

Brand la miró serio.

—¿De verdad crees que sería capaz de hacerlo?

—Apenas te conozco.

—Pero te acuestas conmigo.

—Eso es algo puntual.

Brand la miró con desprecio. ¿También ella le estaba utilizando? No se lo podía creer. Sin embargo, sus dudas respecto a su integridad le habían hecho más daño de lo que esperaba.

Elliot carraspeó incómodo. Se estaban manteniendo la mirada enfadados.

—Voy a darme una ducha —se rindió Brand dejándolos a solas, pese al gesto de impotencia de Elliot.

—¿Estás huyendo? —le reclamó Leanna con firmeza, yendo hacia él—. ¿No se supone que me ibais a contar qué está pasando?

—Que te lo cuente tu hermano.

Se metió en el cuarto de baño dando un portazo. Leanna miró a Elliot, seria.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué le has dicho eso a Brand?

—¿El qué?

—Que te acuestas con él de manera puntual.

Leanna se sonrojó, incómoda y avergonzada, por las palabras dichas y que en absoluto sentía.

—No te importa mi vida sexual.

—No, pero nunca la has tenido.

—¿Te pregunto yo qué haces con Glenda?

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque estás con ella.

—¿Y qué tiene de malo?

—¿Desde cuándo la conoces? No me gusta. Si no fuera porque sé que está contigo te diría que ha estado coqueteando con Brand desde que lo vio por primera vez.

—¿Estás celosa?

—No, claro que no. ¿No me has oído?

—Glenda y yo somos compañeros.

—¿Y por qué te acuestas con ella?

—Es guapa.

—Yo sería incapaz de acostarme con alguien solo por su físico.

—Es lo que acabas de decirle a Brand que has hecho.

—Yo no… No me cambies de tema. No me gusta Glenda, simplemente, que lo sepas… y si la traes a casa en Navidad le abriré la puerta, pero no me pidas que sonría.

Elliot asintió con una mueca.

—Bueno, ¿te cuento o qué?

Leanna asintió curiosa sentándose en el borde de la cama. La expresión de Elliot volvió a tornarse seria.

—Nos acusan… bueno, a la ONG de depurar el agua y luego venderla a los aldeanos. No a los nuestros que, como has visto, tienen libre acceso al agua potable sino a los que están en aldeas más retiradas. Ya has visto el precio que tiene el agua aquí.

Leanna parpadeó incrédula.

—Pero… ¿Cómo? Es decir, ¿por qué? ¿De verdad se está haciendo? ¿Quién?

—Sí. Por lo visto, se está haciendo y nosotros acabamos de enterarnos.

—Entonces, ¿tienen pruebas?

Elliot se encogió de hombros.

—Parece ser que sí. Antes de llegar nosotros a esta zona, una empresa abastecía a las aldeas vendiendo su agua.

—El agua está a precio de oro.

Elliot asintió.

—¿Esa empresa os ha acusado?

—Sí.

—Claro, si vosotros realizáis toda la infraestructura para que las aldeas puedan abastecerse dejan de comprarles agua a ellos.

—Eso es.

—Puedo entender que estén molestos, pero que vendáis vuestra propia agua a otras aldeas… No lo entiendo. Bueno, podría entenderlo si fuera un negocio, pero no lo es, ¿no?

—Claro que no.

—¿Entonces?

—Hay alguien cogiendo nuestra agua y vendiéndola en bidones.

—Pero eso es absurdo, ¿no? ¿Qué pruebas tienen? ¿Qué vais a hacer? ¿Os han acusado formalmente?

—No. Aún no tienen al culpable, pero parece que se están planteando que la ONG no pueda seguir cooperando aquí.

Leanna asintió confundida.

—Bueno, si ese es el único problema… La ONG puede operar en otro lugar, ¿no?

Elliot la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Has visto cuánto nos necesitan?

Leanna le mantuvo la mirada.

Brand salió de la ducha, con el cabello húmedo, los labios apretados y con unos pantalones cortos puestos. Fue hasta el armario a por una camiseta mientras Elliot y Leanna lo miraban expectantes. Brand sintió las miradas fijas en él.

—¿Se lo has contado?

Elliot asintió.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Leanna preocupada por la expresión de su rostro.

—Les voy a exigir pruebas y respuestas. Quiero esas acusaciones en firme. No voy a dejar que la ONG quede en entredicho.

—¿No será que la empresa que es competencia vuestra no os quiere aquí? —preguntó Leanna, pensativa.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Brand manteniendo las distancias con ella. Todavía le dolía su falta de interés en él.

—Bueno, supongo que vuestra presencia aquí habrá afectado a su negocio y si además se han enterado de que hay alguien vendiendo vuestra agua potable tienen dos frentes abiertos. Si os marcháis de aquí se solucionan sus problemas.

Brand miró a Elliot, serio. Elliot se encogió de hombros. Leanna los miraba a ambos sin entender qué decían sus miradas. Brand cruzó los brazos delante de su amplio pecho.

—Eso tiene su lógica, pero quiero saber quién está vendiendo nuestra agua potable. ¿Tienes alguna sospecha? —preguntó Brand a Elliot.

Elliot negó con la cabeza. Leanna los seguía mirando incrédula cuando varios pensamientos se cruzaron en su cabeza.

—¿Por eso ese hombre nos abandonó en mitad de la nada, o nos llevaron en dirección contraria cuando íbamos a la aldea?… ¿O por eso intentaron robarme el bolso? ¿O se perdió mi maleta con mi *Grandes esperanzas*?

—¿Llevabas en tu maleta *Grandes esperanzas*?

—Es un libro —le replicó enfadada ante su incultura.

Brand le mantuvo la mirada. ¿Leía a Charles Dickens?

—¿Todo eso os pasó cuando llegasteis? —les preguntó Elliot extrañado.

Ambos asintieron mientras se escucharon unos golpecitos en la puerta. Brand fue a abrir. Era el servicio de habitaciones con el café que habían pedido. Lo necesitaba.

—Supongo que no les hizo gracia que estuviéramos aquí —prosiguió Brand después de tomar el primer sorbo en cuanto se quedaron a solas.

—Pero ¿a quién? ¿A la empresa local o a quien está comercializando vuestra agua? —le preguntó Leanna.

Brand y Elliot volvieron a mirarse entre sí. No tenían la respuesta y ni siquiera una sospecha.

—Podríamos preguntarle a Glenda. Quizá sepa algo —sugirió Leanna—. Hace un rato estaba hablando con el hombre que nos dejó tirados. Quizá se conocían o ella lo contratara para que lo hiciera, pensando que íbamos a desanimarnos. O quizá es ella la que está vendiendo vuestra agua. Nos aseguró que habías desaparecido. Si Malcolm no llega a aparecer diciendo que

te había visto no te habríamos encontrado jamás porque no sabíamos ya dónde buscarte.

—Yo hubiera dado señales de vida en algún momento —le respondió Elliot, molesto por la acusación—. Pero por tu misma lógica, puede que sea Malcolm el que esté metido en todo este asunto.

—Malcolm fue el que nos ayudó a encontrarte —le recordó Leanna.

—Pero has dicho que hace un momento apareció entre los callejones e impidió que ese hombre te agrediera. Eso es que él también estaba por aquí, quizá siguiéndote —le planteó Brand.

—Fue casualidad.

—¿Tú crees? —le preguntó Elliot con una mueca burlona—. Quieres culpar a Glenda a como dé lugar.

—No me gusta esa mujer. Estuvo intentando seducir a Brand desde que llegamos.

A Brand le sorprendió el comentario. ¿Estaba celosa?

Elliot miró a su amigo que se encogió de hombros.

—No digas que no —le enfrentó Leanna—. Estaba tocándote a todas horas, frotándose contigo…

—No seas exagerada. Tú con Malcolm actuaste igual.

—¿Yo con Malcolm? Tú con Glenda y eso que es la novia de mi hermano.

—Yo no sabía que era la novia de Elliot.

—Entonces, reconoces que estabais coqueteando.

—¿A ti qué más te da? Acabas de decir que te acuestas conmigo por pasar el rato. Tú coqueteabas con Malcolm descaradamente.

—Yo no he coqueteado con nadie —se justificó ruborizada sin negar su primera acusación. No iba a reconocer que no era cierto, que le importaba tanto que le asustaba o que sabía que se había enamorado de él sin pretenderlo y sin saber cómo arrancárselo del corazón.

Elliot carraspeó incómodo.

—Creo que nos estamos desviando del tema.

Brand y Leanna le miraron extrañados. Brand asintió.

—Tenemos que hablar con Malcolm.

—Es perder el tiempo. Malcolm no ha sido —insistió Leanna.

—No lo conoces —le recordó Brand.

—Malcolm ayuda como ingeniero de construcción en diferentes aldeas. Me costaría creer que… —insistió Elliot.

—Justo por eso sabe antes que nadie dónde van a abrirse los siguientes pozos, y qué aldeas van a dejar de pagar esos precios abusivos por el agua a la empresa local —elucubró Brand—. También conocerá las aldeas cercanas a las que pudiera venderles el agua. Y estaba justo en el callejón cuando han intentado atacar a Leanna. Probablemente nos llevó hasta ti para no levantar sospechas.

Elliot se encogió de hombros.

—Podemos ir esta tarde, después de comer —decidió Brand.

—Bien. Como no está Glenda, me instalaré en tu habitación, Elliot.

Era buena idea empezar a alejarse de Brand. Debía hacerlo. Apenas le quedaban días a su lado y separarse le iba a costar esfuerzo y lágrimas.

Brand la miró serio. No iba a impedírselo. Si quería irse que se fuera. Desvió la mirada por temor a que notara lo que le había dolido que no quisiera estar a su lado.

Leanna sintió cierto resquemor ante la falta de interés de Brand por compartir la habitación con ella. Trató de disimularlo recogiendo sus cosas en su mochila. No estaban solos, pero esperaba que le hubiera dicho algo para impedir que se fuera sola a otra habitación… «No», se reprendió. «No podía seguir así». Les quedaban muy pocos días juntos y luego volverían cada uno a sus rutinas diarias donde no había espacio para el otro.

Elliot la miró extrañado. Se levantó de la silla ayudado por las muletas cuando la vio decidida a marcharse.

—Iré a por mis cosas.

—Puedo traértelas yo.

Elliot negó con la cabeza y salió por la puerta, siguiéndola despacio.

—¿Qué te ocurre?

—A mí, nada.

—Leanna.

—¿Te parece poco todo lo que está resultando este viaje? —le preguntó disimulando sus verdaderos sentimientos.

—No, ¿qué te ocurre con Brand?

—A mí, nada.

—Te conozco perfectamente.

—Si tanto me conoces, dímelo tú.

—No que te enfadas.

—Pues no puedo decirte nada más.

—¿A qué tienes miedo?

—¿Miedo yo? A nada. A ver, esto que nos está ocurriendo no me parece ni medio normal. No sé cómo podéis estar tan tranquilos.

—Brand está acostumbrado a lidiar con embajadas, empresarios o usureros. No ha llegado donde está sin superar obstáculos como estos.

Leanna lo miró de reojo. Podía entenderlo.

—Pero te pregunto por Brand —insistió Elliot llegando hasta su puerta.

—No pasa nada con Brand.

—Hasta ayer estabas durmiendo con él.

Leanna se sonrojó mientras entraban.

—Soy mayorcita para acostarme con quien quiera.

—Y no espero detalles —le respondió con una mueca empezando a recoger su ropa distribuida por toda la estancia—. Pero ¿a qué tienes miedo con Brand?

Leanna se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—A nada. En unos días volveremos a la rutina. Él con sus negocios, yo a las clases… Todo seguirá como antes, aunque espero que tú contactes conmigo con más frecuencia. Ya has visto que soy capaz de venir a buscarte.

Elliot sonrió asintiendo.

—Sí, te llamaré más, pero ¿por eso estás alejándote de Brand?

Leanna lo miró de reojo. Se sentía tan vulnerable y tenía tanto pánico a sufrir, a sentirse sola si él la dejaba. No quería verbalizarlo.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí. Brand es solo un hombre. Que sea empresario o que tenga dinero son cualidades sin importancia. Es solo un hombre. Como yo, como cualquier otro.

Leanna desvió la mirada. Como cualquier otro no porque no recordaba a nadie que le hubiera hecho sentirse tan viva, tan aceptada, tan protegida.

—Sí, bueno… ya sabes que soy un poco independiente.

—¿Y eso qué tiene que ver? No me gustaría que tu miedo a que te dejen se interpusiera entre vosotros.

—No tengo miedo a que me dejen.

—Claro que sí. Pasas por las relaciones de pareja de puntillas, no te implicas y siempre acabas tú la relación, que es lo que parece que pretendes hacer con Brand.

Leanna sintió como sus mejillas se ruborizaban.

—No creo que Brand tenga problemas para encontrar otra mujer.

Elliot sonrió.

—Nunca encontrará una como tú.

—Porque todos somos distintos.

—Ya me entiendes.

Leanna hizo una mueca.

—No tenemos nada en común.

—Yo creo que sí y si no, podéis buscarlo o crearlo juntos.

Leanna le acompañó hasta la puerta. Cuando se quedó sola cogió el móvil. Le daba igual la diferencia horaria. Tenía que llamar a Emme y a Astrid. Las dos aparecieron al otro lado.

—No sabía si estarías despiertas.

Sintió un nudo en la garganta que se transformó en lágrimas entre sus pestañas.

—Tengo un problema —susurró emocionada.

—¿Quieres que vayamos a buscarte? —le preguntó Astrid decidida.

Leanna negó con la cabeza, tratando de encontrar las palabras.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Emme preocupada—. ¿Elliot está bien?

Leanna se sentó en la cama y se dejó caer para acabar en el suelo, con el colchón a su espalda.

—Sí, solo tiene roto un tobillo por un accidente. Parece que hay alguna empresa local que no quiere tenerlos por aquí y alguien está utilizando el agua potable que ellos obtienen para beneficio propio, pero eso no es lo importante.

Emme y Astrid la miraron sorprendidas.

—Bueno, es importante pero no puedo hacer nada al respecto.

—¿Entonces? —le preguntó Astrid.

Leanna sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Me he enamorado…

—¿Ese es el problema? —le preguntó Emme extrañada—. ¿De Malcolm y no quiere volver contigo?

—No. De Brand —adivinó Astrid— y como me digas que te da miedo el dinero que tiene me enfadaré contigo. El dinero no es malo. Gracias a él está llevando el agua a esos lugares. Sin dinero no podría hacerlo.

—Pero no tenemos nada en común —se justificó Leanna, insegura.

—Ya lo encontraréis —la consoló Emme.

—¿No os lo pasáis bien juntos? —le preguntó Astrid—. ¿Él siente lo mismo?

—No lo he hablado con él. Más bien creo que lo he estropeado.

—¿Ha aparecido tu miedo a que te dejen y quedarte sola? —le preguntó Emme con

cariño.

—Yo no… Eso mismo me ha dicho Elliot, pero yo… es que… no quiero pasar por esto. No lo llevo bien.

—Pero ¿por qué vas a pasar por eso? —le preguntó Astrid.

Leanna se encogió de hombros, abatida.

—Deberías hablarlo con Brand —le recomendó Emme.

—¿Qué le voy a decir? ¿No quiero que me dejes? Suena patético. No estoy desesperada. Puedo valérmelas sola muy bien. Siempre lo he hecho. No lo necesito.

—¿Pero quieres estar con él? —le preguntó Astrid.

Leanna las miró en silencio. Las dos amigas esperaban una respuesta.

—Creo que pediré que me traigan algo para comer…

Las dos amigas la miraron con fingida paciencia.

—Que abras tu corazón no significa que vayas a sufrir —le recordó Astrid.

—¿Y lo dices tú? —le preguntó con una mirada irónica—. Por cierto, ¿qué tal estás?

—Yo no importo ahora —le recordó Astrid—. Cuéntanos tú.

Leanna siguió hablando con ellas unos minutos más. No habían quedado a ninguna hora para bajar a comer, pero no le apetecía regresar a la otra habitación para preguntar o bajar con ellos al restaurante. Podía bajar sola.

Nada más cerrar la puerta a su espalda, vio a Brand avanzar por el pasillo pensativo, con las manos en los bolsillos, sin reparar en ella. Fue incapaz de moverse. Le gustaba ese hombre. Quizá era momento de arriesgarse y abrir su corazón… pero ¿y si no salía bien?

Brand se detuvo al verla parada, mirándole en silencio. Se dirigió hacia ella.

—¿Estás bien?

Leanna notó cómo se ruborizaba ante su cercanía. Su pulso se disparó. Olvidar todo lo que sentía por él iba a ser muy difícil cuando todo su ser reaccionaba ante su presencia.

—Eh… si… Pensaba bajar a comer algo al restaurante.

«¿Sola? Independiente como siempre», se dijo mientras asentía. Le costaba alejarse de ella. Pero había dejado claro su nulo interés en él. Se hizo a un lado para dejarla pasar. Iban hacia el mismo lugar. Elliot ya había bajado y les estaría esperando. Podría decírselo y así acompañarla, pero no se expondría a que volviera a hacerle daño. Se detuvo por un instante, conteniendo la respiración y desviando la mirada para que no pudiera ver lo que sentía.

Leanna, con gran esfuerzo, lo dejó a un lado. Le dio la espalda y empezó a alejarse. Estaba deseando que la acompañara, estar con él todo el tiempo que les quedara juntos. Quizá había sido un poco desagradable y sí, tenía miedo a que le hiciera daño, pero… ¿el riesgo merecería la pena? Soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta antes de girarse.

—Brand…

Él la miro expectante. El silencio en el pasillo, la intimidad de estar a solas, uno frente al otro, les rodeó.

—Siento lo que te he dicho antes.

—¿Qué parte?

Leanna lo miró ruborizada.

—Que me acuesto contigo por… como si no significaras nada.

Brand le mantuvo la mirada y dio un paso hacia ella con el corazón desbocado. Los ojos verdes de Leanna estaban brillando como tanto le gustaban.

—Sí que significas… —debía callarse. No podía exponerse de esa manera.

Brand dio otro paso más hacia ella esperando que siguiera hablando. Leanna se limitó a tratar de controlar su respiración agitada y su corazón palpitante. Le mantuvo la mirada, vulnerable. Se pasó la lengua por los labios. Lo tenía tan cerca…

—¿Qué quieres que te diga? —le preguntó insegura ante la agonía de tenerlo tan cerca y no atreverse a abrazarlo por miedo a que la rechazara—. ¿Qué me gustas?

—Creo que no estaría mal escucharlo.

Leanna le mantuvo la mirada seria. ¿Qué podía perder si se lo decía? ¿Y si algún día se arrepentía de no haberlo hecho? Se rindió.

—Me g..

Brand no le dejó terminar de hablar. La rodeó con sus brazos. La apretó contra su pecho y le devoró la boca con el hambre contenida de tanto tiempo sin hacerlo. Sin dejar de besarla, le tomó la llave de la mano y abrió la puerta a su espalda. La cogió en brazos y fue con ella hasta la cama.

Ninguno de los dos tuvo prisa por bajar al comedor.



Poco después, Leanna sonreía enamorada entre los brazos de Brand.

—Creo que deberíamos bajar a comer. Elliot estará preocupado.

—Le dije que iba a pasar a buscarte. Habrá supuesto el motivo de la tardanza.

Leanna se ruborizó haciendo sonreír a Brand.

—Vamos —le dijo levantándose—. Habrá que comer algo antes de ponernos en camino para aclarar todo esto.

—No creo que haya sido Malcolm —insistió Leanna empezando a vestirse.

—¿Vas a hablarme de otro hombre después de haberte acostado conmigo?

—¿Qué tiene que ver? A mí no me gusta Malcolm.

—Entonces te gusto yo —sonrió con arrogancia.

—Ya lo sabes.

—Tú a mí también me gustas.

Se mantuvieron la mirada con cariño. A ambos les daba miedo exponerse más, requerir más tiempo del otro, compartir un futuro juntos.

—Vayamos a comer —decidió Brand acercándole a Leanna la camiseta de tirantes que le había quitado poco antes.

Leanna asintió terminando de vestirse. Con las manos entrelazadas bajaron al comedor, donde Elliot estaba terminando de comer solo.

—Ya iba a subir a buscaros —les dijo divertido.

Leanna se ruborizó mientras Brand sonreía antes de mirar la carta.

—Tengo hambre.

—¿Todavía?

—¡Elliot! —exclamó Leanna ruborizada.

—El *Ifisashi* está bueno. Son espinacas, te gustará —les recomendó Elliot sonriente.

—Estoy deseando llegar a casa y comerme una pizza.

—Sí —reconoció Brand—. Con anchoas.

Leanna lo miró extrañada.

—¿Te gustan las pizzas con anchoas?

—Sí. Es lo mejor del mundo y no me importa lo que digas. No me vas a convencer de lo contrario.

Leanna miró a Elliot. Quizá sí tenían algo en común, pero dudaba que las pizzas con anchoas pudieran ser la base de una relación duradera.

Poco después de comer, se pusieron en camino por la angosta carretera.

—Ahí está —señaló Elliot desde el asiento del copiloto cuando vio un camión granate unos metros por delante de ellos.

—¿El desvío? —preguntó Brand fijándose con atención en la carretea.

—No. Uno de los camiones cisterna. La empresa que suministra el agua a las aldeas.

Brand apretó los labios y asintió. Los problemas había que afrontarlos a la cara y cuanto antes. Vio al camión girar por un camino pedregoso y él hizo lo mismo.

—¿Vas a seguirle?

—Sí, por supuesto.

Unos metros por delante, el camión se detuvo sin señalizar la maniobra ni apartarse a un lado. Dos hombres altos y delgados bajaron uno por cada lado. Se dirigieron hacia el *jeep*.

—Nos han pillado —murmuró Elliot.

—Leanna, pasa delante por si tienes que conducir —le pidió Brand a Leanna antes de salir del *jeep* con decisión y sin mirar atrás.

—¿Cómo que… —Leanna, asustada, pasó como pudo entre los asientos para ocupar el del conductor—. Elliot, dime que son gente honrada.

—Lo dudo. Son los que venden agua a los que estamos quitando beneficios, se supone que por partida doble.

—¿Y qué hace Brand hablando con ellos?

Elliot los miraba preocupado. El pulso de Leanna se disparó. ¿Cómo se le ocurría a Brand ir a hablar con esos hombres? Un sudor frío le recorrió el cuerpo sin dejar de prestar atención a la conversación que tenía lugar frente a ella y en la que, aunque no parecía alterada, la tensión podía sentirse.

Brand volvió al *jeep* poco después. Hablaría con Malcolm, por supuesto, pero más tarde. Primero hablaría con el jefe de la flota de camiones cisterna para dejar las cosas claras. No quería problemas con ellos, más allá de que poco a poco fueran suministrando de agua potable todas las aldeas. Eso les llevaría muchos años por lo que podrían seguir vendiendo a precios abusivos lo que quisieran. Contra eso no podía hacer nada.

Leanna, aliviada, volvió al asiento trasero.

—¿Qué has hablado? —le preguntó Elliot, intrigado.

—Vamos a ver a Malcolm, pero antes iremos a hablar con el dueño de la compañía.

—¿Estás loco? —le preguntó Leanna—. ¿Te vas a meter en la boca del lobo? Ya sabéis que no os quieren aquí.

—No van a echarnos —le recordó Brand—. Tendrán que aprender a convivir con nosotros.

—¿Por qué quieres salirte con la tuya? ¿No hay otros sitios donde ayudar? —Brand volvió a la carretera principal deshaciendo el camino recorrido.

—Leanna, ya lo hemos hablado.

—No lo recuerdo, pero aun así. Si es peligroso estar aquí no sé qué hacemos —insistió Leanna asustada.

Llegaron frente a una especie de almacén con las paredes pintadas de color granate, ya descolorido, con grandes letras negras.

Brand se dispuso a salir cuando Elliot abrió la puerta.

—¿Tú también vas? —le preguntó Leanna apresurándose a salir—. Yo no me quedo aquí, y no sé qué estamos haciendo… ¿Cómo podéis ser tan testarudos?

—Hablando se entiende la gente, ¿no? —le preguntó Elliot con ironía.

En la puerta un hombre tan alto como Brand y que abultaba el doble que él los detuvo.

—Nos han dicho que preguntemos con el señor Ngoma. Somos…

—Todos sabemos quiénes son —les respondió serio antes de mirar a Leanna de arriba abajo con evidente descaro.

Leanna miró al hombre haciendo un gran esfuerzo para disimular la repulsión que sentía.

—Ella no entra.

Brand la miró serio. No iban a cambiar las costumbres de un país. Miró a Elliot, serio. Él asintió comprendiendo su mirada.

—Volvamos al *jeep*, Leanna.

Con un gesto de cabeza la invitó a seguirle con rapidez pese a que cojeaba.

—No me parece bien—replicó ella caminando tras él a regañadientes—. ¿Por qué? No vamos a dejar solo a Brand.

—Brand sabe lo que hace.

—Pero esos hombres no tienen buenas intenciones.

—Esperaremos a Brand en el *jeep*.

Leanna lo miró seria y preocupada. La espera se le hizo eterna. Una hora más tarde, Brand salió de la nave con gesto serio. Resopló antes de entrar en el *jeep*. Cuando se sentó notó las miradas fijas de sus acompañantes.

—Vayamos a hablar con Malcolm.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elliot preocupado.

Brand lo miró de reojo. Había sido una conversación dura, pero él no estaba dispuesto a rendirse ni a perder posiciones de ninguna manera.

—Ngoma se encargará de seguir suministrando agua en las aldeas en las que no estamos.

—Eso ya lo hacían.

—No nos pondrán problemas.

—¿Les has pagado un chantaje?

—No… Les he amenazado con un conflicto internacional.

—Pero si nuestra propia embajada nos tiene en el punto de mira.

—Eso no se lo he dicho. Mi empresa no es la única que invierte en el país. Si todas las empresas americanas nos retiramos la economía del país puede venirse a pique. También le he dicho que descubriremos quién vende nuestra agua y lo denunciaremos a las autoridades. Le he pedido que si vuelve a suceder algo así otra vez nos avisen directamente para poder solucionarlo cuanto antes.

—¿Ellos no han visto nada ni saben quiénes lo están haciendo? Quizá sea alguno de sus

trabajadores.

—No se arriesgarían a las represalias.

—Malcolm contaría con apoyo internacional si se le descubriera que está en algo ilegal —comentó Elliot—. Me cuesta creer que pudiera… pero si alguien lo está haciendo…

—Ese alguien sabe nuestros movimientos presentes y futuros.

—¿Cómo que futuros? —preguntó Elliot—. Nadie más que tú y yo sabemos cuáles son las siguientes aldeas.

Brand asintió.

—No estarás pensando que yo… —comentó Elliot confundido.

—No, claro que no —le respondió molesto ante la desconfianza—. Pero aquí hay algo que se nos está escapando. Estos no tienen nada que ver con la desaparición de la maleta, de tu bolso —miró a Leanna—, o de las veces que entraron en nuestra habitación. Ni siquiera con los retrasos que tuvimos hasta llegar a la aldea.

—¿Cómo que entraron en nuestra habitación?

Brand le miró en silencio.

—Tenías sospechas y no me dijiste nada. ¿Y mi maleta? ¿No la perdieron en la aerolínea? ¿Dónde está entonces?

—Desapareció cuando quien fuera vio que no iba a serle útil.

—Entonces, con respecto a ellos, ¿es seguro que sigamos aquí? —le preguntó Elliot.

—Siempre y cuando no entremos en su territorio. Es decir, que no vendamos nuestra propia agua.

—Eso no lo hacemos.

—Exacto. Ahora lo saben —le respondió Brand con firmeza—. De todas maneras, con el tiempo, no les quedará más remedio que encontrar otro negocio.

—Pero ¿el agua que venden ellos es potable? —preguntó Leanna, tratando de asimilar lo que estaba pasando.

Brand asintió.

—Eso es relativo, pero los aldeanos prefieren comprar la nuestra en lugar de la suya y eso les quita ganancias. Hablaremos con Malcolm. Él suele tener acceso a nuestros sistemas hidráulicos y se mueve con facilidad entre las aldeas. Cualquiera confiaría en él. Sabe arreglar las bombas, pero también estropearlas. Si se confirma que es él quien vende nuestra agua limpia habrá que denunciarlo.

—¿No fue eso lo que pasó en las aldeas del norte? ¿Problemas con algún pozo? Estabas allí cuando no podíamos localizarte —preguntó Leanna extrañada.

—Supongo.

Leanna se echó hacia atrás en el asiento, totalmente confundida. Le costaba creer que Malcolm estuviera implicado en algo ilegal. Siempre le había parecido un buen hombre, tranquilo y discreto.

—Tardar en construir un pozo significa más tiempo vendiendo agua potable y ya has visto los precios que llevan —comentó Brand.

—Pero ¿cómo va a moverse por dinero si se supone que está ayudando a través de una ONG? —preguntó Leanna incrédula.

Brand y Elliot miraron a Leanna por el espejo retrovisor.

—No me puedo creer que… —resopló Leanna cruzándose de brazos—. Si fuera Malcolm… por supuesto que habrá que denunciarlo, pero... Supongo que lo expulsarían del país

… Elliot ¿es seguro que sigas aquí? Estás solo. ¿Por qué no viene más gente a trabajar contigo?

—Porque preferimos contratar a lugareños. Así reciben un sueldo y se activa la economía —le explicó ante el silencio de Brand.

—Yo estaría más tranquila si no estuvieras solo.

—No estoy solo. Está Glenda.

Leanna le miró seria. Eso no le aliviaba en absoluto.

No tardaron en llegar a la aldea donde operaba la ONG de Malcolm. El camión granate aparcado en una explanada les llamó la atención.

—¿Y la empresa del camión? —preguntó Leanna, alarmada—. Si se enteran de que es él quien vende agua embotellada de la vuestra quizá no sean tan civilizados.

—No es asunto nuestro —le respondió Elliot.

—¿Cómo que no? Os ha puesto en peligro. Ellos creían que vosotros os dedicabais a eso. No sabéis cómo podrían haber reaccionado.

Brand y Elliot se miraron entre sí.

—Si se enteran tendrá un serio problema, desde luego —comentó Brand aparcando junto al *jeep* del ingeniero.

—Alguna vez le he pedido algún favor. Me ha solucionado algún problema técnico. Me fastidia pensar que ha estado actuando así a nuestras espaldas —murmuró Elliot.

—¿Te fastidia? ¿Solo te fastidia? Te ha puesto en peligro, me ha hecho pasar un miedo de muerte, me ha robado la maleta, mi libro... —refunfuñó Leanna saliendo del *jeep* por detrás de ellos—. Esto no va a quedarse así.

Lo vieron hablando con el que debía ser el conductor del camión en la parte trasera del mismo. Cuando Malcolm los vio acercarse los saludó con un gesto amable. Se alejó del camión y de la fila de personas que estaban dispuestas a comprar su agua.

—No os esperab…

Leanna empujó a Brand y a Elliot para llegar hasta él y darle una bofetada en la cara. Malcolm la miró sorprendido mientras Brand la sujetaba con firmeza por el brazo.

—Por lo que veo no es una visita de cortesía —comentó el joven llevándose la mano a la mejilla dolorida.

Brand dio un paso hacia él.

—Sé que has trabajado para la ONG en alguna ocasión y nos ayudaste a encontrar a Elliot, pero ellos —señaló con la cabeza el camión granate— igual que las autoridades, saben que hay alguien vendiendo nuestra agua. Tú te mueves por todo el país sin problema. Nosotros dos nos iremos en un par de días de aquí, pero la ONG y Elliot se quedan. No esperamos que confieses, pero si te vemos robando nuestra agua para venderla, los avisaremos a ellos antes que a las autoridades —señaló con la cabeza al camión granate—. No creo que sean tan amables como lo será la policía.

—¿De qué hablas? —le preguntó Malcolm extrañado.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Me estás acusando de algo ilegal?

—Tómatelo como una advertencia.

Iban a darse media vuelta para volver al *jeep*, cuando Malcolm dio un paso hacia ellos, extrañado.

—¿Creéis que estoy vendiendo vuestra agua? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por dinero? No necesito más del que tengo.

Leanna notó cómo se teñían sus mejillas de rojo.

—¿No has sido tú?

—No —les respondió sin enfadarse.

—Tú tienes *jeep* y puedes moverte por cualquier sitio sin levantar sospechas de ningún tipo —le acusó Brand.

—¿Y qué? Muchas ONG pueden hacerlo, pero la mía se dedica a construir principalmente escuelas y es lo que yo hago. Por lo que veo tenéis problemas que ni sabíais que teníais —miró a Elliot—. ¿Aprovechaban cuando te ibas a las aldeas del norte para robaros vuestra agua?

Elliot lo miró serio. Leanna y Brand lo miraron esperando una respuesta.

—Supongo que coincidía —aceptó Elliot—. ¿No rompías tú las bombas de agua de esos lugares o estropeabas la red de tuberías?

—No, por supuesto que no… Cualquiera podría hacerlo, claro, pero yo no fui —levantó las manos en señal de rendición—. Somos muchos los cooperantes en la zona. Puedo tener los ojos abiertos y deciros algo en cuanto vea algo raro.

Elliot y Brand asintieron convencidos y confiados en su palabra.

—Siento la bofetada —se disculpó Leanna, ruborizada.

Malcolm sonrió.

—Me hubieras defraudado si creyendo que había hecho algo malo o ilegal no me la hubieras dado. Pero celebro no ser uno de tus alumnos.

—No les pego —se defendió con una mueca burlona, agradecida por sus palabras.

Brand la acercó más a su cuerpo y Malcolm la miró orgulloso antes de dirigirse a él.

—No se quedaría conmigo —le avisó Malcolm a Brand—, pero yo también te advierto que ella sabe dónde estoy y puede venir a buscarme cuando quiera —le guiñó un ojo a Leanna con complicidad.

Leanna parpadeó sorprendida y halagada ante sus palabras.

Volvieron al coche, pensativos.

—Como ha dicho Malcolm cualquiera puede haber sido —les dijo Elliot ante la visible decepción de todos.

—Por lo menos estará alerta por si ve algún movimiento que pueda resultar extraño —les recordó Leanna.

—La aldea de Glenda no está muy lejos —les comentó Elliot—. Quizá deberíamos avisarla de lo que ocurre por si ve algo.

—Vamos a verla, pero no nos quedamos. Quiero dormir en la cama del hotel —les advirtió Leanna, abatida—. ¿Qué vamos a hacer si no encontramos a los culpables?

—Mañana volveré a hablar con la embajada. Les diré que hemos hablado con la empresa, con algunos cooperantes…

—¿Y en Nsenda Ele no sabrán algo? —le interrumpió Leanna—. Si sacan el agua de vuestras instalaciones, es probable que sea de allí.

—No, solo tenemos pozos donde vivo. Hay algún otro lugar más…

—Puede ser una posibilidad —insistió Leanna—. No me gusta dejar las cosas a medias, pero también me quiero ir de aquí y cuanto antes solucionemos todo, será mejor—les explicó.

—Se va a hacer tarde —les comentó Elliot—. Podemos ir a la aldea mañana.

—Realmente está cerca —añadió Brand—. Pienso como Leanna. Mañana por la mañana iré a la embajada y con un poco de suerte nos iremos en dos días.

Leanna lo agradeció en silencio. Estaba deseando volver a su casa.

Poco después, llegaron a Nsenda Ele. Un *jeep* estaba aparcado en la parte trasera de la casa de Elliot.

—Glenda está aquí —sonrió orgulloso mientras Brand aparcaba tras el vehículo.

—¿No sabía que te quedabas en el hotel? —le preguntó Leanna extrañada.

—No lo sé —le respondió bajando incómodo con las muletas—. Supongo que será la costumbre.

—Necesito ir al servicio —les señaló incómoda mientras algunos chiquillos correteaban alrededor de ellos—. Ahora os alcanzo.

Cuando Leanna salió de las letrinas, suspiró aliviada. Esperaba no volver a utilizar algo como aquello en su vida, pero le haría una foto al lugar para enseñárselo a sus amigas. Astrid se sorprendería muchísimo. Se dio cuenta de que se había dejado el teléfono móvil en el *jeep* así que volvió hacia él.

Se fijó en el vehículo de Glenda. No le gustaba esa mujer, pero si hacía feliz a su hermano no tenía nada que opinar… Miró de reojo por la ventanilla del copiloto de Glenda y parpadeó sorprendida por el libro que ocupaba el asiento. No podía ser.

Unas niñas corretearon a su lado sobresaltándola. No les prestó atención. Abrió la puerta sin ningún reparo y lo cogió para asegurarse. Ese era su libro. ¡Su libro! El que llevaba en la maleta que había desaparecido. Un escalofrío le recorrió la espalda. No podía ser. Un enfado inesperado empezó a adueñarse de ella.

—¿Qué haces?

Leanna se giró para encontrarse frente a Glenda. Apretó los labios conteniendo la rabia que sentía. ¿Se estaba aprovechando de su hermano? ¿Era ella quien le había ocasionado tantos problemas?

—Es evidente, ¿no? —le señaló su libro—. Este libro es mío.

—O no. Tendrías que demostrarlo —le respondió con ironía.

—¿Demostrarlo? —le dio un empujón que la hizo trastabillar hacia atrás—. ¿Has sido tú? Me robaste la maleta, hiciste todo lo posible para que no encontráramos a Elliot. Te estás aprovechando de él y ¿tienes el descaro de decirme que lo demuestre?

Glenda la miró nerviosa, con los ojos brillantes y la respiración agitada. Alguna niña empezó a detenerse en torno a ellas.

—Tú no lo entiendes.

—Ni quiero entenderlo ¡Brand! ¡El…

Glenda se lanzó contra ella haciendo que se golpeara contra el *jeep* antes de caer las dos al suelo. El pulso de Leanna se aceleró. Sorpresa, miedo, incredulidad. Todo a la vez recorriendo su cuerpo ante el inesperado ataque. Glenda trataba de abofetearla y arañarla. Le tiraba del pelo. Leanna solo acertaba a defenderse, tratando de pedir ayuda a gritos. El suelo le raspaba la piel, la ira empezó a adueñarse de ella. La tenía sobre ella, agresiva, descontrolada. En un momento pudo golpearla y hacerle perder el equilibrio.

Intentó incorporarse cuando vio a Brand cogiéndola por los brazos y haciéndola a un lado. Se levantó con rapidez cogiendo el libro a la vez y abrazándolo contra su pecho.

—¿Qué está pasando? —preguntó Elliot llegando hasta ellas con la dificultad de las muletas.

Titus Darius y el resto de hombres con los que habían estado hablando estaban presenciando lo que ocurría mientras Hilda y otras mujeres, llamadas por algunas niñas, llegaron hasta ellos.

—Me ha pegado —la acusó Glenda llevándose la mano a la mejilla—. Estaba enloquecida.

—¿Yo?

—Se echó sobre mí —exclamó Glenda tratando de soltarse de Brand que la sostenía por los brazos, inmóvil.

—Tenía mi libro —les enseñó furiosa—. Me robó la maleta.

—Lo compré en el mercado —improvisó Glenda con rapidez.

Brand esperaba la respuesta de Leanna mientras aflojaba la fuerza con que sujetaba A Glenda. Elliot miraba a su hermana, expectante.

—No es cierto. Ella me atacó cuando la sorprendí. Las niñas pueden decírtelo —señaló a las pequeñas que les rodeaban.

—Nunca te he caído bien. Solo quieres separarme de Elliot.

Leanna la miró boquiabierta. Brand soltó a Glenda que corrió hacia Elliot en busca de su apoyo. Brand la seguía mirando, esperando una explicación.

—Elliot, ¿no lo ves? —le preguntó Leanna mientras sentía la mirada fija de Hilda y algunas mujeres más—. Se está aprovechando de ti. Seguro que fue ella quien te mandó a las aldeas del norte y aprovechó para vender el agua. Ella sabe dónde estás en todo momento. Sabe dónde vais a abrir nuevos pozos… Seguro que es ella.

Brand se acercó a Leanna sin saber qué pensar. No era una suposición tan descabellada, pero se necesitaban pruebas para demostrarlo. Algunos hombres bajaron la cabeza y entre murmuraciones, empezaron a alejarse de ellos.

—Por lo menos has recuperado el libro —comentó Brand tratando de que el ambiente recuperara la calma y la tensión entre ellos se relajara.

Leanna lo miró enfadada.

—¿No me crees? Elliot —miró a su hermano—. ¿No lo ves?

—Lo único que veo es que estás cansada, Leanna —le respondió él, preocupado.

—Será mejor que volvamos al hotel —sugirió Brand.

—Id vosotros, yo me quedo —les pidió Elliot con Glenda, nerviosa, entre sus brazos.

Leanna miró a Brand, impotente y dio dos pasos hacia atrás negando con la cabeza.

—No, de aquí no me muevo hasta que confiese.

Algunas mujeres dieron un paso adelante que no pasó desapercibido para nadie.

—¿Qué quieres que confiese, Leanna? Si no ha hecho nada poco puede decirte —le explicó Elliot.

—Me robó la maleta, conocía al hombre que nos dejó tirados… Hizo lo posible para que no te encontráramos... hasta intentó seducir a Brand cuando tú no estabas…

—¿Estás celosa? —le preguntó Glenda exaltada—. Quédate con tu hombre. Tenéis los dos el mismo miedo a abrir el corazón. Solo pensáis en vosotros. No veis las necesidades de los demás. Aquí la gente es pobre —señaló a su alrededor—, y hacen lo posible para encontrar salidas. Vosotros lo tenéis todo y no las veis. Lleváis vidas mediocres por miedo. Cuando pasas hambre haces lo que sea para poder comer. Lo que sea, a cualquier precio.

Elliot la miró extrañado.

—No me mires así. Tú también lo has tenido todo.

Dos niñas con amplias sonrisas se acercaron corriendo con unos cuantos billetes en la mano.

—Tome, señorita. Mi madre nos pidió que le dijéramos que la esperamos la semana

próxima.

Glenda se ruborizó ante el tenso silencio de los que la rodeaban. Cogió el dinero que le ofrecían las niñas antes de que volvieran a salir corriendo y se lo metió en el bolsillo trasero de su pantalón.

—No me miréis así. No tenéis pruebas —les respondió enojada.

—¿Y lo de ahora qué ha sido? —le preguntó Leanna atónita.

—¿Qué me dirán en la aldea si pregunto? —murmuró Elliot, abatido, mirando a los pocos hombres que se habían quedado y a las pocas mujeres que seguían allí, rodeándoles, con rostro serio.

—No estoy haciendo nada que no se haya estado haciendo aquí desde que recuerdo —se justificó enfadada.

—Pero tú no estás aquí para esto. Estás en labor humanitaria.

—Es lo que estoy haciendo. Proveo de agua potable a las aldeas y se evitan el lodo que Ngoma vende.

Elliot soltó el aire que estaba reteniendo.

—Estás comercializando agua de manera ilegal. No puedes explotar un pozo para tu propio beneficio.

—¿Por qué no? ¿Qué culpa tengo yo si no veis la posibilidad de un negocio?

—Esto es una labor altruista —le recordó Elliot.

—No tengo la culpa si no valoráis el dinero.

Brand buscó la mirada de Titus Darius buscando una confirmación a sus palabras. ¿De verdad estaba vendiendo su agua y ellos lo consentían?

—Pero tu ONG te paga un sueldo. No creo que les parezca bien que estés sacándote un sobresueldo a su costa… y a la nuestra.

—No se lo dirás. Eres demasiado bueno.

Leanna dio un paso al frente.

—Pero yo no lo soy —les interrumpió Leanna haciendo que la miraran—. Mi hermano tuvo un accidente por tu culpa…

—Bueno… el coche patinó… —la interrumpió Elliot.

—Podía haber sido peor solo porque ella te quería lejos de la aldea —le replicó Leanna—, y no está bien que se aproveche ni de la generosidad de unos ni de la pobreza de otros. Ni mucho menos que se aproveche de lo que sientes por ella. Eres tonta, Glenda. Jamás hubieras encontrado un hombre mejor que mi hermano y lo has echado todo a perder. Iré a la embajada. a las autoridades o donde haya que ir y que hagan contigo lo que sea que tengan que hacer.

Le dio la espalda y se dirigió al *jeep*. Su mirada se cruzó con la de Hilda que asentía con una leve sonrisa. Brand y Elliot miraban a Glenda, serios. La incredulidad había dado paso a una incipiente rabia.

—Deberías entregarte —le sugirió Elliot—. Todo será más sencillo y quizá les baste con que abandones el país.

—Solo he dado un servicio a cambio de dinero —miró a Brand—. Eres empresario. Tú tienes que entenderlo.

Brand asintió antes de mirar con desconfianza a los hombres presentes.

—No voy a denunciarte por eso, pero sí por aprovecharte de la ONG. No todo es dinero en la vida.

—Eso lo dices porque a ti nunca te ha faltado.

—No lo sabes, pero como te ha dicho Elliot esto es algo altruista.

—Es fácil hacer algo por los demás cuando te sobra el dinero.

—No es que sea fácil, es que, para mí, es lo justo. Si yo tengo, lo comparto.

—Entonces me entenderás. Yo no tengo. Necesito encontrar oportunidades de negocio.

—Hay otras maneras de encontrarlas, y por mí la conversación ha terminado —miró a Elliot—. Glenda, ¿vienes con nosotros por las buenas o por las malas?

—No me pienso entregar.

Brand asintió inflexible y miró a Elliot.

—Lo siento. Deberíamos volver al hotel y hasta que Glenda no esté fuera del país no voy a dejar que la ONG esté a tu cargo por posible conflicto de intereses. Ustedes —miró con firmeza a Titus Darius—, tendrán noticias mías o de mi abogado.

Elliot asintió comprensivo echando una última mirada a Glenda.

—Lo siento —le dijo antes de dirigir sus lentos pasos hacia el *jeep*.

—¿Me dejas?

Elliot la miró con el ceño fruncido.

—¿Te extraña? Te has aprovechado de mí desde el primer día.

—Eso no es así.

—Viendo lo ocurrido, lo dudo.

Brand mantuvo la mirada con dureza a Glenda que se vio tentada a seguir a Elliot. Finalmente se dio la vuelta y se alejó de ellos. Brand resopló antes de volver al *jeep*.

Leanna estaba abrazando a su hermano desde el asiento de atrás.

—Lo siento —le aseguró a Elliot antes de poner en marcha el vehículo.

Elliot asintió.

—No sé cómo no me di cuenta.

—Estabas enamorado —le consoló Leanna.

—Lo siento, Brand —murmuró Elliot.

—Por mí no tienes nada que sentir, pero supongo que comprendes que tengo que denunciarla.

Elliot asintió.

El silencio se apoderó de ellos a la vuelta. Solo Elliot, de vez en cuando compartía algún recuerdo. Leanna apoyaba las manos en su hombro. Sentía enormemente el dolor de su hermano. No habían tenido suerte en las relaciones de pareja. A los dos les costaba entregarse o confiar tanto como para intentarlo. Miró a Brand de reojo. Brand parecía diferente, pero la relación no sabía cómo seguiría una vez que volvieran a las rutinas. Quizá la dificultad para verse hiciera que todo se convirtiera en un recuerdo.

Cuando llegaron al hotel, Elliot decidió retirarse a la habitación, apesadumbrado.

Leanna miró a Brand con tristeza.

—Lo superará —vaticinó Brand mientras se dirigía a la cafetería.

Leanna le siguió. No quería quedarse sola.

—No dudo que lo hará, pero no deja de ser una experiencia muy desagradable. ¿De verdad puedes comer algo después de todo lo que ha ocurrido? A mí se me ha cerrado el estómago.

Brand sonrió mientras le abría la puerta.

—A mí, no. No ha sido agradable pero la vida sigue.

—Qué pronto superas las cosas.

—No he dicho eso.

—Pero la vida sigue. Lo has dicho tú.

—¿Es que acaso no es cierto?

—Sí, pero…

—Mañana o pasado mañana volveremos a nuestras vidas.

Leanna lo miró contrariada. ¿Tantas ganas tenía de que así fuera? Ella tenía ganas de volver a casa, pero ¿qué sería de ellos? ¿Así iba a acabarse todo? La tristeza que inundó su corazón le dolió mucho más de lo que le hubiera gustado. Desvió la mirada por si era capaz de ver la decepción que se había apoderado de ella.

—Ya… sí, claro. La vida sigue.

—Solo hay que adaptarse a los cambios.

Leanna lo miró de reojo.

—¿A qué te refieres?

—Elliot tendrá que aprender a seguir sin Glenda.

Leanna esperó a que siguiera hablando. Brand le mantuvo la mirada, brillante. Una suave sonrisa empezó a dibujarse en sus labios.

—Y yo tendré que aprender a seguir contigo.

Leanna sintió una pequeña chispa de esperanza, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar por ella ni por la ilusión que pudiera sentir en su corazón en ese momento. Llegaron hasta una de las mesas.

—Si ves que es mucho esfuerzo, no te preocupes —le sugirió con cierta ironía.

Brand sonrió mientras le retiraba la silla para que se sentara.

—No me preocupo. Me ocupo. No te voy a decir que va a ser fácil porque no lo sé. Pero Glenda tenía razón. Me cuesta amar, me cuesta entregarme a una relación, no sé si por las malas experiencias anteriores, por miedo a no ser suficiente o por no querer sufrir… pero he estado pensando que quiero disfrutar de la vida. No todo es trabajar, no todo es ganar dinero. No me mires así, no soy Mr. Scroodge aunque Charles Dickens también sea mi escritor favorito. Creo que podemos encontrar más aspectos en común, además de Dickens y las pizzas de anchoas, pero para eso tenemos que seguir viéndonos.

Leanna lo miró sin saber qué decir. ¿Estaba preparada para que la vida le cambiara como parecía que iba a hacerlo?

—No me creo que te hayas quedado sin palabras.

—Estoy satisfecha con mi vida —reconoció Leanna—. Supongo que podría volver a mi rutina… —le mantuvo la mirada con firmeza—, pero sé que me acordaré de ti. Siempre creí que podría con todo sola. Hasta ahora lo he hecho… pero este viaje…

Brand la miró confundido.

—No sé si me gusta lo que estás diciendo. Aquí también podrías haber venido sola, quizá el viaje hubiera sido un poco más complicado o no, después de todo lo que nos ha pasado, no podría asegurarlo, pero… si yo no hubiera estado igual podrías haber encontrado a Elliot.

—Quizá. No te lo voy a discutir. Pero han pasado muchas cosas y siempre has estado tú. Sosteniéndome, apoyándome… Me has dejado ser yo, enfadarme, impacientarme, discutir… ¿y aun así quieres estar conmigo?

—Bueno, yo no lo veo así. Has puesto a prueba mi paciencia infinidad de veces, pero me has hecho sentirme vivo, útil, valorado, quizá. No por lo que tengo sino por lo que soy.

—¿Por lo que tienes? ¿Al dinero te refieres?

Brand asintió.

—¿Qué tiene que ver?

—Bueno, muchas mujeres se han acercado a mí por dinero. Blindé mi corazón por eso mismo, pero tú pareces haberte quedado con él. Tu determinación, tu cariño hacia tu hermano, tu valentía, tu fuerza… han hecho que todo lo demás pase a un segundo plano. Me gustaría seguir viéndote, conociéndote, besándote, amándote una vez que volvamos a la rutina. Viniste a rescatar a tu hermano y me rescataste a mí.

Leanna lo miró sorprendida por sus palabras.

—Nunca pensé… No fue mi intención… Yo no quería una relación. Me cuesta entregarme, confiar, depender de alguien, quizá por eso, este viaje ha resultado tan… confuso. No lo sé… —. Bajó la mirada, ruborizada—. Creo que el rescate fue mutuo.

Brand entrelazó sus dedos con los de ella sobre la mesa.

—Entonces, celebremos este nuevo principio en nuestras vidas. ¿Qué te parece si desde aquí nos acercamos a ver las cataratas Victoria? Dicen que son impresionantes y ya que creo que tardaremos en volver en una temporada, sería una bonita despedida y un buen comienzo para lo nuestro, ¿no?

Leanna sintió un hormigueo en su interior. «Lo nuestro». Qué bien sonaba aquello. Le mantuvo la mirada orgullosa, satisfecha, enamorada.

—No puedo asegurarte que esto vaya a ser para siempre —le susurró Brand besándole la mano con cariño—, pero haré todo lo posible para que lo sea, porque te quiero en mi vida, Leanna. Te quiero para mí. Conmigo.

Leanna sintió que sus ojos se colmaban de lágrimas de felicidad. Asintió convencida y orgullosa. Su corazón rebosaba paz, calma, alegría... todo a la vez.

—Vayámonos a ver las cataratas Victoria. Yo también te quiero en mi vida. Para mí. Conmigo. Siempre.

Epílogo

Leanna estaba remoloneando entre las sábanas de la cama del hotel de Lusaka. La noche anterior habían regresado de su improvisado y maravilloso viaje a las cataratas Victoria y que se había alargado toda una semana. Tenían previsto despedirse de Elliot para volver a las nuevas rutinas que ambos estaban deseando compaginar.

Su teléfono sonó y se incorporó para responder la videollamada de su amiga Emme sin poder disimular en su sonrisa la satisfacción que sentía.

Poco después, Brand salió de la ducha sonriente y relajado. Se detuvo extrañado al ver la expresión preocupada en el rostro de Leanna, que sujetaba el teléfono móvil pegado a su oreja.

—¿Ocurre algo?

—Astrid lo ha perdido todo. No me responde al teléfono. Me lo ha contado Emme. Acaba de llamarme.

—¿Necesita dinero?

—Me extrañaría que lo aceptara. Es muy orgullosa con respecto a su trabajo. Sé que se repondrá. Tiene una mente brillante y es muy trabajadora… pero debe haber ocurrido algo grave.

Brand asintió preocupado sentándose a su lado.

—Si necesita algo solo tienes que pedírmelo.

Leanna asintió levantándose de la cama, impulsiva.

—Debemos irnos cuanto antes.

Brand asintió levantándose más despacio.

—De acuerdo, pero por mucho que corras, el avión mantendrá sus horarios y has quedado con tu hermano dentro de media hora en la cafetería.

Leanna suspiró resignada antes de mirarlo.

—Soy muy impaciente, ya lo sabes.

—Me gustas así.

Leanna fue hacia él para refugiarse entre sus brazos. Se sentía protegida entre ellos, calmada, en paz, y profundamente amada. Brand le besó la frente con cariño.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —la consoló.

—Eso espero.

Se miraron a los ojos cómplices, serenos, enamorados… para fundirse instantes después en un largo beso que no tenían ninguna prisa porque acabara.



Recuerda descargar tu regalo:

Muchísimas gracias por haber leído mi novela.

Sinceramente espero que te haya gustado, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en Amazon y en redes sociales, para ayudarme a llegar más lejos.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente la novela *«Una pasión escondida»* de la serie Edentown, en este enlace: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Esta es la historia de Emme: Traición al corazón

¿Qué puede ocurrir cuando una ejecutiva responsable y generosa y un exconvicto despojado de todo se encuentran por casualidad?

Cuando Emmeline Barnes decide invitar a desayunar a un indigente en las calles de la ciudad, nunca imaginó que esa simple acción transformaría su ordenada vida.

Logan Stone sale de la cárcel con sed de justicia y un corazón lleno de interrogantes sobre la traición de su propia familia. Humillado y con el orgullo casi doblegado por la experiencia, está decidido a descubrir la verdad detrás de su encarcelamiento y el abandono de aquellos que una vez juraron amarlo.

Que Emme, confiada, le abra las puertas a un posible futuro le da el impulso que necesita para encontrar las respuestas que busca.

Mientras Logan y Emme se sumergen en un torbellino de secretos familiares y desafíos personales, su relación se convierte en un campo de batalla entre la desconfianza y la necesidad de abrir sus corazones al amor.

¿Podrán encontrar la fuerza para superar las traiciones del pasado sin arriesgarlo todo en el presente?

Encuéntrala en este enlace: relinks.me/B0CZPMR2XX

Otras novelas de la autora

Serie Intercambio de Gemelas

NOVIA POR SORPRESA: ¿Ocuparías el lugar de tu hermana gemela el día de su boda?
https://relinks.me/B09BZWH7G2

NOVIO POR SORPRESA: ¿Y si cambiar la vida con tu hermana gemela no es tan relajado como creías?
https://relinks.me/B0C4BLN82X

Novelas Románticas Navideñas

TRES NOVIOS PARA NAVIDAD ¿Y si el pasado nos da alas para el presente?
https://relinks.me/B08PDQC74Q

TRES NOVIAS PARA NAVIDAD ¿Qué no harías por ver sonreír a tu abuelo?
https://relinks.me/B08N711QLT

SORPRESAS POR NAVIDAD ¿Qué puedes hacer para que tu familia no deje de presionarte para que lleves un novio? ¿Enamorarte del de tu hermana?
https://relinks.me/B08NLF1VV2

UN HOGAR POR NAVIDAD ¿Romperías la palabra que le has dado a tu madre antes de morir?
https://relinks.me/B09LJ53Z75

UNA HERENCIA PARA NAVIDAD ¿Te casarías para recibir una herencia?
https://relinks.me/B0BH4WWNRC

UN DESEO PARA NAVIDAD ¿Es la Navidad el mejor momento para pedir deseos?
https://relinks.me/B0BMGVV9GM

ESTRELLAS PARA NAVIDAD ¿Y si descubres que quien se ha ido no lo ha hecho del todo?
https://relinks.me/B0CN9D3TJX

UN BESO EN NAVIDAD ¿Por qué no abrirte a lo desconocido siguiendo tu corazón?
https://relinks.me/B0CQRLGLXR

Sobre la autora

Annabeth Berkley es una prolífica escritora de novela romántica corta.

Sus novelas son bonitas, dulces, románticas y llenas de Amor y de Confianza en la Vida. Pertenecen al género conocido como *Clean Romance*.

Ha escrito la serie de novelas románticas Edentown, con novelas cortas, conclusivas y que te harán sentir que la vida es maravillosa.

Es autora de la bilogía Hermanas McVee, la bilogía Intercambio de gemelas y de la serie Valientes, ambientada en el Oeste americano.

Tiene varios libros publicados con la Editorial Kamadeva: Un viaje sin retorno, Amor bajo sospecha, Pinceladas de Amor, y El reencuentro, que resultó ganador en el concurso de novela romántica organizado por la editorial en 2.021.

Sus novelas navideñas son realmente preciosas, emotivas y tiernas y están muy bien valoradas por los lectores.

Si crees en el amor, te gustarán sus novelas. No te las pierdas, y síguela en sus redes sociales.

Si quieres conocer un poquito más a la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.